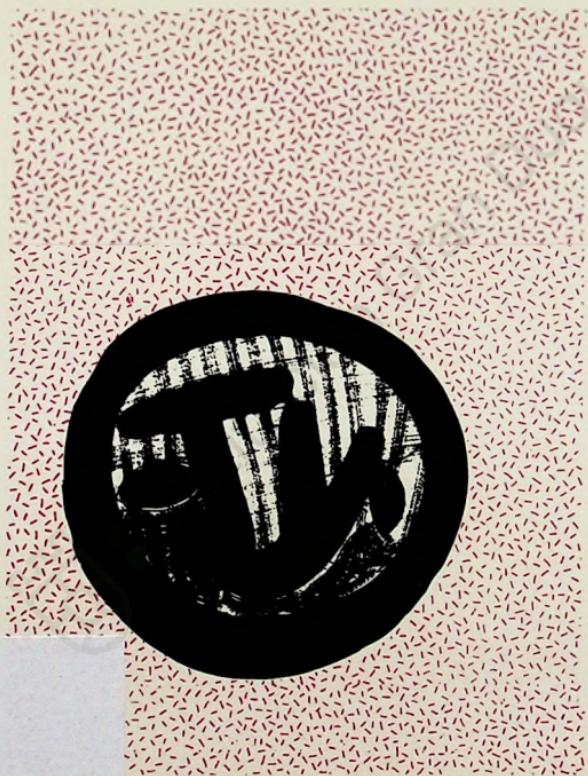


JUAN GARCÍA DAMAS

CON LAS PRIMERAS
LUCES DEL ALBA



de Alba
·32

LECCION TELAR DE YEPES

Juan García Damas (1915) nació en Jamilena (Jaén). Bachillerato en Madrid, Instituto "Cardenal Cisneros". Magisterio en Ávila. Lengua y Literatura francesa en las universidades de París (Sorbona), Aix-en-Provence y Madrid (Escuela Central de Idiomas).

Doceacia: en Ávila como profesor de Francés en el Instituto de E. Media, Instituto Politécnico, Colegio Diocesano y otros centros de enseñanza del Bachillerato.

Publicaciones: Noche de nieve, cuento premiado y publicado en la revista Moros y "Cristianos" de Villajoyosa y, en esta "Colección Taller de Yepes", Paramera, novela corta, y Sangre en la Tierra, narración histórica.



Institución Gran Duque de Alba

CDU 021.159-26



Institución Gran Duque de Alba





Institución Gran Duque de Alba

JUAN GARCÍA DAMAS

**CON LAS PRIMERAS
LUCES DEL ALBA**



Institución Gran Duque de Alba

INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA
Fundación Juan García Damas
Calle de la Princesa, 10. 28001 Madrid
Tel. 91 580 00 00. Fax 91 580 00 01
www.jgdamas.org. E-mail: jgdamas@jgdamas.org

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Carmelo Luis López (Director)
Tomás Sobrino Chomón (Subdirector)
Jacinto Herrero Esteban
José M. Muñoz Quirós
Luis García Muñoz González (Secretario)

I.S.B.N.: 84-86930-86-3

Depósito Legal: AV-95-1994

Imprime: Imprenta Comercial Diario de Ávila, S.A.- ÁVILA

A Julia Rodríguez, mi esposa.

*A las personas que leyeron el
original y le hallaron méritos
para aconsejar su publicación.*



Alba es una fundación privada
de derecho español que promueve la
investigación en ciencias y las
relaciones entre la cultura y el desarrollo

social y económico. La Fundación
está comprometida con la creación
y difusión de conocimientos que
proporcionen respuestas a los desafíos
sociales y económicos de la actualidad.

www.fundacionalba.org | +34 91 570 00 00

Institución Gran Duque de Alba

NOTICIA HISTÓRICA PARA UN PRÓLOGO

Alfonso Raimúndez nació en 1105 y fue bautizado por Diego Gelmírez, el ambicioso obispo y poderoso señor de Compostela. En 1107 muere Raimundo de Borgoña, conde de Galicia, y deja dos hijos de su matrimonio con Urraca: Sancha y Alfonso. Tras la muerte del borgoñón ocurre en la batalla de Uclés la de Sancho, el príncipe niño, heredero de Alfonso VI, hijo habido por este rey con su esposa, la enloquecedora Zaida Isabel. La herencia del reino de Castilla, cuando muera el rey, recaerá en doña Urraca, viuda del conde don Ramón.

Tras el desastre de la batalla de Uclés, en la que había muerto su hijo Sancho, sintiéndose viejo y decaído, Alfonso VI había convocado en Toledo una Curia Regia extraordinaria a la que asistieron todos sus obispos, abades y magnates. Dispuso que reinara doña Urraca con su hijo Alfonso Raimúndez y que, en caso de que contrajera nuevas nupcias, la "tenencia" de Galicia pasara ipso facto a Alfonso, su nieto. La "tenencia" era un poder político dependiente del poder real. Hallaron la solución a la crisis sucesoria mediante el matrimonio de Urraca con Alfonso I de Navarra y Aragón. Era el aspirante a la mano de la viuda preferido por el rey y su elección como futuro marido de su hija contó con el apoyo de los magnates, abades y obispos. Murió Alfonso VI en julio de 1109.

Tras el fallecimiento estallaron las ambiciones y el malestar contenidos. El reino quedó sumido en un mar de intrigas, rebeldías, luchas internas, discordias familiares y traiciones. En esta situación la reina

tomó las riendas del poder en León. Pronto celebró cerca de Burgos su boda con Alfonso I el Batallador, lo que parecía un acierto político, dada la “legendaria envergadura” del rey navarro-aragonés. Choque de intereses políticos entre los dos reinos. Fracaso matrimonial. El nacimiento de un hijo de doña Urraca con el Batallador alejaba del trono de Castilla y León a la casa de Borgoña. Alfonso Raimúndez perdía en su posición a pesar de la adhesión de los clérigos franceses instalados en el reino por doña Constanza y por el conde de Portugal, (esposo de Teresa, hija de Alfonso VI) borgoñón él y primo de don Raimundo. Este conde de Portugal vio en la boda de su cuñada un poderoso obstáculo para las aspiraciones independentistas de Portugal que él venía acariciando.

Revueltas, discordias y rebeliones en Castilla y León envenenan las relaciones entre Urraca y Alfonso. El monarca navarro-aragonés habla de “estas malditas y descomulgadas bodas”. Ambos esposos tenían caracteres contrapuestos, gustos dispares y una apetencia común: el mando, el ejercicio del poder sin cortapisas, sin restricción alguna. Urraca, impetuosa, vehemente, inconstante, veleidosa. Alfonso, violento, fogoso, arbitrario, decidido y firme. Se atenía, por otra parte a la letra de pactos y acuerdos.

Los enemigos de Urraca, lo menos que decían de ella, era que “gustaba con exceso del trato de varones”. La maledicencia es que no reparaba y así se explica que el Batallador tuviera sus arrebatos de celos. En este caso la reina era joven y no había temido a las experiencias sexuales antes de su viudedad. Después tampoco. Apasionada y celosa, también ella, tenía el orgullo de su condición real, de su potestad de reina, y hacía valer sus derechos de esposa. Chocó con su batallador marido que había permanecido soltero hasta los 36 años. Con la fe del cruzado y el ferviente deseo de ser un infatigable *miles dei* en lucha contra los enemigos de la cristiandad, se sentía como pez en el agua entre sus capitanes y soldados. Este guerrero de instintos primarios, fogoso y dominador, no era el marido más apropiado para doña Urraca. pretendía en todo momento ejercer su autoridad de marido como soberan-

no de Castilla y León. Demasiado para la reina y sus vasallos castellano leoneses, celosos de sus prerrogativas. Acostumbrada a mandar —por otra parte, le venía de raza— Urraca se encrespaba, se obstinaba en gobernar por si misma. Gran parte de sus nobles y magnates la apoyaban. Los vinculaban intereses comunes.

El “Pacto de Unidad” entre ella y su esposo se formalizó en el 1109. Por él la reina “quedaba obligada” a que sus súbditos y todos los que regían “tenencias” u “honores” de León y Castilla jurasen fidelidad y obediencia al Batallador. El Pacto desconocía, además, los derechos sucesorios de Alfonso Raimúndez. Estos pactos reales disgustaron a los magnates borgoñones y monjes cluniacenses esparcidos por Castilla y León que temieron por los derechos del hijo de don Raimundo. Desde el primer momento hablaron de nulidad canónica so pretexto de que ambos cónyuges eran nietos de Sancho el Mayor, rey de Navarra. Alfonso I el Batallador se hizo llamar “Imperator totius Hispaniae”. Los borgoñones y los nobles gallegos fieles a la memoria del conde Raimundo, se irritaron y desencadenaron enfrentamientos políticos y bélicos en tierras gallegas. Entre el conde de Traba, tutor del niño Alfonso Raimúndez, y los del partido de la reina —capitaneados en esta ocasión por Diego Gelmírez, obispo y señor de Compostela, muy atento al ambicioso eclesiástico a sus intereses personales.

Mientras tanto, los monjes arrancaron al Papa Pascual II la nulidad de la boda regia. El Batallador hacía frente a los problemas de sus estados y guerreaba con Al-Mustáin, rey de Zaragoza, que había invadido tierras navarras. Cuando se enteró de cómo le iban las cosas en Galicia montó en cólera y se fue allá. Topó con sus enemigos y, tras nueva desavenencia con doña Urraca, sin ningún miramiento, “entró a sangre y fuego” en los señoríos de Pedro Froilaz, conde de Traba. Dedicó tres meses a devastarlos y se ganó el apoyo de numerosos magnates. Marchó a Astorga y desde allí retornó a Aragón.

El cluniacense Bernardo, arzobispo de Toledo, en el monasterio de Sahagún, anunció que los reales cónyuges incurrirían en excomunión si no se separaban. La reina titubeó entre los partidarios de su hijo y

el Batallador. Se inclinó por éste. El entendimiento fue fugaz. Alfonso encerró a su mujer en la fortaleza de El Castellar, cerca del Ebro y, seguidamente, en marcha triunfal por tierras de Urraca, ganó el apoyo de los habitantes de la mayor parte de villas y ciudades. En especial las de los "caballeros villanos", "la muchedumbre de los que llamaban pardos" por el color de sus vestidos. Aspiraban estos caballeros a ver ampliadas sus libertades municipales en la pugna con los señores. En su acción de represalia el Batallador ejerció su poder con firmeza y decisión: expulsó de Toledo al arzobispo Bernardo, depuso a los obispos de León y de Burgos, encarceló a los de Palencia, Osma y Orense, y echó al abad de Sahagún. Confío la "tenencia" o gobierno de plazas y castillos a navarros y aragoneses de probada fidelidad a su causa y persona.

Doña Urraca se escapó de su prisión de El Castellar y, sin pérdida de tiempo, reunió un poderoso ejército que enfrentó al de su esposo en Candelespina, cerca de Sepúlveda. El Batallador los destrozó y Urraca buscó la ayuda de su hermana Teresa, esposa de Enrique, conde de Portugal, primo, como queda dicho de su primer marido. Alfonso I se fortificó en el castillo de Peñafiel dispuesto a entablar batalla. Versátil ella, Urraca tornó a cambiar de opinión y decidió reconciliarse con su marido. Consecuencia: sus ejércitos y los de su cuñado Enrique levantan un asedio tan disparatado como ineficaz. Alfonso salió de Peñafiel y, sin mover un dedo, se apoderó plácidamente de Palencia y Sahagún. En León se reunió con su esposa, pero la reconciliación no duró mucho. Pronto se le hizo a la reina insopportable la presencia y actividad de su marido, y se dedicó a ganar el apoyo de los partidarios de su hijo. Con su beneplácito, apoyado por el conde de Traba, el prelado Gelmírez coronó como rey de Galicia al infante Alfonso Raimúndez.

Embriagados por el éxito, el conde de Traba y sus partidarios decidieron, al día siguiente de la coronación, que todos los estados de Alfonso VI debían ponerse bajo la soberanía del infante. Con el niño coronado pusieron camino hacia León con el fin de que los magnates castellanos y leoneses lo reconocieran como rey. En Viladecamps les sa-

lió al encuentro el Batallador, los derrotó e hizo prisionero al ambicioso Froilaz, conde de Traba. El obispo Gelmírez, a uña de caballo, escapó con Alfonso Raimúndez y lo entregó a su madre. El buscó refugio en tierras gallegas.

En este contexto político y guerrero, agitado mar de ambiciones, violencias, forcejeos, reconciliaciones y derramamiento de sangre tuvieron lugar los episodios de Avila que, como novela, se narran en las páginas que siguen.

I

Desde la torre atalaya gritó el vigilante ruano:

—Las huestes del rey están a la vista.

Detrás de la almena se cercioraba Lope Núñez.

—¿De qué rey hablais? —le interrogó cortés.

—De don Alfonso I de Aragón.

—En lugar de rey, decid más bien el esposo de doña Urraca. Don Alfonso no es rey de Castilla.

—Mas lo es de Aragón.

El asentimiento silencioso del caballero con leve inclinación de cabeza tuvo valor de amonestación por la severa mirada que lo acompañó.

Doncel preclaro de la nobleza avilense, don Lope Núñez había sido armado caballero la primavera precedente por su tío el gobernador de la ciudad, Blasco Jimeno, quien le había dado la acolada. Descendió el joven don Lope de la torre por estrecha escalera y, por el camino de ronda se dirigió al alcázar para dar cuenta a su tío de la llegada a las proximidades de Ávila del ejército del rey Batallador.

Por la altura del sol coligió el rey que serían las cinco de la tarde de aquel día caluroso del mes de agosto. Desde el alto de la raspa de

la loma, los ojos del monarca se abrieron a un dilatado valle encajona-
do entre montañas al medio día y a poniente. A sus pies, suave pen-
diente pedregosa parca en arbolado, que a no más de media legua, ter-
minaba en la ciudad amurallada o en menguadas aldeas a extramuros.
Con la pétrea mole gris de la catedral en primer término, allí estaba
Ávila. Detuvo el caballo y la consideró con atención. A primera vista,
una ciudadel en la cima de un monte alargado que se prolongaba has-
ta el cañón de un río.

Altas murallas de piedra rojiza con esbeltos torreones, el conjunto
producía a los ojos una sensación de engañoso levedad.

—Inconclusos parecen algunos de sus templos, —dijo el monarca a
su acompañante más inmediato, el señor de Narbona.

—Se me antoja que la torre de la catedral es el observatorio princi-
pal —repuso éste.

Con sus sólidos y elevados torreones como lugares de observación y
de combate se alzaba la muralla sobre el campo circundante, lo vigila-
ba recortando contra el cielo la guerrera geometría de sus almenas.

El rey y sus caballeros contemplaban con mirada de expertos en
obras de fortificación el perímetro de la cerca que no dominaban. Sin
necesidad de ello, se hacían cargo de la totalidad de la obra. Don Al-
fonso recordaba en ese momento las descripciones que en momentos
mejores le hiciera su levantisca esposa, “descansa sobre robustos y es-
carpados taludes que le sirven de estribos y contrafuertes”. Así defen-
dida, “la ciudad se comunica con el exterior por ocho puertas y trcs pos-
tigos que cierran macizos portones de madera guarneados con abun-
dancia de clavos, bulones, anillos y cadenas. Por la noche, las cierran
los guardianes con barras y retrancas. Para su guarda cuenta con rudos
centinelas armados hasta los dientes”.

—Parece natural, —dijo el rey pensativo—, como nacida en el yer-
mo. Tan plantada está.

—Don Alfonso VI confió la obra a buenos expertos, —dijo el mar-

qués de Jaca. Por delicadeza, poco frecuente en la época, no aludió el noble al conde de Galicia ni a su entonces esposa doña Urraca, adolescente y casada, de quien se contaba aventuras y desventuras en la ciudad acaecidas.

Reyes y nobles contraían nupcias al dictado de la conveniencia y de la ambición. Don Alfonso de Aragón desposó a la viuda doña Urraca con vistas a ampliar los dominios de su reino y a robustecer su poder. Las miras de doña Urraca eran las mismas. Como en casi todas las bodas reales de que tenían noticia, en la suya no hubo amor. Don Alfonso sospechaba que ni siquiera lo hubo en las primeras nupcias de doña Urraca con don Raimundo de Borgoña.

Había conocido al conde de Galicia en la corte de Guillermo, duque de Aquitania, en Burdeos. De gran estatura, era el de Borgoña hombre de magnífica presencia, caballero de gran simpatía e irresistible atractivo para las damas. Presencia, simpatía y atractivo que no le habían servido de mucho para conservar el afecto y fidelidad de su jovencísima esposa, a juzgar por lo que tenía oído. Corrieron rumores de malandanzas avileñas de la reina en vida de su predecesor don Raimundo en el tálamo de doña Urraca. Respondiendo a su cavilar dijo el monarca:

—Tengo por asentado que en asuntos de lealtades y amoríos, nada hay escrito y que cada uno se encarrila por donde Dios le guía, sus intereses le aconsejan o el diablo le tienta.

—Sire, por vos habla la voz de la experiencia, —convino el señor de Narbona.

—Un poco tarde me he percatado de que cometí yerro al enamorarme y desposar a la reina de Castilla y León.

Guardaron silencio los caballeros. Con la vista perdida en la lejanía, las sierras, el valle y la ciudad, meditaba el rey en el tiempo pasado, en los méritos de la reina de los primeros días, en los milagros gozosos del tálamo. Le venían a la memoria las pláticas en el lecho acerca de los negocios de estado. Doña Urraca le hablaba lánguidamente de la

ciudad y tierra de Ávila que en unión de su esposo el conde don Ramón ella había contribuido a repoblar. A don Alfonso le ponía malo que, en la cama, su esposa le mentase a su primer marido. Le torturaba la sospecha de que pudiera hacer comparaciones y que de ellas resultara él el perdedor. Reanudó la conversación:

—En alguna ocasión la reina me habló de Ávila y de su Valle de Ambles; de sus tierras pobladas en encinas, de la dureza de su clima. “A la hora del crepúsculo se cierran las puertas de la muralla y las abren de nuevo al ser de día para dar paso a caballeros, viandantes y peregrinos. Los campesinos y mercaderes alborotan en plazas y callejas pregonando las mercancías más dispares”. Aseguraba que “a tal caterva de vendedores y truhanes ni siquiera les imponía respeto la presencia poco tranquilizadora de ruanos y mesnaderos”.

—Bien sabeis, señor, que de los soldados, cualesquiera que sea su condición, toda ruindad puede esperarse, —dijo el francés—. Mi experiencia es que campesinos y villanos temen a los soldados mercenarios como a la langosta.

—Esa es la experiencia común, —convino el rey—, pero si hemos de prestar fe a las referencias de la reina, los mercaderes y campesinos abulenses están templados con otros metales.

—U otros templos, —dijo el marqués de Monzón.

—Estos caballeros abulenses estarán alertados de nuestra presencia ante la ciudad—, dijo el de Jaca.

—Entraríamos en ella esta misma tarde si los castellanos caballeros ruanos se mostraran razonables y prestos a rendirme vasallaje mañana por la mañana.

—Vienen obligados a prestarlo como rey consorte de estos reinos, dijo el de Narbona.

—Soy el esposo de su reina y mi hijastro es un tierno infante. Resonaba en su conciencia la voz de doña Urraca, a la que tenía

puesta a buen recaudo por “su mala cabeza”. “Junto a las puertas de la ciudad están instalados los puestos de aduanas y alcabalas; adosados a la muralla están la catedral y el alcázar, con otras puertas defendidas por casas de nobles y caballeros”. También le había dicho que había hosterías, tabernas, posadas y otras casas de parada y solaz para viajeros y caminantes, que casas tales no faltan nunca en una ciudad que se precie de tal por pequeña que sea. Detrás de la iglesia de Santo Domingo estaba el barrio de los judíos. Por aquella red de callejuelas abandonadas de la mano de Dios, estaban los burdeles al amparo de posadas y mesones y era fama que los caballeros no experimentaban menqua en su honor frecuentando tales lugares con ocasional olvido de promesas y juramentos. Así y todo, aunque no fuera tal el parecer del obispo, tenía ya Ávila fama de casta, formal y pacata.

Doña Urraca, cuando hablaba en confianza con don Alfonso —de eso hacía ya tiempo— de modo personal y sobre cuestiones menores, decía lo primero que se le venía a la cabeza sin el menor cuidado por la índole de los asuntos. Era esa una de sus flaquezas. Le gustaban lo verde y lo escatológico.

Se aproximó un capitán con dos mercenarios que escoltaban a tres prisioneros. Los habían capturado en el encinar cuando simulaban coger leña seca: eran siervos de la gleba. Uno de ellos que dijo ser meseguero llanteaba y se mesaba la dura pelambre. Los prisioneros, atemorizados, se prosternaron de rodillas ante don Alfonso. El rey los miraba con indiferencia, como a cosas. Estaban asustados y ni le extrañaba ni le apiadaba. Por fin les habló y ellos escucharon de rodillas las regias preguntas. No osaban mirar al monarca:

- ¿De dónde sois?
- Zurra.
- ¿Qué dice este desdichado? —preguntó el rey al capitán.
- Que es de Zurra, señor.
- ¿Zurra qué es? —preguntó don Alfonso al meseguero.

- La dehesa que empieza en las encinas, señor.
- ¿Quién es tu señor?
- El obispo de Ávila, don Pedro Sánchez Zurraqún.
- ¿Dice verdad? —preguntó el rey a su senescal.
- La dice, señor, —corroboró el alto funcionario.

Confió don Alfonso el interrogatorio al senescal en su presencia. Contestaban los siervos lo mejor que sabían y podían. En la ciudad todos sabían de la llegada del rey; no habían temor a la guerra; no habían reforzado las guardias ni visto especiales medidas de alarma; entraban de la mañana a la tarde carros y carretas, recuas de acémilas guiadas por los arrieros. Los habitantes de la ciudad esperaban la llegada del rey de Aragón. La mayoría nunca habían visto a un rey. No sabían cómo son los reyes. Sonrió don Alfonso:

- ¿Cómo están las calles? —les preguntó.
- Son de tierra, señor.
- De tierra lo son en casi todas las ciudades y villas de estos reinos. Quiero saber algo más.
- En la canícula caballos y carros levantan grandes polvaredas. En invierno se convierten en lodazales.
- Algo que yo no sepa.

Según los prisioneros, la parte habitada de la ciudad, incluídas las parroquias de extramuros, era un conjunto de callejuelas estrechas y tortuosas, de recovecos y gibosidades que, si bien protegían del viento, eran propicias para toda clase de asechanzas, asaltos y emboscadas.

- Buena descripción me haceis de Ávila, bribones.
- Me la he recorrido en todas direcciones, tanto de día como de noche, con sol, con lluvia y con nieve, —dijo el meseguero.

—Arriesgado eres, truhán.

En el aire quieto de la tarde llegó el tañido de una campana.

—¿Qué campana es esa? —preguntó el rey.

—Es la de San Juan que toca a concejo, señor, —respondió el meseguero casi tranquilo.

—Dejadlos ir, —dijo el rey al capitán.

Dispusieron el monarca y sus nobles la acampada a la mitad del camino entre la aldea de Vicolozano y la ciudad amurallada. Tenían a su espalda el encinar de Zurra que rayaba la loma. Ante ellos el abanico ondulante de una ladera pedregosa en la que crecían el espino, el majuleto, el tapaculos y la zarza y el junco en los lugares húmedos. Lo demás eran avena loca y otros hierbajos entre los que se advertía alguna mata de tomillo, hinojo y retama. Entre pedruscos se abría paso un camino orlado de álamos y negrillos. Dirigía el rey la mirada hacia los puntos que le indicaban sus nobles y asentía. Luego dejaba que su mirada resbalase por el lienzo norte de la muralla y la vanguardia que se estrechaba en cañón hacia el Adaja. El señor de Narbona tenía una carta en sus manos. Le dijo:

—En el extremo de la muralla, al norte, hay una puente romana. A uno y otro lado de la puente hay molinos harineros. En este tiempo, en algunos puntos, el río es vadear para caballos e infantes. En aquella vanguardia corre un arroyo. Hay huertas y prados cerca de esa aldea que llaman Ajates.

Asentía el rey. Brotaban los manantiales en la desolación del seccarral. Fuentes con escasos árboles en las que abrevaban los rebaños, las recuas de pollinos y los caballos de los caballeros que discurrían por los dos caminos que convergían sobre la ciudad. Agua para los caballos, para las mesnadas. El nutrido ejército del monarca aragonés acampaba en el paraje que dominaba la ciudad.

En efecto, la campana de la Iglesia de San Juan tocaba a concejo.

Su son grave, de bronce, vibrante de metales, se extendía mansamente por el ámbito de la ciudad amurallada, remontaba las almenas en el aire quieto y descendía por las parroquias a las aldeas de extramuros hasta perderse en las claridades del Valle de Amblés, el hondón del río y las áridas colinas del norte y de levante. Era famosa aquella campana cuya voz repetía el eco de la montaña y, según contaba la fama, se oía a tres leguas de la ciudad.

Bajo un cobertizo que le resguardaba de la intemperie, en el corralón de su casa, Fernán López Trillo, ferrerero de pelo blanco y nariz aquilina, frente estrecha y mirada azul bajo cejas negras de alambre de espino, forjaba hierros que, a más de bienestar, le daban renombre, consideración social y estima. Trabajaba el hierro con saber y honestidad, Fernán López de Trillo. De su taller salían puntas de lanza, ballestas, rejas para las iglesias, retrancas, clavos, bulones, pernos, piezas de armadura, escudos, útiles caseros, herraduras y toda clase de herra-jes, espadas... La vox pópuli aseguraba que era Fernán el que había dado forma, cuerpo y temple a la famosa Tizona, cuestión ésta que él nunca afirmó ni desmintió. Su amor por el oficio estaba por encima de vanidades y habladurías. Las armas que se forjaban en su taller tenían buen temple y sabido era que el temple es al arma lo que el alma es al cuerpo. La Fragua de Vulcano habría representado un rincón de su taller en el que trabajaban una docena de obreros entre oficiales, ayudantes y aprendices. Desnudo y musculoso como el dios de La Fragua, se afanaba el forjador entre yunque, bancos y fraguas con sus fuelles. En ese momento daba los últimos y amorosos martillazos a la hoja de una espada. Dejó el martillo en reposo sobre el yunque, miró con complacencia el remate de la obra, se rascó el sudoroso cogote y dijo:

—Concejo habemos.

—Aquesta vez parece como si la campana tocara a rebato. Le suenan raros los timbres, —dijo Lucas Ramírez.

—Los timbres raros están dentro de nosotros. Nos los ha metido en el cuerpo el rey de Aragón con su tropa.

—Han aparecido por Zurra, —dijo un aprendiz que llevaba del alcazar una espada y un puñal a juego.

—Tú a lo tuyo, —le dijo Fernán.

Canijo y de cara barrosa, el aprendiz —quince años— se fue de mala gana a los fuelles que manejaba a regañadientes. A veces le venía a la cabeza la idea de que el fuelle erá él, que se le agotaba la respiración y que iba a echar el bofe. Antes de reanudar el esfuerzo se limpió con el húmedo antebrazo el sudor que se le anudaba en los barros.

—Tenía que haberme escapado y ver lo que se cuece por allá.

—Si te llegas a escapar no te dejo un hueso sano. Nada se te perdió en el campamento y podías haber encontrado lo que no buscabas —le dijo el maestro ferrón en tono de grave advertencia.

Eran Fernán el herrero más estimado por los caballeros y nobles de la ciudad. Era rico y su seriedad y buen hacer, su ponderación y afabilidad en el trato le granjeaban la simpatía del clero y pueblo, de la que no gozaban por entonces todos los artesanos y hombres libres. También lo envidiaban. No se podía ser rico, caballero ni hacendado impunemente. Apesar de la buena condición y mejor talante de Fernán, las relaciones entre él y su personal, y las del personal entre ellos, no eran una balsa de aceite. Existían tirrias, rencores, malosquereres. Sobre todo temían a Lucas, el primer oficial y encargado del taller, que era el que más sabía y el que más mandaba. Mandaba destemplado, despótico. Como si el taller fuera suyo. Suyo sería cuando lo hicieran maestro y se casara con la hija mayor del patrón que le estaba destinada.

—Tiemblo, —dijo Lucas—. Cada vez que se reune el concejo nos baldan a prestaciones.

El maestro forjador —perteneciente a la corporación— aseveró convencido y pragmático:

—Son para bien de la ciudad.

El futuro yerno no comulgaba con Fernán en asuntos de exacciones:

—Nos tunden a impuestos. El cuerpo no da para tanto. No nos dejan crecer el pelo en los lomos.

Contemporizador repuso el maestro:

—La culpa es de la sequía de estos años. Nunca conocí cosa igual. Trajo consigo la escasez, la hambruna y las epidemias.

—Y la gran mortandad. Recuerde que no dábamos abasto para enterrar ni llorar a los muertos. A familias enteras se las llevó por delante.

—Para evitar esos males hay que hacer cunetas en las calles y letrinas alejadas de las casas.

—No sé para qué sirven cunetas y letrinas. Te tiran por las ventanas las bacinadas de mierda y de meados sin decir agua va, exclamó cargado de lógica el aprendiz de los barros.

Rieron todos incluído Lucas. Fernán López de Trillo hizo un gesto de desagrado y continuó su interrumpido discurso:

—El concejo tendría que prohibir que la gente haga del cuerpo y mee donde primero le pille. El aire se llena de miasmas y luego vienen las cagaleras y las pestes.

Replicó el aprendiz con descaro:

—¿Entonces qué hacen los viejos y los nenes que no se pueden aguantar?

—Cuando hable el patrón te callas, mocoso. Es que no tienes pizca de crianza.

—Poco a poco le haremos entrar por el aro, —dijo Fernán.

El aprendiz cambió de tono y fijándose servicial en el rostro de su amo dijo con viveza:

—La llamada a concejo es por esos soldados que llaman zoizos que llegaron de Villacastín. Traen fama de aligerar rediles, pocilgas y gallineros.

—Acaso, —dijo el maestro.

—Dícese que don Alfonso el de Aragón hace la vista gorda a las tropelías de su tropa, —dijo Lucas.

Reflexionó el maestro un instante. Luego dijo:

—Son gente recia ese rey y sus aragoneses. Para mí, tengo que, en otras circunstancias ajusticiaría a esos ribaldos.

A lo que repuso Lucas:

—Que hacen lo mismo que los señores, pero en pequeño. Un muerto no vale para nada si no es para estorbo. Vivos, ganan batallas.

Le amonestó, grave, Fernán López de Trillo:

—Estás en mi casa que terminará siendo tuya, comes el pan de mi mesa y compartes el techo común en lugar preferente. Guárdate de comparaciones odiosas y arriesgadas. A nadie con medianas luces se le ocurre parangonar actos de bribones y fechorías de bandidos con hazañas de nobles y caballeros. Por pláticas semejantes y dichos parecidos hemos visto a descontentadizos y revoltosos piernear en la cuerda. No hemos arrendado la ganancia a los rebeldes que buscaron refugio en Zorita ni a los que se encastillaron en Sotalvo.

Recogiendo velas, Lucas Ramírez argulló pesaroso:

—Lo decía sin doblez ni malicia.

—Así lo entendí. No es prudente descoserse ni desbucharse ni siquiera con buenas razones. Si no pones malicia en el decir, hay quien la pone en el entender. Iré a San Juan para tratar y saber lo que se cuece en tal horno.

Metió la hoja de la espada que tenía en la mano en una tina con agua que tenía al lado.

Caía la tarde cuando el respetado ferrón llegó a la cuadrillera iglesia de San Juan donde se reunía el concejo. Vistosas colgaduras pro-

pias de grandes solemnidades. Hachones encendidos, apliques en paredes y pilares, candiles, lámparas de aceite y cera pendientes de cadenas ponían reflejos cambiantes en los oros, platas y bronces de los candelabros y en los vasos sagrados. Destacaba la palidez de los rostros en las negras vestimentas de los caballeros. Los había que lucían crucifijos de oro y plata colgados de gruesas cadenas pectorales.

Presidía el acto la gravedad del gobernador Blasco Jimeno, entrecano y cenceño, enjuto de carnes, con ojos pequeños de negro y penetrante mirar. Le acompañaban en la presidencia ancianos caballeros: Sancho de Estrada, Juan Jiménez de Abajo, Sancho Sánchez Zurraqunes y su tío abuelo don Pedro Sánchez Zurraqunes.

Estaba la iglesia dividida en compartimentos reservados para familias y estamentos. En el de la nobleza se hallaban Menga Muñoz, esposa de Blasco Jimeno, y sus hijos Simón Blázquez, Fortún Blázquez y Blasa Jimeno. Ocupaban sitio preferente los nobles cuadilleros de San Vicente, personalmente convocados para la ocasión y el joven Lope Núñez, sobrino del Gobernador, prendado de la bella Blasa. Detrás, como público interviniente en el debate, en sus respectivos compartimentos, caballeros y burgueses, las columnas y sólidos muros del templo; sin voz ni voto, ruanos y libres, artesanos, obreros y siervos. Cuchicheos, conversaciones sin orden ni concierto, cada uno por su lado, lo más parecido a un gallinero.

Con campanilla de plata demandó silencio el gobernador. Repitió sin gran éxito. Apagó los últimos rumores con voz grave y reposada y se puso a dar cuenta al concejo del motivo de la convocatoria que tenía carácter extraordinario. Por razones que juzgaba necesarias retrocedió Blasco Jimeno en su discurso al tiempo del fallecimiento del repoblador don Raimundo de Borgoña y al de su suegro don Alfonso VI, ocurrido dos años después. Tiempos de acciones y de gloria para la ciudad en los que los caballeros de Ávila habían dado muestras de valor, combatividad y denodado esfuerzo en sus luchas contra los musulmanes de Al-Menón y otros reyezuelos moros. Tras la breve introducción histórica en la que rendía homenaje a los muertos y exaltaba las virtu-

des de la nobleza y de la caballería, entró directamente en el asunto que requería la atención y el ánimo de todos:

—Éstos son otros tiempos y otras han de ser nuestras miras y cuidados. Los desposorios de nuestra reina doña Urraca —que el concejo aquí reunido no es quien para juzgar— con don Alfonso I de Aragón, enfrentó los reinos de Castilla y de León con los propósitos que animan al esposo de doña Urraca. Como la nobleza y el pueblo de Ávila saben, ha sobrevenido la pugna entre don Alfonso el Batallador por un lado, y su esposa la reina con su hijo el infante don Alfonso (debidamente guardado en el palacio del obispo por sus leales abulenses), por el otro.

Hizo en este punto un alto en su exposición el prudente gobernador para enjuagarse la boca que tenía pastosa; alto que aprovechó el respetado obispo para explicar:

—Nuestra lealtad a la hija del llorado don Alfonso VI y al regio infante nos ha aconsejado traerlo de incógnito mediante astutos ardides al castillo de Simancas. Más tarde, con escoltas de nuestros caballeros serranos mandados por don Sancho Estrada, ha sido trasladado a nuestro palacio, bajo la guarda de leales caballeros, el desvelo de nuestros cuidados y la superior protección de este concejo de la ciudad. Sólo nuestra lealtad hacia tan tierno infante, la debida a su señora madre nuestra reina, y el fundado temor que nos inspiraba la desprotegida situación en que se hallaba su persona en tierras lejanas —o en desguarnecido castillo— nos han impulsado, como digo, a colocarlo bajo nuestra leal y fidelísima protección.

Se produjo un respiro en la concurrencia seguido de rumores de aprobación. Carraspeó el gobernador, usó de la argéntea campanilla y, de nuevo, su voz grave resonó en el templo con lógico acento de acer-va reprobación:

—Seamos claros, caballeros, y no dejemos en la oscuridad pecados que nos escuecen y ofenden al pudor de doncellas y damas y en pugna con las buenas y cristianas costumbres.

—Acertado caminais —le alentó el obispo.

—Ciento es que nuestra reina no ha sido un dechado de virtud, de-
coro ni honestidad. Nunca lo fue y estamos empapados de ello. Ya en
Ávila, dio muestras de temprana liviandad con el famoso postigo que
lleva su nombre en nuestra muralla y alcázar. (Gestos de conformidad,
mudos asentimientos en nobles, caballeros y pueblo). Mas, caballeros;
vamos a la realidad hágámosle cara: una reina es —la palabra lo dice—
una reina. Su conducta no puede ser medida con el mismo patrón que
la del más oscuro vasallo o siervo. (Aprobación). Doña Urraca, por su
condición de reina de Castilla y de León, por su nacimiento, en su per-
sona y honor está por encima de cualquier apreciación. La conducta
de los reyes está legitimada por su realeza. La nobleza abulense, noso-
tros, sus vasallos, caballeros, ruanos, comerciantes, campesinos y mo-
radores todos de la ciudad, le debemos vasallaje, apoyo, obediencia y
sumisión.

Nuevo rumor, esta vez de incontenta y calurosa aprobación. Se ad-
vertían lágrimas en los ojos de los caballeros, lágrimas quemantes. O
tal vez fuera el resplandor de las llamas de antorchas y candiles que las
hacían brillar como chispas de la fragua del herrero. Llamas que tem-
plaban el aire de la dilatada nave y ponían gotas de humedad en fren-
tes, cuello y sienes. Un olor acre se extendía por el aire cuajado y eran
visibles las manchas de sudor en los sobacos de los vestidos, cual si de
segadores o barcinadores se tratase. Caballeros, damas y pueblo, esta-
ban habituados a las naturales emanaciones. También empapado, es-
peró Blasco Jimeno a que se hiciera el silencio. Por fin continuó:

—Ciento es —insisto en ello para dejar las cosas en su sitio— que
la señora no destaca por sus prendas virtuosas. Con visible escándalo
para nuestras costumbres —que no tenemos por qué enjabonarla—, pero tampoco es para escandalizarse hipócritamente. Estamos aquí reun-
idos en concejo, nobles, caballeros y pueblo llano, sencillos todos, y
hemos de admitir los hechos tal como son, aunque no nos gusten. En
todas partes cuecen habas; entre nosotros, no pequeñas, y el que esté
libre de pecado que tire la primera piedra.

Se repitieron los rumores de asentimiento. Blasco Jimeno conocía el percal y sabía cómo tenía que hablar a su gente. Caballeros y villa- nos hacían rápido examen de conciencia expurgando en sus pecados y debilidades y, quien más, quien menos, hallaba qué reprocharse muy en el fondo. Siguió el buen gobernador:

—En sus asuntos personales, la reina se ha puesto siempre a su cor- te trashumante y al reino por montera; ha hecho de su capa un sayo y desvarían quienes piensen hacerle entrar por otros carriles. Entre ellos, el rey batallador, su esposo.

—Tenemos una reina con redaños, —exclamó el señor de Estrada.

Pausa muy breve: momento de recapitulación que mantuvo en vilo la atención de la audiencia.

—Nobles, caballeros, pueblo: no es para escuchar el relato de conductas licenciosas y de hechos poco edificantes para lo que nos reunimos en esta iglesia concejil. Se trata de algo más elevado e importan- te: nada más, pero nada menos también, que de la suerte de Castilla y de León, nuestros reinos. Don Alfonso I viene confiando los cargos de responsabilidad para el gobierno de aquestos reinos a las manos de sus fieles aragoneses, y depone de ellos a los nobles castellanos. A aque- llos confía la defensa y custodia de ciudades, plazas fuertes y castillos, con grave desdoro y perjuicio para los moradores de estas tierras. Por ello trajimos de Galicia primero, y de Simancas después, a don Alfon- so VII, nuestro rey infante. La nobleza castellana se ve postergada en sus derechos y privilegios, y observa en la política del rey de Aragón el decidido propósito de adueñarse de este reino, para lo que ya ha puesto presa a su esposa doña Urraca. Nobles y ciudades toman parti- do por la reina y hemos concertado acuerdos como guardadores del infante don Alfonso con el obispo Gelmírez y otros miembros de la no- bleza. No ha mucho, en la catedral de Santiago, nuestro infante ha sido jurado rey de Castilla.

Emoción incontenible; aplauso unánime, enfervorizado, premió las

últimas palabras de Blasco Jimeno. La iglesia vibraba de entusiasmo con la concurrencia puesta en pie.

—Viva doña Urraca nuestra reina, —clamó una voz.

—¡Viva! —fue la respuesta unánime.

—Viva don Alfonso VII.

—¡Viva! —gritó la masa enfervorizada.

Prosiguió satisfecho en tono enfebrecido el buen gobernador:

—Mientras tanto, el rey batallador, su padrastro, recorre ciudades, castillos, villas y aldeas pidiendo sumisión y acatamiento a su persona y poder. Intenta comprar lealtades con ofrecimientos tentadores: concesión de honores, prebendas, privilegios y dádivas para vencer la resistencia de los que se oponen a sus partidarios. Sus designios están claros. Los mismos métodos aplica en sus relaciones con nobles y caballeros de aquesta ciudad. Los manejos y ambiciones del Batallador, que ya ha enviado emisarios reclamando lealtad y obediencia, considera aqueste concejo que pueden poner en peligro la vida del rey infante. Como se sabe, don Alfonso Primero es persona resuelta, testaruda, y además de rey de Aragón, lo es consorte de Castilla y de León como esposo de doña Urraca. Los nobles y caballeros de Ávila le parecen insumisos y demasiado puntillosos en cuestión de lealtades. Piensa que necesitamos una severa reprensión y escarmiento, y se mueve con numerosa hueste por el camino de Segovia a Ávila por Villacastín. No es un secreto que está a media legua de nuestra ciudad. Nadie podrá convencer a aqueste gobernador de que Ávila no esté en peligro de ser atacada knowing como conocemos el humor del Batallador. Por añadidura, por Castilla se han extendido rumores de que el regio infante ha muerto. Nada más infundado y falaz. Rumores falsos, interesadamente propalados que han dado a don Alfonso I el pretexto que deseaba para someter a los indóciles caballeros serranos avilenses. Sabemos que ha preguntado a sus capitanes: “¿Quienes se creen que son esos serranos orgullosos que intentan oponerse a los designios del es-

poso de su reina? ¿Con quién se creen que están tratando?". No olvidamos la condición real de su persona ni a qué nos obliga la circunstancia de que sea esposo de nuestra reina. Nos obliga a la cortesía, al rendimiento propio de caballeros. A su respecto, nos animan deseos de paz y benevolencia. Seremos corteses, amistosos y firmes; intransigentes en cuanto sea necesario y afecte al honor. No seremos felones ni traidores: defenderemos a nuestro rey niño, sus derechos y su tierna vida, la nuestra propia, que poco vale, y tenemos prometida a Dios, a la Santísima Virgen y a nuestra reina doña Urraca. (Aplausos). En virtud de lo que llevo dicho y la gravedad de la situación que podemos apreciar, aqueste concejo y la nobleza y clero de la ciudad arbitrarán las medidas que el desarrollo de los acontecimientos aconseje en cada caso. Nos encomendamos a Dios, de cuya voluntad dependemos, a quien no faltarán nuestras preces. Agora, salvo que alguien desee formular alguna demanda —que debería reservar para menos grave ocasión—, se da por terminada la sesión de este concejo.

Un cuarto de hora después las campanas de todas las iglesias de la ciudad llamaban a la feligresía para rezar el rosario.



■ Institución Gran Duque de Alba

II

En presencia del senescal recibió el rey de Aragón al emisario portador de la valija que le llegaba desde Barbastro: recopilación de documentos e informes de sus espías en Alemania e Italia, cartas del rey de Francia, el duque de Aquitania y del conde de Tolosa. Escritos que le daban al rey ocasión y materia para reflexionar y enterarse de los aferes y su marcha en Europa y Asia que no le eran extraños ni indiferentes. Eran tiempos recios: la guerra rugía por doquier.

En Tierra Santa, la Cruzada de Occidente había establecido el reino de Jerusalén. En su marcha a través de Europa, los cruzados habían cometido serios desmanes —sometieron a saco a la ciudad de Praga que nada tenía de infiel ni sarracena— y avanzaron con tremendas penalidades y severas pérdidas hacia la ciudad santa. Allí se establecieron. Pero con la victoria no había llegado la paz.

A don Alfonso le llegaban noticias vagas, contradictorias, confusas a veces, de lo que ocurría en los intrincados campos de la política y la guerra a centenares de leguas de su reino y, con harta frecuencia se dedicaba a separar la paja del grano. Había viajeros con relatos fantásticos, informes con apariencia de veraces de mensajeros y espiones. En tierras de Alemania y de Italia se había reanudado, con el advenimiento del emperador Enrique V, la desatinada guerra de las investiduras. Una guerra que venía de atrás, pero este Enrique no se topaba, como sus predecesores, con enemigos del temple del monje Hildebrando (el Papa Gregorio), ni con Matilde, la condesa toscana de las espuelas de

oro. La dama le recordaba a la Débora bíblica. Siempre había gozado de su simpatía por su desprecio de las convenciones, su firmeza y arrojo. Ahora vivía en su castillo de Canossa, confinada en él por la edad y los achaques que no le permitían cabalgar mostrando por sierras y valles sus doradas espuelas.

Doña Urraca... Había que dejar aparte sus caprichos y a ella misma. Le resultaban insopportables sus veleidades. Como a todo rey le reconocía una idea de su poder por más que —en muchas ocasiones— intentaban acortarlo sus vasallos. No; no era Matilde, que se enfrentaba a duques y emperadores, y dispensaba su protección a los papas.

Pascual II, el papa reinante no era hombre que estuviera dotado de la firmeza y decisión que requieren los negocios y la guerra. Al contrario que su predecesor, era indeciso y pusilánime.

Mientras leía, el Batallador desgranaba la impresión que le dejaban en el ánimo la lectura de noticias e informes.

—Estoy convencido, señor senescal, de que si Enrique no le hubiera provocado nombrando obispos y arzobispos a hombres de su confianza, el Papa no se habría decidido a reanudar la guerra. Pero un rey que deseé ver realizados los fines de su política, tiene que rodearse de colaboradores fieles que comulguen con sus principios.

—El Papa ha buscado apoyo en Luis el Gordo. Su viaje a París no tiene otra finalidad. De paso han celebrado los concilios de Chalons-sur-Marne y Troyes con lo que ha logrado reafirmar su derecho a investir los obispos.

—El apoyo político del rey de Francia está encaminado a frenar a los alemanes.

—Auspiciado por los gregorianos, el concilio de Letrán ha declarado ese derecho irrenunciable.

—Y, para hacerles entrar en razón, Enrique, al frente de sus ejércitos, se ha puesto en marcha y ha invadido Italia. Hasta Matilde, la indómita condesa, parece mostrarse razonable.

—Ya no es quien era: envejece y pierde facultades.

—Pierde facultades, pero sigue siendo dura de pelar. Siempre me ha complacido esa mujer que, a los 54 años contrae nupcias por segunda vez, en esta ocasión con Guelfo, joven duque de 30. Lo hizo marqués de Toscana.

—Matrimonio efímero. La condesa, como esposa resultaba molesta a su joven marido. Al cabo de dos años la dejó y se pasó al campo enemigo. De creer a los informes, la condesa le hacía la vida de tal modo imposible que hasta él mismo se compadecía. Los rumores que corrían decían que sus exigencias eran excesivas.

—Entonces la condesa se buscó otro hombre, Guido Guerra, también joven, que haciendo honor a su apellido, sólo sabía hacer la guerra, pero la hacía muy bien.

El senescal sonrió. El tal Guido llevaba el mote de Bebesangre que se había ganado uno de sus antepasados. Dijo:

—Guido ha logrado convencer a Matilde para que cese en su hostilidad hacia el emperador. Por eso el alemán avanzó por Italia venciendo escasas resistencias con el sencillo procedimiento de arrasar a los que se oponían.

A don Alfonso, que se ilustraba con las noticias de sus enviados y amigos (entre ellos Luis el Gordo), le habría gustado disponer de la fuerza del emperador Enrique V y ser su émulo. En Arezzo la oposición a Enrique había sido resuelta. Los aretinos se habían rebelado contra su obispo que vivía fuera de la ciudad y ponía trabas al desarrollo de las instituciones municipales. Los sublevados destruyeron la residencia de su obispo y lo obligaron a establecerse en el centro urbano para tenerlo a buen recaudo. Enrique recibió una embajada aretina en la que le pedían que reconociera los hechos consumados. El emperador se negó.

—Yo habría obrado de la misma manera, —dijo el Batallador. —No estamos en los tiempos de democracia y el emperador obró de manera

juiciosa. Habría sido nefasto otorgar mayor poder a las ciudades en detrimento de los señores y del poder real. Nuestro poder es soberano y rechazamos cualquier acto que lo ponga en tela de juicio.

—Los aretinos decidieron como lo habían hecho los numantinos frente a Roma.

—Sí; salvaron el honor, pero perdieron sus vidas y haciendas.

Salió el batallador rey aragonés a la puerta de la tienda para contemplar la ciudad fortificada. En extramuros, pobres aldeas que se confundían con el reseco terreno de míseros chamizos con techumbres de paja. A sus espaldas la voz del senescal concluía.

—Torres y murallas fueron derruidas y la ciudad, pasto de las llamas. Al reanudar la marcha el emperador dejaba tras sí un montón de ruinas humeantes.

—Tal hazaña no sería irrealizable para nosotros, mi buen senescal. Mas se trata de un dominio de la corona de Castilla que ciñe mi poco razonable esposa. Ello embaraza nuestra libertad de acción. Castilla y Aragón; Aragón y Castilla. Un sueño. Ni Arezzo es Avila, ni yo soy Enrique.

—Señor, yo terminaba una conversación.

—Si los castellanos se avinieran a razones nuestra capacidad de acción política y militar sería irresistible. Pero no; es terca doña Urraca y cerriles estos serranos con su infante don Alfonso, mi hijastro, —dijo el rey sarcástico.

—Perdonadme, señor, si me atrevo a deciros que de poco os ha servido tomar como esposa a la imprevisible hija viuda de don Alfonso VI de León y Castilla.

—Quizás tengais razón. A veces los reyes yerran. Mas a aquellas alturas sería necio dar marcha atrás. La empresa requiere esfuerzos que no serán sólo nuestros. El que algo quiere debe pagar por ello. Siga con las investiduras de los obispos.

—Ya en Roma, el emperador resolvió dejar al Papa el poder de las investiduras con la condición de que privaba a los obispos de todo poder temporal, condición que disgustó a los obispos alemanes. Hasta tal punto que durante la ceremonia de la coronación en San Pedro, el emperador Enrique interrumpió la lectura de los pactos para interrogar a sus dignatarios los duques y obispos. Aquestos rechazaron el acuerdo y el Papa se negó a continuar la ceremonia.

—¿Cómo terminó la coronación?

—Como el rosario de la aurora: en una algarada. Los duques alemanes desenvainaron las espadas en plena iglesia y arrestaron al Papa, mientras soldados y plebe confraternizaban y se entregaban a la tarea conjunta de saquear el templo, robando vasos, ornamentos y demás riquezas que en él hallaron. Después de San Pedro, fue Roma el teatro de peleas y saqueos.

—Algo fuerte, pero nada extraño. Es ley de guerra y la guerra siempre ha sido y continúa siendo —reconozcámolo sin ambages —la rapiña, el botín, el enriquecimiento a costa del despojo y la vida de los menos fuertes, —dijo el rey.

Se abstuvo el senescal de todo comentario y continuó su relato, que le agradaba.

—Tras dos años de arresto el Papa Pascual se rinde sin condiciones y marcha como triunfador Enrique. El clero está en desacuerdo con la rendición papal y se rebela. En Letrán estalla la desobediencia al pontífice, Roma mueve a sus monjes y al bajo clero alemán, en contacto con toda clase de gentes. Estalla la rebelión y el emperador se esfuerza por dominarla, por reducir a la obediencia a sus campesinos, siervos como en estos reinos de la península, que no son libres en sus bienes ni personas y aspiran a serlo.

—Parejas andan las cosas en la dulce Francia y a este lado del Pirineo.

—En efecto, señor. Siervos, hombres libres y vasallos dan muestras de inquietud e indocilidad. Aquí mismo, en Avila se han producido rebeliones que han dado lugar a algaradas, luchas y ejecuciones. Dícese que la plebe en general está descontenta y que hay señores que lamentan la vinculación de los siervos a la tierra por la imposibilidad de venderla sin ellos.

—Se comprende. El vínculo resulta demasiado fuerte y molesto. Los siervos son trámpulos, solapados e insomisivos: odian a sus señores, los engañan y les hacen todo el mal que pueden. Así y todo el feudalismo es el mejor régimen que se haya conocido.

Hacía calor. Seguido del senescal el rey entró en la tienda, se sentó en una jamuga y se rascó el cogote. Sonaban todas las campanas de la ciudad.

—¿Qué campanerío es ese? —preguntó el monarca.

—Llaman al Santo Rosario, señor.

El rey respiró hondo y pidió al senescal que llamara para que encendieran los candelabros con lámparas de aceite. Luego le pidió que se sentara y ambos se sumergieron en la lectura.

No disimulaba el rey batallador su simpatía por Enrique V frente al Papa. Pensaba que el apoyo del pasado y del bajo clero en los campesinos y siervos alemanes debilitaba el esfuerzo político y militar de los cruzados en Tierra Santa. Por otra parte, le resultaba reconfortante contemplar el ejercicio de la autoridad del emperador sobre sus templarios y poderosos vasallos, los duques alemanes.

—Esa autoridad, traducida a poder, es lo que están necesitando en Europa nuestros titubeantes y anárquicos estados. También los cristianos de la península.

—El emperador se impone sin miramientos.

—Nosotros estamos obligados a tenerlos. Zamora ni se gana ni se destruye en una hora.

De nuevo tornaron al examen de noticias e informes. El rey se cansaba. Eran manuscritos difíciles que precisaban mucha atención. A veces resultaban ilegibles, con palabras en idioma extranjero que el rey desconocía intercaladas en textos en latín. Y la atención se le iba por extraños derroteros. Por ejemplo, pensaba en Matilde la combativa y audaz condesa de Toscana, ya anciana que, en el campo del Papa, había humillado hasta lo increíble al emperador Enrique IV, obligándole a esperar durante tres días, con los pies desnudos en la nieve, la concesión de la audiencia papal. Las cosas ocurrían así —incluso entre los grandes de la tierra entre los que figuraba él— y la arriscada condesa era digna de calzar las espuelas de oro que la distinguían del resto de los mortales. No estaba dispuesto como el emperador alemán a soportar humillaciones ante los caballeros de Avila ni a suplicar. Deberían tenerlo bien entendido. Con el batallador no se juega.

Merecedor de su aprecio era su amigo Raimundo, el conde de Tolosa, que con exaltado espíritu religioso, influido quizá por las hazañas de Roland y los suyos en Roncesvalles, había animado y movilizado a los franceses del Midi para ir en cruzada a la conquista de Jerusalén. En esta decisión, pensaba el Batallador, había pesado en gran medida la predicación de Pedro el Ermitaño, fraile de larga barba, enjuto de carnes y de verbo encendido. Su amigo Raimundo había emprendido el camino de Constantinopla, pero antes le había hecho llegar un libro que escaseaba: "La chanson de Roland". Lo había leído con atención. Un deslumbramiento. Comulgaba con el espíritu que informaba la vida y el hacer de tales caballeros, su lealtad para con el emperador de la barba florida, su desprecio a la muerte, su fe religiosa, su amor inquebrantable a Dios. Pero su forma ciega de pelear, el orgullo que conduce a la inútil inmolación y a la derrota... ¡Ah, Roldán y aquel olifante famoso que no sonaba! Él tenía otras ideas: las batallas, si se empeñan, ha de ser para ganarlas. Ese no había sido el caso de las huestes de Roldán contra Marsilio.

Algo diferente era su coetáneo y amigo Luis VI, el Gordo, Capeto que se hacía respetar por los grandes feudales y príncipes extranjeros.

Había metido en cintura a los caballeros brigantes, (también en aquellos reinos los había, aunque no llevaran tan deshonroso apelativo), y merecía el nombre de "El despierto" por su prodigiosa actividad y astucia. Este rey grueso y corpulento mantenía dura guerra de asedios y escaramuzas contra los nobles saqueadores emboscados en sus castillos, y no fue parco en castigos y ejecuciones que le valieron los sobrenombres de guerrero y justiciero. Con su ruda política de dominio real, se había ganado el apoyo del clero y el afecto del pueblo. Su acción se extendía hasta la próxima Aquitania, cuyo duque Guillermo se veía constreñido a ofrecerle su "homenaje y servicio".

Corría la sangre de los cruzados en los yermos ardientes de Tierra Santa, rugía la guerra de las investiduras en Italia, se imponía la autoridad de Luis VI el Gordo en Francia y él, Alfonso I de Aragón, pugnaba por todos los medios en imponer su autoridad a los vasallos de su esposa doña Urraca en los reinos de Castilla y León. Reinos que no entendían su amplitud y altura de miras; nobleza que temía verse privada de algunas de sus prerrogativas y privilegios, cuando su ambición y propósito consistían en colocar bajo su poder a los tales vasallos para dar sentido y unidad a mayores y más dilatadas acciones contra el musulmán.

La vivienda de Fernán López de Trillo, en el interior del recinto amurallado, no difería de las que ocupaban otros artesanos o mercaderes de parecida entidad social: con taller y todo era de lo más elemental. Disponía de una amplia estancia en la que vivía su familia y las de sus empleados en la más absoluta promiscuidad: la suya propia, la de sus obreros, sus aprendices. La falta de alojamiento en la ciudad era endémica. Venía de los tiempos anteriores a la repoblación. Con la llegada de los repobladores del norte el problema se agravó. El mobiliario, elemental, era escaso e incómodo. Para sentarse, lo más general, bancos de tres patas y no había para todos. El lecho consistía en un montón de paja en el que familias enteras hacían cama redonda. Mataban el frío calentándose los unos a los otros. Tenido por rico, sólo

Fernán López tenía colchón de lana para él y su familia y envidiaba a los nobles que disponían de un colchón de pluma. No existían sábanas y los cobertores y mantas escaseaban. Como no existían tampoco ropas interiores, la gente dormía en cueros. En invierno, los más, se tapaban con gorros, vestidos y capotes. En verano, en aquel mes de agosto inusitadamente caluroso para la ciudad, como en cualquier tiempo de calor, dormían completamente desnudos. Los dueños dormían con los criados, los viejos con los niños, los hijos con los padres. En aquellas alcobas ocurría de todo. Los insectos, chinches, piojos y pulgas pasaban de cuerpo a cuerpo, de cama en cama. Las mujeres pasaban una gran parte de su tiempo en tareas elementales de desinsectación. La idea del pudor no estaba desarrollada y, en muchos casos era inexistente. En tales alcobas ocurría de todo. Algunos privilegiados, entre los que se encontraba el ferrón, —como los nobles— disponían de lechos individuales aislados por cortinas que se deslizaban, o se alzaban y bajaban protegidos por baldaquinos. Fernán, dentro de sus posibilidades, trataba de imitar a la nobleza.

Las cucharas eran de madera, talladas y de forma rudimentaria. Especialmente estimadas eran las de boj. Escudillas, platos, morteros, dornillos, dornajos y hasta las artesas para la matanza eran de madera, vaciadas de una sola pieza. También había platos de barro cocido, igual que los pucheros. Como cuchillos, usaban puñales cachicuernos, rústicos, que cada uno llevaba encima, y que utilizaban para cualquier menester. La dieta dependía de la clase social de cada uno. No comían lo mismo Fernán López de Trillo y su familia que los obreros y aprendices que trabajaban para él. Estos comían en un perol único verdura cocida si la había y un trozo de pan con tocino. A veces, los campesinos, a modo de trueque, les proporcionaban castañas, bellotas, zarzamoras y majuelos. El pan era blanco, negro, casero, de cebada o de centeno, o de harina de trigo, harinas todas molturadas necesariamente en los molinos del Adaja, propiedad de los nobles. De la misma manera, las habas, lentejas, almortas y habichuelas formaban parte de la alimentación de la casa, de la ciudad.

En lo que tocaba a los campesinos, libres o siervos, se afanaban a lo largo y ancho de las laderas serranas y por los llanos del Valle de Amblés, en la dura tarea de alimentar, vestir y proveer de vivienda a los señores que vivían tras la cerca almenada en la cumbre, y que intervenían en su vida privada con la doble condición de protectores y exactores. A la ciudad debían llevarles la mitad o un tercio de la cosecha, y en ella debían de buscar refugio cuando por los picachos y collados aparecían bandas enemigas con el rey o con otro señor. A veces se trataba de proscritos —cristianos y moros asociados— que, organizados en bandas de malhechores hacían la guerra por su cuenta cometiendo toda suerte de fechorías.

El rey de Aragón pensaba que el sistema feudal era el mejor invento de todos los tiempos. Si no existiera la nobleza con sus castillos y sus ciudades fortificadas, ¿quién defendería a los siervos y campesinos libres, a los mercaderes y artesanos de las ciudades?

—¿Quién nos protege de nuestros protectores? —dijo Lucas.

—Nos protegen Dios y el Obispo.

—Las huestes del rey de Aragón han desbaratado a los brigantes que anidaban en las quebradas de la Cruz de Hierro.

—Los bandidos han muerto a soldados, incluído algún caballero.

—Así comprueba el aragonés como las gastan los forajidos en los reinos de su esposa.

—Los forajidos las gastan igual en Castilla que en Aragón. Las carreteras y caminos están llenos de peligros por todas partes.

—Hay nobles que protegen a los brigantes.

—El cruce de Aldea Vieja es peligroso. Los bandidos de la Cruz de Hierro están protegidos por el señor de la Aldea, lo que obliga a viajeros y mercaderes a viajar en caravanas y convoyes.

—Por eso viajan de día y aprovechan la noche para descansar y montar guardias para que no los cojan desprevenidos.

—Los desplazamientos los hacen siguiendo las calzadas y los caminos trazados por Roma, cuando los hay, —dijo Lucas.

Entre señores, caballeros y campesinos existían relaciones complejas que diferían según los lugares y que se traducían en diferencias sustanciales. La balanza se inclinaba del lado del más fuerte que resolvía la cuestión por métodos expeditivos que iban desde el cepo a la horca. Desde los torreones y atalayas los nobles abulenses dominaban torvamente el campo de casuchas y cabañas que se arrebujaban al pie de la muralla, el campo dilatado del Valle de Amblés, las colinas inmediatas pobladas de encinas y de pinos. No era infrecuente que los nobles, inquilinos de caserones y palacios, cometieran abusos y maldades como el de coger por la fuerza al pequeño propietario libre, desposeerlo de sus bienes y reducirlo a la condición de siervo. Mas la presencia de la ciudad con su cerca, como decía el rey, infundía también confianza en los tiempos de tribulación y violencia que no escaseaban. Estaba claro que no todos los que hacían producir a la tierra disfrutaban de la misma situación. Si el siervo era sólo un objeto que podía ser vendido con la tierra, el “libre” —descendiente de soldado que no pudo hacer carrera— no podía ser vendido. Pero también estaba obligado a pagar tributos y a sufrir vejaciones. Servicio obligatorio y gratuito de transportes para el señor.

En la ciudad, nacía la vecindad, hija de la solidaridad entre siervos y libres frente a los impuestos. Las algaradas y motines callejeros que condujeron a los encuentros de Zorita y al refugio de los rebeldes en el castillo de Sotalvo. Cada aldea, cada barrio, tenía su parroquia de la que dependían sus moradores. Las campanas llamaban a asamblea en los atrios o en el interior del templo, como llamaban cada vez que se producía una calamidad pública o un hecho luctuoso. Allí pagaban los feligreses sus impuestos y se comprometían a realizar los trabajos comunitarios, limpieza de calles, cunetas de desagüe, trabajos de empedrado.

Fue noche calurosa. Antes de los primeros fulgores del alba se oyeron ladridos en el campamento. El rey de Aragón abrió los ojos y se

removió en su catre. Más ladridos. Se generalizaban: de galgos, de pachones, de podencos, de mastines, de perros de caza mayor y menor. Respondían con ladridos los canes de la ciudad y de sus aldeas. El horizonte se llenó de ladridos de perros enemigos.

Se levanto el rey. De las sombras de su tienda surgieron hombres provistos de una tina con agua, paños y jabón. Cuando salió de su tienda lavado, vestido y peinado, sus nobles vasallos lo esperaban. Tras el saludo matinal de rigor, por terreno pedregoso, emprendieron el camino en dirección a la ciudad. Se mantenían fuera del alcance de las flechas que pudieran ser lanzadas desde las almenas de la muralla, de las piedras arrojadas por honderos. La contornearon. Iniciaron la vuelta por las proximidades de la parroquia de San Vicente. La puerta del mismo nombre estaba guardada por una de las familias de más alto linaje de la ciudad: la de Esteban Domingo. Bordearon la escarpa. Seguían la margen, a trechos abrupta, del arroyo que bajaba de Las Hervencias; pasaron por San Andrés en el barrio de Ajates, vadearon el río por las cercanías de un molino y se situaron en lo alto de una colina desde la que dominaban con la vista la casi totalidad del ámbito amurallado de la ciudad. Tornaron a vadear el río y atravesaron una zona de huertas cuidadas con el arte de los moros. Dejaron a la mano de la adarga las parroquias de San Nicolás y Santiago —iglesia en la que eran armados los caballeros— y después la de San Pedro, frente a la puerta del Alcázar. Centenares de personas se apiñaban en las afueras de la aldea para presenciar el paso de la regia comitiva. Eran en su mayoría gente que habitaba en los barrios de extramuros: campesinos, siervos y obreros artesanos muy pobres, hostigados por las privaciones y la miseria. El espectáculo no era extraño para el rey y su cortejo. En torno a las parroquias, asiéndose a las pinas laderas, trepando por ellas, se arracimaban casuchas de techo bajo, cubiertas de paja con piorno, en cuyo interior, extrañamente amalgamados convivían personas y animales. Agujeros por los que entraban y salían mujeres greñudas, hombres y niños desharrapados o desnudos entre los cuales se arrastraban los lisiados. Construcciones elementales de piedra y barro, diseñadas por la necesidad más perentoria de techo, bajo el que cobijarse, sin agu-

jeros por los que entrasen el aire y la luz: chozas amajanadas que se colgaban en los riscos de las laderas. En las vertientes pedregosas y enriscadas abundaban los muladares cuajados de moscas, con malos olores a los que se unía el hedor de alguna sentina.

En invierno el espectáculo era otro y el mismo. Aquellas viviendas, como toda la ciudad, permanecían meses enteros cubiertas por el hielo o la nieve y, en sus callejuelas serpenteantes, sus moradores se deslizaban calzados de albarcas entre amasijos de nieve, tierra y excrementos. La mortandad era grande. Cuando llegaba la estación del deshielo y las lluvias de primavera, el agua arrastraba hasta los ríos Grajal y Adaja ingentes cantidades de inmundicias acumuladas en tiempos de sequía y de cieno. En estercoleros y basureros, perros, cabras, cerdos y niños, viejos famélicos, se disputaban los escasos despojos aprovechables que llegaban de las familias pudientes.

Don Alfonso I comentó al marqués de Monzón que tenía más próximo:

—Magüer el prestigio de aquesta muralla los siervos de los caballeros serranos viven peor que los de mis nobles vasallos de nuestro reino.

—Os do la fe d'ello, señor. Aquesta es tierra de magros aferes y asaz cuitados. Basta ver la modorra con que se afanan.

Desde las fincas de los alrededores, por áridas pendientes, se apresuraban mujeres, viejos y niños con menguados haces de leña, de pionno o de pajón, imprescindibles para guisar en todo tiempo y en tan miserables habitáculos.

—Bien madrugan los menesterosos, —dijo el rey.

—La gazuza los espabila, dijo el mentado marqués. —Antes del amanecer salen de sus chamizos para ver qué les depara el día

—Ya. Cuando nada encuentran se ayuntan a la puerta de las parroquias.

—Aquí en tal cuantía y en tal estado que da grima verlos. Y, en los

días de mercado, en torno a los míseros puestos de los aldeanos que llegan de las aldeas tan pobres como aquellas para permutar sus géneros por otros.

—Recuerdo que doña Urraca me dijo en alguna ocasión que al menos una vez por semana hacen día de mercado. En esos días, alguna villa no lejana les envía sus buhoneros u otros vendedores ambulantes de mojigangas caseras, aceite, vino, salazones de pescado, tocino y cecina.

En el amplio atrio de San Pedro, abarrotado de público silencioso y expectante se detuvo la comitiva real. Monarca y caballeros consideraron detenidamente los fieros torreones coronados de arqueros de las milicias concejiles con su guión de cuadrilleros. Ondeaban en el torreón que tenían a la izquierda. Los atalayeros oteaban el campo de las Hervencias y los llanos del Valle de Amblés... Vigiles y velas —entre los que figuraban clérigos de las parroquias, a los que los siervos llamaban cregos— contemplaban entre hostiles e interesados la majestuosa figura de don Alfonso I de Aragón, con fama de batallador, que cabalgaba un caballo negro de fiera estampa.

—Es el esposo de nuestra soberana, doña Urraca.

Era la primera vez que la mayoría de aquellos avilenses mordidos por la curiosidad veían a un rey. Les causaba estupor y admiración el esplendoroso y rico atuendo del monarca y de los nobles de su séquito. Muchos habrían aplaudido al esposo de su reina de no ser por el miedo a los escuchas disfrazados y secretos que reconocían diseminados entre la multitud.

Don Alfonso había observado, cerradas, las puertas de San Vicente, la del Adaja, y ahora la del Alcázar. También lo estaba el postigo que llevaba por nombre el de su esposa, doña Urraca. Sintió el escozor de los celos. No sabía por qué extraños méritos llevaba aquel postigo el nombre de tan alta dama. La condesa de Galicia, hija del rey de León y de Castilla don Alfonso VI, hubiera podido entrar y salir a su antojo en y de la ciudad por la real puerta del Alcázar, de incógnito o con to-

dos los honores debidos a su realeza. Pero no. La señora, para sus entradas y salidas misteriosas, había elegido o hecho abrir aquella puerta, disimulada, medio oculta, casi secreta.

Tangenciales, los primeros rayos del sol herían los campanarios de San Pedro y de la catedral, los gigantescos y torvos torreones que flanqueaban la puerta del Alcázar. En ese momento la campana de San Pedro empezó a dar el primer toque que llamaba a misa a los fieles. El rey de Aragón era fiel, pero volvieron grupas a la muralla y tomaron el camino del campamento al trote corto de sus corceles.



Institución Gran Duque de Alba

III

Minutos después eran las campanas de Santiago las que llamaban a misa. Existían rivalidades entre las distintas parroquias de la ciudad, y durante la mañana el aire quieto se estremecía con el campanerío vibrante que fluía de las torres de las iglesias. Don Lope Núñez, joven caballero preclaro de la nobleza abulense salió de la muralla por la puerta de Grajal a la estrecha senda que, a modo de rastro, circundaba la muralla por el mediodía. Atendía la llamada de las campanas de su iglesia, la iglesia de los caballeros, en la que meses atrás había sido ordenado caballero. El templo había dado cobijo a brillantes y graves ceremonias. En el momento en que salía de la puerta del Grajal o del rastro y divisó, recortada en el azul, la veleta con la silueta del caballero, se le vino a la memoria el solemne y honroso ritual.

Con motivo de la festividad de San Isidro, con ofrenda al santo agricultor y a la Santísima Virgen, ochenta apuestos donceles habían velado sus armas de pie, en el más absoluto silencio y más exigente inmovilidad. Antes del ritual religioso, donceles, caballeros serranos y escuderos se habían bañado rodeados y atendidos por sirvientes y esclavos, siguiendo el rito francés establecido por el conde don Raimundo de Borgoña. Vinieron luego las entercedoras aunque sobrias despedidas de las madres, de las hermanas, de todos los suyos. Suspiros, lágrimas en los ojos de las damas que resbalaban por ascéticas mejillas y caían hasta mojar las ricas telas de los negros vestidos recamados en plata y oro. Soles de singular brillo eran las lágrimas a la luz de las an-

torchas. Lágrimas de dolor y de dicha que eran un hasta la vista muy próximo. Los pechos de las damas jóvenes y de las adolescentes casaderas se henchían de admiración y de ternura. Aquellos jóvenes eran la flor y nata de la ciudad, florones de las coronas de León y de Castilla. En su piedad ingenua y casta los donceles se encomendaban a la Madre de Dios. Así empezaban una seria —que esperaban luenga— vida de caballeros, digna de alabanza y honra. Como Roldán y Oliveros, durante la ceremonia, oraban por ellos mismos, lo que les llevó mucho tiempo.

“Concededme el honor y a mi padre la vida...”
Pedían. Luego cantaban en loor a su obispo:
“Cantan de Roldán, cantan de Oliveros
e non de Corraquín que fue caballero.
Cantan de Oliveros, cantan de Roldán
e non de Corraquín que fue buen barragán”.

A continuación meditaban. Se dejaban arrastrar por el flujo de los pensamientos que nada tenían de afectados ni enfermizos. Eran lo más natural, lo espontáneo, lo emanado del fondo de la conciencia. Pensaban en combates descomunales, en rudas lanzadas, quizá también en los que las recibirían, que entregarían su alma a Dios.

Mientras descendía el joven caballero la estrecha callejuela con escalones que conducía hasta el atrio del templo, recordaba que a veces se había distraído pensando en el alba, en el día radiante que se abriría para todos ellos, en su yelmo rematado por un rubí luminoso, obra de Fernán López de Trillo. Pensaba en esa mañana luminosa en el filo de su recia espada, en la guerra próxima contra el Batallador en la que realizaría inigualables hazañas.

Para apartarse de tales ideas, antes de llegar al templo, el joven Lope Nuñez tornaba a encomendarse a Dios, a la Santísima Virgen, su Madre, al apostol Santiago, a San Martín, indobleable sufridor de injusticias y vejámenes.

El joven señor había sido educado para la guerra, soñaba con ella. Desde los quince años sabía disparar el arco y montar y manejar un caballo. Había pasado de paje a escudero y recibió con la solemnidad habitual sus armas tras la larga ceremonia, calzadas sus espuelas. Recordaba que llegado el momento culminante —que el conde de Borgoña había denominado la Colée—, los padrinos de armas, entre ellos su primo Nalvillo, habían llevado a cabo el rudo rito del golpe en la nuca.

La iglesia de Santiago se alzaba en plena escarpa equidistante de la muralla y de San Nicolás. Una plazuela destortalada, con suelo de tierra rodeada de casuchas en que habitaban los moriscos y pobres que habían sido desposeídos de sus viviendas en intramuros como castigo a su insumisión.

En el atrio de la iglesia encontró a su primo Nalvillo. Se saludaron cortesmente, como mandaban las leyes de la caballería.

Dijo Lope Núñez:

—Venía recordando el día en que fui armado caballero. Desde aquí fuimos al coso de San Pedro, ante la puerta del Alcázar. Allí los jóvenes caballeros dimos pruebas de nuestra destreza abatiendo al maniquí vestido de hombre armado que estaba colocado en un poste clavado en tierra.

—Entusiasmásteis a la multitud engalanada para la ceremonia. Bien que os aplaudían señores, damas y caballeros. Especialmente las damas y damiselas. Tampoco os faltó el aplauso de villanos y campesinos libres y siervos.

—Ya. Recuerdo vuestras palabras: “A partir de este momento, la ocupación principal de un noble señor es la guerra. No os faltarán ocasiones para mostrar vuestro valer y la fuerza de vuestro brazo”. Todavía no me he estrenado.

—No escasearán los conflictos entre moros y cristianos y entre los mismos cristianos, que reclamen vuestra intervención. Siempre hubo guerras privadas, motivos para entrar con las armas en los dominios

del adversario. Y hallareis placer y emoción en demostrar vuestro valor, destreza y poder en el combate cuerpo a cuerpo.

—¿Qué me decís, primo, de don Alfonso de Aragón? ¿Pensais que llega en son de guerra?

—Un noble —y más un rey— está siempre dispuesto para pelear.

—Dicen que sus mesmadas han batido a los brigantes que asaltan a las caravanas por los caminos de Aldea Vieja, El Espinar y Villacastín. Subieron hasta la Cruz de Hierro para exterminarlos y tirallos por los tajos.

—Menester que teníamos decudido por estar el paraje entre las sedes de Ávila y Segovia.

—En ese punto, el rey de Aragón se ha apuntado el honor de una batalla.

—Más que una batalla propiamente dicha, el hecho de armas es un trinco político. El esposo de doña Urraca pretende demostrar a los castellanos que, bajo su cetro, comerciantes, mercaderes, campesinos y viandantes todos, estarían más seguros de lo que lo están bajo el de nuestra reina.

Entraron en la iglesia y oyeron la misa. La oficiaba el obispo don Pedro Sánchez Zurraquín. Aprovechó la oportunidad para arengar a los jóvenes caballeros.

—Debo recordar a nuestros nobles jóvenes que para el caballero carece de interés la maniobra en el campo de batalla. La maniobra queda para otras instancias. Para el caballero se trata del combate denodado para exterminar al adversario o bien con miras a hacerlo prisionero para obtener por él un provechoso rescate. Por otra parte está el desgaste ocasionado al enemigo por el sencillo medio de incendiar aldeas y ciudades tras someterlas a pillaje. En la guerra ese es el pan nuestro de cada día. Entre guerra y guerra los jóvenes caballeros que me escucháis habéis aprendido, como vuestros ancestros, a entregaros a di-

versiones y juegos brutales. Brutales he dicho en lugar de rudos. Nadie se ofenda. Un caballero no debe temer a la rudeza de las palabras. No somos melindrosos. La caza y los torneos son ejercicios brutales. La caza, además de una necesidad y diversión, es una escuela de guerra en la que nos adiestramos y perfeccionamos en el manejo del arco y de las otras armas. Sirve para abastecer nuestra mesa con las piezas cobradas. La carne de carnicería en nuestra ciudad no se conoce. Los torneos, con su vistosidad, son otra escuela de guerra.

No ha mucho eran grupos de caballeros armados los que se enfrentaban en auténticos combates. Agora el torneo ha perdido crudeza y se reduce al duelo simulado en el que dos caballeros rompen lanzas a los ojos de un jurado de damas de la nobleza. Ciento que se pone tal ardor en el combate que, con harta frecuencia, recogemos a los duelistas heridos o muertos. El obispo que os habla ha conocido días en que la caballería era tildada de feroz, en los que hacía víctimas de su bestialidad a los siervos. Pero eran tiempos mejores. Los campesinos no se rebelaban, en los que no se interrogaba al revoltoso. A aqueste elemento militar caballeresco al que pertenecemos "los serranos de conocido solar", concedió don Ramón la protección de la ciudad, guarda de puertas y murallas, además de las sierras circundantes. Para el desempeño de tan alta misión tenemos organizadas las milicias concejiles. Los caballeros castellanos lo somos por merced del rey. Serranos nos llaman aunque seamos caballeros de villa o ciudad; aristocracia campesina que tiene asegurada fama y entierro honorable por sus virtudes guerreras, por su intrepidez y destreza, por su valor profesional y lealtad a nuestra señora natural doña Urraca y a su hijo el rey niño, infante don Alfonso. Vislumbro en el horizonte inmediato la ocasión para que nuestros jóvenes caballeros pongan a prueba las mentadas virtudes a que han hecho honor sus ancestros.

Mientras el obispo arengaba a sus caballeros serranos de villa o campo, el rey de Aragón a la puerta de su tienda, comentaba con sus nobles colaboradores la actitud de los abulenses en los tanteos negociadores llevados a cabo. Les decía:

—Son intransigentes, duros de pelar estos serranos.

Corroboró el senescal:

—Los he visto correosos y altivos. Confunden la intrepidez con el desplante y la avilantez; la integridad, con la doblez, y la destreza con las malas artes. Es lo que he podido apreciar.

Cejijunto expresó el rey su contrariedad entre bromas de amargado humor, de las que podía esperarse cualquier determinación:

—Haría yo calcinar sus huesos para que no llegaran a sus tumbas de las iglesias y mandaría aventar sus cenizas para que de ellos no quedara memoria.

Tras breve pausa pidió al senescal que informaba:

—Proseguid con la relación de vuestras averiguaciones.

Se inclinó ceremonioso el noble señor:

—Señor: Los serranos tienen relegados a los ruanos a las partes bajas de la ciudad que confinan con la llamada puerta del Adaja o del Puente y han guardado para ellos las más elevadas. Se han reservado las alcaldías y los otros cargos concejiles. Son una especie de burgueses patricios que participan en las cabalgadas en busca de gloria y botín, cabalgadas que constituyen su principal fuente de ingresos. Como en otros lugares de aquestos reinos. El grupo de los llamados ruanos y el común de los pecheros y peones son dedicados al cultivo de la tierra y a la cría del ganado. Pueden guerrear en las milicias concejiles como auxiliares de los caballeros en la defensa de la ciudad y pechan religiosamente. Según las noticias allegadas, guerreros, pastores, clérigos y ruanos, pechan y tienen cerrado el acceso a los puestos del concejo.

Dijo el rey:

—Ha llegado a nuestros oídos que han sucedido luchas entre guerreros-villanos por una parte y labriegos, artesanos y mercaderes por otra.

—Certo, señor. Desde los tiempos del conde de Galicia, los prime-
ros retienen el gobierno municipal en exclusiva. A la petición de los ru-
anos de que les otorgasen parte en las alcaldías y en los otros oficios,
respondió don Raimundo “que no lo haría, pues tan noble hombre
como el emperador, su padre, no daría a los que llaman serranos tan
gran mejora, si no entendiese que la debían haber por derecho”.

—¿Qué se sabe de cierto de las disensiones y conflictos entre esos
estamentos?

—Han existido y existen, señor. En ciertos casos y momentos acae-
cieron grandes contiendas y bandos entre los mismos serranos, luchas
internas que han dado lugar a facciones; luchas o peleas entre los de
menor y mayor poder social. Una de esa facciones se fue a un lugar
que dicen castaño que está sobre Zorita. Desde allí han guerreado con-
tra los de la villa, pasando después de medio año al castillo que es so-
bre Sotalvo.

—¿Dónde está Sotalvo?

—En el estribo de esa sierra, señor.

—¿Qué pretenden los llamados serranos con el secuestro de nues-
tro hijastro el infante don Alfonso?

—No se me alcanza, majestad.

—Nos los presumimos. Pretenden enriquecerse a expensas de sus re-
yes exigiendo un rescate.

Guardó silencio el caballero e inclinó la cabeza ante el monarca.
Éste se enderezó, engalló la testa y paseó la mirada por las caras de su
entorno buscando el asentimiento.

—Cúrense mis nobles de la preparación y alerta de nuestras hues-
tes. Adviertan a la centinela y vigíen no nos hagan tranquilla los cabaa-
lleros avilenses. Son gente de nación revesada habituada al crudo pe-
lear y a las salidas al campo adversario. Cuiden nuestros capitanes no
nos caigan encima por la noche y de sopetón.

Curáronse los nobles de velar por el cumplimiento de las regias instrucciones que rigen a los ejércitos tanto en la guerra como en la paz.

Seguidamente quedó reunido don Alfonso I en su tienda con media docena de sus altos oficiales, fieles y preclaros vasallos. Les dijo:

—Mis nobles. Tratemos de política y de medidas militares.

Asintieron los vasallos y, sin pérdida de tiempo, les expuso el rey sus proyectos inmediatos con respecto a la ciudad que resaltaba las aristas de su dura geometría en la luz de la mañana.

—Los marqueses de Monzón y Jaca, avezados negociadores de la corona, serán nuestros emisarios ante el gobernador de la ciudad y le presentarán nuestras condiciones. Mientras tal hacen los caballeros escuderos de su séquito deberán tomar buena nota de la disposición urbana interior de la ciudad, de sus edificios notables en relación con la defensa, y acerca del ánimo para con nuestra persona y huestes. De todo ello mis marqueses me darán cumplido informe. —Se mesaba reflexivamente la barba el rey.— Agora el señor adecán dará lectura a las condiciones que hemos elaborado entre él, el señor senescal y yo mismo. Condiciones que deberán presentar al gobernador y autoridades de la ciudad.

Con leve inclinación de cabeza autorizó la lectura.

Tras leve inclinación leyó con voz pausada el edecán:

—Primero. Los nobles avilenses permitirán la entrada de nuestras huestes en la ciudad de Avila, para lo cual abrirán todas las puertas de su muralla. Asimismo les darán cobijo y acceso a todas sus defensas y fuertes.

—Segundo. Les facilitarán intendencia y avituallamiento con cargo a la ciudad, como si de ejército propio o milicia serrana se tratara. Para hombres, caballos y acémilas.

—Permitirán una entrevista entre el rey don Alfonso I de Aragón con su hijastro don Alfonso, hijo de doña Urraca, a fin de verificar si

el mentado infante vive y goza de buena salud y recibe los cuidados y atenciones que su regia persona requiere. Todo ello en contra de los que propalan las noticias que corren por estos reinos acerca de su secuestro y muerte. Las autoridades y nobleza de la ciudad se atenderán y respetarán los acuerdos tomados por el rey y el infante.

—Tercero. En honor de S.M. don Alfonso I, se celebrará un Te Deum oficiado por el obispo y canónigos en la Iglesia Mayor de San Salvador o catedral con asistencia de la nobleza, autoridades y caballeros. Como final de la ceremonia los principales nobles abulenses se reconocerán vasallos del rey don Alfonso I y le jurarán acatamiento y lealtad.

El rey procederá en el mismo acto a la confirmación como caballeros de los donceles que fueron armados como tales caballeros la primavera pasada, en simbólica ceremonia mediante su personal acolada a aquellos que posean nobleza de sangre, quienes, de forma colectiva, prestarán juramento de acatamiento, lealtad y fidelidad.

El edecán había terminado la lectura. Mirando en torno dijo a título de aclaración:

—Se habla en estas condiciones de nobles y autoridades. Se ha omitido la palabra pueblo porque se tiene entendido que en esta ciudad la plebe no cuenta.

Los nobles no tuvieron nada que aconsejar ni pedir fuera añadido a cuanto se exponía en tan noble pliego. El edecán recalcó la importancia política y militar de la misión, importancia que no se ocultaba a los hábiles negociadores. Por su parte el monarca remarcó la conveniencia de que, cuando en el transcurso de las negociaciones aludieran a su real persona, lo hicieran en su doble condición de rey de Aragón y consorte de León y Castilla. Terminó con una advertencia:

—En punto a legalidad esos nobles serranos son extremadamente punitivos. Pero pierden de vista que la legalidad es la voluntad del rey.

Al dar por terminada la reunión del consejo real don Alfonso preguntó con aire entre divertido y negligente:

—¿Observaron mis nobles los corrimientos de estrellas en el cielo la noche pasada?

—El firmamento estaba como loco, —afirmó el marqués de Jaca.

—Muchos de nuestros caballeros y ribaldos estaban realmente impresionados. Presagiaban días aciagos. Había quien sugería la conveniencia de consultar a los astrónomos y arúspices.

—Ya están consultados, —dijo el rey con sorna. —El cielo amenaza con grandes males a los habitantes de la ciudad de Avila.

Los moradores de Avila estaban alarmados con los desórdenes celestes. En los meses de julio y agosto se venían produciendo inesperados y extraños fenómenos en el firmamento. Que se corriera una estrella a nadie le sorprendería. Pero aquello era el desorden sumo, el caos. El cielo estaba alborotado. Y cuando el cielo se alborotaba, ¿qué podía suceder en la tierra a sus pobres criaturas? Noche tras noche corrían las estrellas dejando tras sí breves o largas estelas luminosas. En esas noches claras del estío en que el cielo parecía conmocionarse, avileses y avilesas, ricos y pobres, se desojaban mirando sobre cogidos el enloquecido correr de las estrellas. No eran unas cuantas las que corrían: decenas, centenares de ellas se desplazaban y cruzaban como si fueran a toparse en bellísimo, inquietante y sobre cogedor espectáculo. Se anunciaban hecatombes, catástrofes. La astrología se imponía dominadora. Extendía su poder del brazo de las otras artes adivinatorias entonces tan en voga. Con oráculos y vaticinios de astrólogos y arúspices, premonidores y quiromantes. La cartomancia reinaba por sus fueros y videntes y adivinadoras, naípe en mano, formulaban presagios, vaticinios y premoniciones. A la pregunta de la inquietud general las respuestas eran:

—Algo malo se avecina.

- El cielo nos anuncia nuevas calamidades.
- Grandes hambrunas se ciernen sobre la ciudad.
- Se avecina el final del mundo como castigo a nuestro pecados y a tantas maldades y desafueros.
- Imploremos a Dios y a la Santísima Virgen para que tengan compasión de nosotros.

—El cielo se va a caer a pedazos.

De esta guisa expresaba el pueblo sus miedos exacerbados por la superstición. A las predicciones de toda suerte de agoreros se sumaba el hecho de que, en el lienzo sur de la muralla, por la puerta de Grajales, anidaban las cornejas y otras clases de pájaros negros. A la hora del sol poniente, y más tarde en el crepúsculo vespertino, tales aves se agrupaban por bandadas, lanzaban desagradables graznidos y dibujaban en el cielo signos cabalísticos que sólo los duchos en adivinatoria y agoreros entendían. Los entendidos podían ser caballeros. Señal de que el albur era desfavorable. Lo que se dice lo peor.

—Señor, ¿qué os dice el albur?

Silencio del caballero.

—¿Qué intenciones esconde?

Callada del siervo como prudente y enigmática respuesta.

—¿Cuales serán los hechos?

Duda inteligente y sospechoso cabecear del villano.

—No me curan vuestras palabras, mas vuestros silencios.

—¿Vienen los males de la mano del rey de Aragón?

—¿De su justicia?

—¿Quién osa hablar de justicia? Justicia es la voluntad del rey.

—No es nuestro rey. Nuestros señores no son sus vasallos.

Aquellos que temían las calamidades y la escasez:

—Que no nos falte el garbanzo, el centeno y la garrofa.

Los esperanzados que confiaban en la invulnerabilidad de la muralla, en la reciedumbre de la nobleza y en el valor de la milicia, afirmaban:

—Tenemos el arrojo de nuestros serranos y villanos. Habemos buenas armas coronando la cerca: ballestas, arcos, hondas, dardos, saetas, venablos..., y lanzas y espadas.

Los ánimos de los optimistas no compensaban el desánimo general. Pesaban cantidad los malos augurios, presagios y trisagios. En el mar de la confusión, la inquietud y el miedo, los más exaltados pudores naufragaban en la ola de la promiscuidad y el desenfreno. Caballeros, mercaderes adinerados, villanos y siervos perdían toda continencia. Un mundo de hetairas, alcahuetas y meretrices protegidas por nobles y clérigos, frecuentaba las iglesias, pululaba por el interior de templos y mercados y llevaba toda suerte de regocijos carnavalescos e insospechadas voluptuosidades a las mansiones de la nobleza.

Mientras Alfonso I preparaba con sus consejeros el contenido de la entrevista, en el alcázar, el anciano y aguerrido obispo Zurraquín se lamentaba:

—La mejor triaca contra aqueste mal sería la entrada a cuchillo de las mesnadas del rey de Aragón.

—Es el mayor relajo que se haya visto, —proclamó sarcástico Esteban Domingo.

—Repite que el Batallador pondría remedio a crápula tan desmedida. Una buena pasada a cuchillo nos sanaría.

—Todo se andará si nosotros no ponemos los medios para evitarlo, repuso calmoso Blasco Jimeno.

—Tanto maleficio como se ve, no vale un ardite ante nuestras lanzas y espadas, —afirmó fogoso el joven Lope Núñez.

Esteban Domingo tenía en el entrecejo la figura de Alfonso I al que había visto circundar la muralla:

—Mientras envía a sus emisarios para que fablen de negocios de política y de conciertos se granjea famas de justiciero.

—Lo decís por...

—El ajusticiamiento de los brigantes en la Cruz de Hierro.

En ese momento entró un caballero que anunció la entrada de los emisarios reales con su cohorte de escuderos por la puerta de San Vicente.

Durante un tiempo debieron esperar los marqueses de Jaca y Monzón la autorización para entrar aunque se les esperaba. Lo aprovecharon para inspeccionar la puerta, sus imponentes torreones y estructura defensiva. Estaban bien guarneidos torreones y muralla: ballesteros, arqueros, honderos... Les dieron paso y, precedidos de varios caballeros, por calles estrechas y plazuelas, fueron conducidos hasta el alcázar. Pasaron por la sombría plazuela de la catedral. Por la puerta del Peso de la Harina entraban carros y recuas de acémilas que transportaban costales y sacos llenos de centeno, trigo y cebada, los cereales y las legumbres del terreno. Eran las rentas en especie que campesinos siervos y libres pagaban a sus señores, nobles, catedral y parroquias. Todo un ejército de sirvientes y de clérigos que sabían de cuentas tomaban nota y cuidaban de la exactitud de las medidas de grano. Utilizaban, según los casos, la media fanega, la cuartilla, el celemín y hasta el cuartillo. Resbalaba el rubio grano de los costales a las medidas puestas sobre grandes lienzos, de ellas a los costales de nuevo y, a hombros de los mismos siervos y criados, ascendían por estrechas escaleras a las dilatadas paneras. Por otra parte, romanas pendientes de trípodes formados por vigas cruzadas, pesaban quesos, jamones, tocinos y embutidos curados que tomaban el camino de las hondas y frescas bodegas nobiliarias, caballeriles, catedralicias y parroquiales.

Los emisarios fueron recibidos por el gobernador Blasco Jimeno en presencia del Obispo Pedro Sánchez Zurraqiñ, Esteban Domingo y una dama llamada Jimena Blázquez que, años atrás, había adquirido notables méritos ciudadanos y guerreros en la defensa de la ciudad.

Saludos corteses, como mandaban las leyes de la caballería. Una vez instalados en sus jamugas, Blasco Jimeno invitó a los aragoneses a que expusieran los deseos del rey. Con claridad lo hizo el señor de Monzón. Antes de entregar el mensaje real habló brevemente de las miras políticas que habían aconsejado a don Alfonso I a contraer nupcias con la reina doña Urraca y, posteriormente, una gira por las principales ciudades castellanas y leonesas. La unidad de acción política, diplomática y militar de los tres reinos, permitiría dar vigoroso impulso a las guerras que los distintos reinos sostenían contra los taifas árabes de la península ibérica, acción cuyos resultados no tardarían en hacerse patentes. Hizo la, para él, innecesaria aclaración de que el rey don Alfonso I no era un advenedizo para Castilla. Se presentaba a la nobleza castellano-leonesa y de Ávila no sólo como soberano de Aragón, sino como rey consorte de Castilla en su condición de esposo de la reina doña Urraca. No venía a suplicar ni a demandar nada que no le fuera debido. Hacía un llamamiento a la conciencia y discernimiento de nobles y caballeros con los ojos puestos en los superiores intereses de los tres reinos, y de la causa cristiana en general. Les pedía lealtad y subordinación para el logro de los objetivos que le habían llevado a un poco feliz matrimonio, y a las andanzas por tierras castellano-leonesas. Seguidamente, con la venia de los señores, dio lectura al más bien perentorio mensaje del rey.

Los caballeros de Ávila —y la dama— escucharon con atención y cortesía la exposición del marqués de Monzón y la lectura del regio escrito que se les antojó conminatorio. Lo recibió en mano Blasco Jimeno que lo releyó en voz alta, con reposo, haciendo pausas e intercambiando miradas y gestos de inteligencia con sus conciudadanos y correligionarios. Acabada la lectura, tras respirar hondo, se encaró con los señores aragoneses y les habló en román paladino:

—En resumidas cuentas, lo que don Alfonso I nos dice es que nos hinquemos de rodillas y nos entreguemos inermes en sus manos. Así lo entiendo yo.

Asintieron con inclinación de cabeza los graves caballeros y dama avilenses. Animado por el parecer de sus pares, continuó Blasco Jimeno:

—Pretende don Alfonso que le rindamos vasallaje como a nuestro rey y señor; que después nos daría el espaldarazo confirmándonos caballeros. Algo que somos y que no dejamos de tener presente. Y, por ultimo, nuestro rey niño, don Alfonso VII, quedaría privado de todo derecho a la corona o algo semejante.

Nuevo asentimiento con leve inclinación de dama y caballeros avilenses. El señor obispo tenía una sonrisa entre sarcástica y feroz que delataba un pronto impulsivo, de escaso aguante. Prosiguió el gobernador:

—Este concejo y nobleza de la ciudad de Ávila, señores de Jaca y de Monzón, considera inaceptables las propuestas del rey de Aragón y, con todos los respetos que le son debidos, este concejo, repito, se ve obligado a rechazarlas.

Firme y amable les sonreía el gobernador. Inclinaba ligeramente la cabeza y les devolvía el real mensaje. Lo tomó el señor de Jaca quien manifestó evidentemente contrariado:

—El concejo y la nobleza de Ávila pierden de vista la calidad de la persona cuya mensaje rechazan, sus prerrogativas. Nuestro monarca no suplica ni amenaza.

—Pues lo parece, —dijo Zurraqún.

—No estamos en guerra, respetadas autoridades, —dijo el de Monzón—. El rey les pide sencillamente una muestra de confianza, la lealtad que le es debida y el libre y seguro acceso y tránsito a y por la ciudad. Para ver y hablar a su hijastro el infante don Alfonso. Nada más natural.

—Puntos ambos de grave disparidad, de legítima discrepancia, —intervino Esteban Domingo.

Reanudó su discurso el marqués de Jaca:

—Apesar de las desaveniencias de toda índole sobrevenidas entre don Alfonso I y doña Urraca, el rey tiene derecho a exigir lo que reclama, a imponer su autoridad.

Habló la dama, Jimena Blázquez:

—El rey de Aragón no tiene derecho a abusar de su fuerza alegando su condición de esposo para encerrar a su mujer, la reina de Castilla y León, doña Urraca, como si se tratara de una cualquiera. Los castellanos estamos muy dolidos del comportamiento del rey para con su esposa.

Tomó la palabra el gobernador con tono firme:

—Al margen de aquellas consideraciones, muy justas y sentidas en la ciudad, que deseamos soslayar para no agriar el tono de la entrevista, en lo atinente a “imponer su autoridad”: aquesto tendría que determinarlo doña Urraca, nuestra señora y reina, oído el consejo de la nobleza. Don Alfonso I —con todos los miramientos que le son debidos— es solamente el rey consorte.

Pedro Sánchez Zurracín remachó contundente:

—Ávila, señores emisarios, es una plaza fortificada, una ciudadela, cuya defensa nos está encomendada —y no sólo contra los moros— por nuestra reina. ¿Cómo sería posible imaginar que los caballeros avileses podrían entregarla sin más ni más a las mesnadas del rey de Aragón que, fablando en plata, no es nuestro rey?

Abundando en el razonamiento del obispo, dijo Esteban Domingo:

—Por otra parte, señores, se nos ha confiado la guarda y custodia del rey niño que ha sido jurado como tal en Santiago de Compostela.

—¿Quién les confió tal custodia? —interrumpió el señor de Jaca.

—Quien tenía y tiene poderes para hacerlo, —replicó el obispo. Esteban Domingo, señor de San Vicente, continuó con una pregunta, mirando al de Jaca:

—¿Quién nos asegura al concejo y a la nobleza de Ávila, guardadores del real infante, que no ocurriría un desdichado accidente que pudiera poner en peligro la vida del hijo de doña Urraca?

—¿Ponen el concejo y nobleza de Ávila en cuestión la integridad de los propósitos de nuestro rey? —preguntó el de Jaca.

Replicó enérgico Zurraqún:

—¡Qué integridad ni que ocho cuartos!

Blasco Jimeno retomaba la palabra:

—Se trata de una cuestión de simples previsiones que los señores emisarios interpretan mal. En nada tales previsiones menoscaban el respeto y consideración debidos a don Alfonso, pues tienen carácter general y son anteriores a la llegada de don Alfonso I y sus huestes ante las puertas de Ávila.

Repuso el marqués de Monzón:

—Nuestro rey llama a las puertas de esta ciudad con intenciones pacíficas, lleno de deseos de paz y concordia. Busca en ella, si me lo permitís, espíritu de colaboración y hermandad. Hermandad entre reinos, entre reyes y entre la nobleza de los tres reinos. Don Alfonso encuentra en las autoridades de Ávila una negativa rotunda a todas sus propuestas, incluida la que concierne a sus deseos de ver a su hijastro el infante don Alfonso.

—Pintais de color de rosa las intenciones del rey de Aragón, —dijo con un punto de ironía Esteban Domingo.

—De buenas intenciones está empedrado el camino del infierno, —sentenció el obispo Zurraqún.

Tomó la palabra Blasco Jimeno:

—Nuestra negativa a que don Alfonso visite a nuestro rey infante no es tajante ni definitiva. Podría realizarse en condiciones diferentes a las que exige vuestro señor.

—¿Por ejemplo? —preguntó el marqués de Jaca.

—Podría sugerirlas el mismo rey, —terció Jimena Blázquez.

Blasco Jimeno, diplomático, propuso:

—Daremos explicaciones razonadas por escrito de nuestro rechazo del mensaje real, escrito que vuestras mercedes mesmas portarán si bien les parece.

—A bien lo tenemos.

—Interrumpamos pues aquesta entrevista, dijo el gobernador. —En el interín, si así lo desean, pueden vuestras mercedes pasear por la ciudad para bien conocella. Dentro de dos horas habremos preparado la respuesta escrita para el rey.

Salieron los aragoneses. En el patio del alcázar hallaron a algunos de sus escuderos. Escoltados por ellos, ojo avizor, tomaron la dirección norte de la ciudad, camino del puente. Plazuela de Santo Domingo. Entramado de callejuelas y corralizas con casas de traza judía. La campana de la iglesia tocó el Angelus del medio día. Polvo, secarral, calor; niños desnudos, mujeres descalzas, tullidos e inválidos: el barrio de la pobretería. Cárcava de Santo Domingo en pendiente abrupta. Filas de muchachos sucios y greñudos, boquiabiertos que miraban con curiosidad bobalicona. La misma curiosidad temerosa en los ojos admirados de las mujeres. Plazuela de la puente del Adaja con, al otro lado de la muralla, el foso profundo del río. A la izquierda un estrecho puente romano.

—Por ahí habrán de pasar nuestros carros y acémilas con la impenitencia, dijo el de Monzón.

—Cae el camino bajo las almenas, —comentó el Jaca.

Por el puente entraba una recua de burros y mulas con destino a las cillas del concejo y de las parroquias, a las paneras de los nobles. Retrocedieron por la Magana y el Cucadero. Distintos nombres y parecido paisaje. Las casuchas, dejadas de la mano de Dios se asomaban a las cárcavas atorrentadas. Algunos huertos en los que crecían cebollas, pepinos y berzas. Despacioamente, tornaron al alcázar a las dos horas justas, a la misma sala austera, a las mismas jabugas con los mismos señores. El gobernador dio lectura a un escrito en el que los nobles abulenses y el concejo de la ciudad respondían al mensaje de don Alfonso I de Aragón en los siguientes términos:

1.- Las arriba mentadas autoridades no pueden abrir las puertas de su ciudad a las mesnadas del esposo de nuestra reina. Castilla y León no están en guerra con Aragón, y el cumplimiento de la exigencia real parecería una rendición sin condiciones de un enemigo vencido por la fuerza de las armas ante otro inexistente, o la deshonrosa sumisión a un poder extraño, con evidente desdoro para el honor de la ciudad, con la carga de peligros que el acatamiento de la voluntad de don Alfonso I entrañaría para la tranquilidad y seguridad del conjunto de esta ciudadanía.

2.- La imposibilidad de dar cumplimiento a los reales deseos que se expresan en el segundo punto —o exigencia— de V.M. es notoriamente manifiesta, a la vista de la precaria situación en el asunto del abastecimiento, habida consideración de las malas cosechas y de la pobreza de los terrenos que rodean la ciudad.

Aquesta se procura lo necesario con gran dificultad y sacrificio para sus siervos, plebe y caballeros. En modo alguno, por ende, puede echar sobre sus hombros la carga de abastecer a un ejército un solo día, cualesquiera que pudieran ser sus necesidades.

3.- Don Alfonso I, rey de Aragón, tiene todas las facultades y posibilidades para ver y platicar a don Alfonso VII, jurado rey de Castilla y de León, e hijo de nuestra reina doña Urraca que Dios guarde. En

el caso de que deseé llevar a cabo tal visita de pura cortesía, se han de observar las siguientes medidas:

a) Don Alfonso I entrará en la ciudad acompañado por una docena de sus caballeros como escolta, desarmados ellos, por la puerta llamada del Peso de la Farina, vecina a la catedral.

b) Abierta que sea la mentada puerta de acceso al interior de la ciudad, la escolta y seguridad del rey, desarmada, quedarán confiadas a los caballeros serranos designados para tan alto fin por aqueste consejo y nobleza.

c) Su Majestad podrá verificar la bondad en salud y estado de nuestro rey niño y cerciorarse de la falsoedad de su secuestro por la palabra misma del rey infante. No obstante, dada la tierna edad del hijo de doña Urraca, no podrá signar con él ningún acuerdo ni negocio que pueda ser considerado válido.

d) La entrevista se celebrará en el palacio del obispo, en presencia del gobernador de la ciudad, don Blasco Jimeno, de su obispo don Pedro Sánchez Zurraqún, del vicegobernador don Esteban Domingo, y de otros nobles y damas con algún representante más del concejo de la ciudad.

4.- La ciudad de Ávila se siente muy honrada con la visita del rey de Aragón, y le rendirá (nobleza y pueblo) el homenaje que por su doble condición de rey de Aragón y de esposo de doña Urraca le es debido. A los caballeros de la ciudad, "sin miedo y sin tacha", no les dueñen prendas ni eluden los compromisos a que el honor les obliga.

Por razones harto comprensibles, entre las que en último lugar figura la expresada, el concejo y la nobleza no pueden aceptar la propuesta número 3 que, en nombre de V.M. presentan vuestros emisarios, nobles de Aragón y de vuestro Real Consejo.

Tras la lectura de su respuesta, el gobernador Blasco Jimeno se consideró obligado a dar alguna explicación. Lo cortés no quita lo valiente y el rey de Aragón podría considerar que lo trataban con rudeza. Bre-

ve conversación con los nobles emisarios negociadores suavizaría la sequedad de algunas expresiones que pudieran parecer irrespetuosas. En tono amistoso, con la firmeza del caballero consciente de su responsabilidad y principios dijo:

—Estamos entre nobles, señores. Nuestro deseo es que entiendan: menguado quedaría el honor de nuestra ciudad y el de sus caballeros si aceptáramos las —llamémoslas así— propuestas del rey don Alfonso.

La respuesta de los avilenses quemaba como un ascua a los nobles aragoneses. Con viveza preguntó el marqués de Jaca:

—¿Desconfiáis, señores de la ciudad, de las nobles y justas pretensiones de “nuestro rey”?

—¿Qué diferencia hallais entre pretensiones e intenciones? —le interrogó destemplado Zurraquín.

Rápido salió al quite Blasco Jimeno:

—¿Cómo vamos a desconfiar? Don Alfonso se expresa con claridad. Conocemos el deseo que le anima, que lo llevó a contraer nupcias con nuestra reina doña Urraca, que Dios guarde para bien de aquestos reinos, tras la muerte del conde don Raimundo de Borgoña y del rey don Alfonso VI, su padre. Tenemos noticias fidedignas de cuales son los deseos y miras políticas de vuestro rey. Estimamos que el monarca de Aragón no pierde de vista los asuntos que conviven a la cristiandad. Los cruzados, sus amigos y los nuestros, se baten en Tierra Santa, crean condados, fundan un reino y consolidan allá la fe de Cristo. Derrotan a los infieles, fundan órdenes religiosas y militares que se extienden por tierras cristianas y de infieles. La ciudad de Ávila, sus caballeros y sus hijos todos se sienten émulos de aquellos cruzados.

Para reflexionar un instante hizo una pausa el caballero y se rascó detrás de la oreja con aire de persona que duda antes de tomar un camino. Continuó cambiando aparentemente de sujeto:

—Mientras tal ocurre en oriente, en Alemania e Italia, el empera-

dor Enrique V, con sus caballeros teutones y duques, sostiene contra el Papado la guerra de las Investiduras. Don Alfonso, en su matrimonio de conveniencia política con nuestra reina, sólo ha cosechado fracasos sentimentales, conyugales y políticos que se traducen en persecución de la reina con las consiguientes desavenencias entre castellanos y aragoneses.

Alertado saltó el de Monzón:

—El rey desea vivamente que esas desavenencias se esfumen como lo que son: nubes de humo que nacen de disparidades matrimoniales.

—No son nubes de humo. Existen más hondas raíces, —intervino Esteban Domingo.

Diplomático, continuó Blasco Jimeno:

—En Ávila sabemos de la entrega ardorosa del rey de Aragón en la lucha contra el taifa de Zaragoza, de sus conquistas al otro lado del Pirineo y en el Ebro. Pero esa vastedad de propósitos no tiene en cuenta la situación ni el interés de aquestos reinos ni de aquestos nobles y caballeros.

—Más bien los posterga, —dijo Zurraquín.

—Don Alfonso quiere el bien de sus tres reinos, de su nobleza y de su gente, —repuso con convicción el marqués de Jaca.

—A su manera, —replicó Blasco Jimeno, —convencido de la justicia de sus fines, acaso puede no mirar los medios para lograrlos.

—¿Qué quereis decir? —preguntó el de Jaca.

—Que las medidas que adoptamos no son ofensivas para vuestro rey, ni como tales cabe interpretarlas. S.M. debe entender que no podemos permitir la entrada de sus mesnadas en la ciudadela, entrada que se prestaría a toda suerte de peligros y que, en el mejor de los casos, no sería bien vista por sus moradores.

Zurraquín se inclinó hacia Estaban Domingo y le susurró:

—Sería tanto como meter la zorra en el gallinero.

Pausadamente se mesó la rala barba Blasco Jimeno y prosiguió imperturbable:

—La inaceptabilidad de la segunda petición del rey es comprensible: no se impone a un enemigo vencido. El vencido no tiene ningún derecho y si algo le deja el vencedor es una merced. Aquí no hay tal enemigo ni tal vencido. Las huestes reales circulan por nuestras tierras sin ser hostigadas y vienen abasteciéndose con sus propias compras, cuidando respetar las posesiones y bienes de nobles, caballeros y villanos.

—Lo que prueba las buenas intenciones de don Alfonso, —dijo el marqués de Jaca.

—Hechos que nosotros apreciamos.

—Entonces...

—Entonces veamos, estimados señores. Nada hay en la intención del rey que no sea digno de loor y respeto. Nosotros lo alabamos y respetamos, pero ¿por qué negarse a prever la posibilidad de un accidente que pudiera afectar a la persona del rey niño?

Con sorna solapada preguntó el marqués de Monzón:

—¿Por qué no al rey de Aragón? Insistís, caballeros, en la misma ofensiva idea? ¿No tiene ninguna otra contrapropuesta o solución que ofrecer al rey la nobleza de Ávila?

—¿Sobre aqueste último punto? No.

—Es humillante.

—No deseamos que lo entiendan así. ¿Otro medio? Don Alfonso podría ver al rey niño desde el pie de la muralla rodeado de sus caballeros armados. En aqueste caso, don Alfonso VII estaría protegido tras las almenas.

Sonreía sarcástico el de Monzón:

—¿Quién garantizaría al rey que el niño fuera el hijo de doña Urraca?

—Nosotros, los caballeros de Ávila, “sin miedo y sin tacha”, con nuestra palabra de honor, pero prudentes.

—Ya. El rey de Aragón, consorte de Castilla y de León por nupcias con doña Urraca, debe confiar en la palabra de los caballeros de Ávila que desconfían de la suya.

—Así es si así lo deseais.

—¿Sin más explicación?

—Las hemos dado todas.

—De ellas informaremos cumplidamente a nuestro monarca.

Fría y cortesmente se despidieron. Como mandaban las leyes de la caballería. Los regios emisarios, seguidos de sus escuderos, salieron por la puerta que habían entrado: la de San Vicente. Al trote de sus cabalgaduras, la contrariedad reflejada en los rostros, tomaron el camino del campamento bajo la llamarada del sol de agosto en el secarral. Calor y hambre. Estaban descaecidos. No les había ofrecido un mal vaso de agua. Y habían sido dos sesiones de trabajo largas. Particularmente largas. Las sombras de los caballos con sus jinetes les indicaba que eran más de las tres de la tarde. Cuando llegaron al campamento los recibió el marqués de Barbastro. El rey dormía la siesta.

En la vasta estancia del alcázar habían quedado los caballeros avileses igualmente consternados. Ensimismados pensaban todos tres en la gravedad de la resolución que habían adoptado. ¿Qué haría el rey el mismo día, mañana, el otro? El Batallador era guerrero resuelto, experimentado, acucioso y avisado. Irritado y ofendido, ¿atacaría la ciudad? No había que dar el supuesto por descartado. En prueba de buena fe habían dado a los emisarios reales y a sus escuderos facilidades para que recorrieran la ciudad y vieran. Habían tenido la oportunidad

de atisbar las defensas y no dejarían de informar al rey de lo que habían podido ver y apreciar. Una información saludable y desalentadora. Disuasoria, gustaban decir los estrategas. Un sitio sería largo y costoso para el atacante. A la ciudad sólo se la podía rendir por hambre. Pero la intendencia de la guarnición no era boyante y la ciudad estaba desabastecida para soportar un asedio. No había reservas. Precisamente en esos días empezaban a llegar diezmos, tasas y rentas. Insuficientes de todo punto a los ojos de cualquier persona por flaco que fuera su entendimiento y escasas sus luces. Por otra parte, la población —caballeros incluidos— andaba descabalada con las historias de augurios y vaticinios aciagos. En tal estado de ánimo la más desafortunada de las medidas sería imponer restricciones en la entrega de víveres para la resistencia en el caso no descartable de un asedio en toda regla.

—Tendriámos que sacrificar a los caballos —dijo la dama.

Tal suposición sacaba de quicio a los caballeros. Un buen corcel de guerra valía más que la vida de un siervo.

—Ni pensarlo. De ello no se puede hablar, —dijo Zurraquín.

Repuso Jimena Blázquez:

—La gente anda desatentada. Platican las comadres en los hornos y riñen sin tiento por un quítame allá esas pajas.

—Salen a relucir las cachicuernas en las esquinas del Cucadero, de la Magana y del Pocillo. Hay quien alimenta fablillas con rumores de nuevos males.

Las preocupaciones de Esteban Domingo seguían otros derroteros:

—No estamos en buenas condiciones para aguantar un largo asedio. Tampoco para salir a batalla en campo abierto.

Aseveró el obispo:

—Estamos ante el peor de los males: el de la turbiedad y la indefinición.

—Contra ese mal, la mejor melezina es el seso y el juicio natural.

—¿Qué hacemos? ¿Por qué no tomar un tentempié? Me caigo de desafallecimiento.

—Antes que nada, rezar el rosario. A Dios rogando y con mazo dando. Después comeremos y arbitraremos las medidas oportunas, —dijo el obispo.

Se santiguaron los caballeros y la dama y se prosternaron de hinojos. Elevaron los ojos al techo en actitud implorante y sus preces al cielo.

IV

A la salida de los marqueses de Jaca y Monzón para la ciudad quedó el rey en su tienda con los señores de Barbastro y de Narbona. Meditaban sobre las medidas políticas que sería necesario adoptar frente a los caballeros de Ávila. Para el rey no estaba muy clara la diferencia existente entre la política y la guerra.

—¿Qué son medidas políticas, y cuáles corresponde aplicar en este caso concreto, si los caballeros de Ávila desatienden todo elemento de razón y rechazan mis propuestas?

—Sire, —dijo el de Narbona— sabéis muy bien lo que es la política. Tenéis emprendida una empresa política de extraordinaria magnitud. La presencia de vuestras mesnadas en tierras de Castilla, su moderación, las negociaciones diplomáticas que llevan a cabo vuestros emissarios, todo es política.

—¿Y la guerra? —preguntó sonriente el rey.

—Lo sabeis muy bien, señor, —respondió el de Barbastro. —Os llaman el Batallador.

—¿Y vos qué pensais, que la política sirve a la guerra o la guerra a la política?

—Depende, señor. Unas veces es lo uno y otras, lo otro.

—En este caso concreto. Los caballeros de Ávila son tozudos, no comprenden, no se avienen a razones.

—La diplomacia, señor. Cualquier cosa convendría más a la causa de V.M. que empantanarse en el asedio de aquesta plaza, —dijo el de Narbona. —Las miras cristianas abarcan horizontes más dilatados.

—Si aquestos serranos de Ávila no se avienen a razones, si no se apean de su orgullo y altanería, tendremos que hacerles sentir el peso de nuestra realeza.

Con el toque del Angelus de la mañana salieron los señores de Barbastro y de Narbona de la tienda real.

Alejada del camino, ocupaba un punto dominante. Desde ella dominaba el rey la mayor parte del campamento y los accesos de los caminos que convergían en la ciudad. El interior de la tienda regia estaba guarnecido de rojas colgaduras, cortinas y telas adamascadas. En el suelo, una estera de esparto cubierta con alfombras de lana y seda, tejidas por manos persas o moriscas en el lejano oriente, recuerdo de nobles cruzados, y presentes hechos al monarca por su amigo el taifa saraceno de Jaén. Sentado en cómodo sillón se puso don Alfonso a leer algunos documentos llegados la misma mañana. La preocupación le impedía concentrarse. Para distraerse fue a ver a sus "pájaros".

En una tienda inmediata, el cetrero los atendía, adiestraba y curaba. Era esmerado y sabio en su hacer. La cetrería era una tradición y una técnica que llegaban hasta reyes y nobles a través de 3.000 años en el tiempo y desde la remota China y el Extremo Oriente, a miles de leguas, en el espacio. Entre las aves amaestradas de El Batallador estaban el halcón, el azor y el gavilán. Era el halcón su preferido por su fuerza y ferocidad, por el tesón y paciencia que requería su adiestramiento y cuidado. Allí estaba el rey con sus aves de ojos fieros, sanguinarios, siniestros. Posadas en sus alcándaras, atadas las patas con largas piñuelas, cubiertas las cabezas con capirotes de cuero, a la entrada de su dueño, al que reconocían en el andar, tornaron hacia él sus torvas cabezas sumisas. Las poderosas garras se clavaban en los travesaños de las crucetas. En otro rincón, un alferraz, dos alcotanes y un azor. Mientras conversaba con el cetrero se calzaba el rey los guantes con

muñequera de grueso y trabajado cuero duro. Una tras otra, por riguroso turno, iban pasando las rapaces del alcándara a la mano, de la mano al alcándara. Advertía el rey en sus rapaces singular complacencia. El último en pasar por su mano fue el alferraz. Le habló como si el ave entendiera su lenguaje humano: "Cuando percibas la presa, como te tenemos enseñado, te situarás por encima de ella, le volarás cerca, la aproximarás a tierra y te lanzarás como un verdadero halcón, fuerte, ágil y violento. Le clavarás estas garras poderosas, la matarás y me la cobrarás. Eso será otro día. Hoy tengo miras políticas que tú no entiendes. Ya me llenaréis la alforja".

Después del almuerzo, el rey se tendió para descansar y dormir la siesta. Hacía calor. Sus emisarios no habían regresado. Hallaban seria oposición. Los serranos le ofendían, lo rebajaban, lo vilipendiaban. Las acciones de los reyes no podían ser infames; eran decisiones reales, justas. Don Alfonso VI, el padre de doña Urraca había sido ofendido, calamitiado, vilipendiado. Don Alfonso VI hizo sentir su desdén y menosprecio al de Vivar que era recto caballero. Al final lo perdonó por sus muchos merecimientos y acabadas muestras de lealtad y sumisión. Pero nunca olvidó. Eran aquellos tiempos recios, de dureza, en que escaseaban los miramientos, en que el poder del rey dependía en ocasiones del poder de sus vasallos, del sostén de sus nobles feudales, señores de horca y cuchillo, cuya fidelidad y apoyo no eran gratuitos ni condicionales. Los mismos reyes, con su carga de realeza no eran tan soberanos como aparentaban y se veían obligados a pasar por las horcas caudinas de sus feudales. Otra vez se le venía a las mientes el caso de su difunto suegro Alfonso VI; la atroz humillación del juramento de Santa Gadea, iglesia de Burgos, ante la corte y el pueblo, por imposición del señor de Vivar. Al cabo del tiempo, de mucho tiempo y de grandes méritos, perdonó don Alfonso al Cid.

"sobre el Tajo que es un agua caudal"

Pero nunca olvidó. El tampoco habría olvidado. En la entrevista concertada en tal lugar el Cid tornó a humillarse y quedó perdonado. El joven alférrez de Vivar que muchos años antes había hablado a su se-

ñor con desmedida insolencia, junto al Tajo de aguas claras, cuberto de canas y de gloria, rodeado de sus huestes, ante el rey, el Cid,

“Los hinojos e las manos en la tierra los fincó,
Las yerbas del campo a dientes las tomó,
Llorando de los ojos tanto avía gozo mayor,
Así sabe dar omildanza a Alfonso su señor”.

“Era vasallo, El Cid, un buen vasallo. Los señores de Ávila... Serranos los llaman. Ni ellos son el Cid, ni yo soy don Alfonso VI, el padre de doña Urraca. Mis nobles necesitan descansar. Hablaremos después, cuando hayan comido y reposado. Son extremados los rigores de aquellos días del agosto. Reposen y piensen en las medidas políticas que cabría tomar. No hemos emprendido una empresa como la nuestra a humo de pajas”. Así meditaba el rey antes de que los sorprendiera el avieso Morfeo. Se despertó a la del Angelus de la tarde y, sin tardanza, recibió a los marqueses de Jaca y de Monzón. Los nobles se explicaron sin omitir detalle, mostrándose fieles en su relato a lo visto, dicho y oído. A medida que le hablaban, el rostro del rey cambiaba de aspecto, reflejando su estado de ánimo: la sorpresa, el desagrado, la cólera; ora palidecía, ora enrojecía; reía mostrando los dientes, expresando en los ojos semicerrados la tormenta que se fraguaba en su interior.

Dijo con tono reposado:

—Tendremos que poner asedio a la ciudad, asaltarla, pasar a cuchillo a sus habitantes, prenderle fuego. Es una política saludable que siempre ha dado resultado: el terror. No quedarán ni los cimientos. De aquellos serranos de Avila no hablarán las estorias como dice del de Vivar.

Don Alfonso I el Batallador no disimulaba su contrariedad aunque procurara dominarse. En lenguaje caballeresco —con el que los nobles estaban sumamente familiarizados— insultaba a los abulenses. Invecitivas. Amenazas. Paseos por la tienda como los de un león por su jau-

la. Una manera de desfogar. Sus vasallos estaban acostumbrados. Se le pasaba pronto, si bien siempre le quedaba un rescoldo:

—Nos quedan días en que batallar.

Levantó la cortina de la entrada a la tienda. Caía, lenta la tarde. El páramo pedregoso se llenaba de hogueras, de humo de avenas locas y de juncos, de retamas y de jaramago, de ramas de encina y de tomillo; de olor a guisotes para la tropa. Los caballeros comían tasajo y cecina, japuta, asado de cabrito o carnero. Entre las tiendas y por el pedregal, guiados por escuderos y soldados desfilaban corceles y acémilas en busca de los abrevaderos.

Cantaban los grillos en la noche de luna llena. Plenilunio, decían los trovadores. De pie, en torno a la mesa del rey, en vasos de plata, libaban un buen rioja los nobles aragoneses. Se habían reforzado las guardias en torno al dilatado campamento. Con el rostro plateado se encaró el monarca con sus vasallos.

—Mis nobles: Sangra la corona por una herida abierta en su costado. Como ya nos temíamos, los caballeros serranos de Ávila se oponen a toda suerte de arreglo de diferencias, al acuerdo que les hemos propuesto. Dirigido por la nobleza, el concejo de la ciudad ha rechazado nuestras propuestas. Niega la entrada en el recinto amurallado de quien os habla si no va desarmado, del mismo modo que los miembros de su acompañamiento y escolta. Mi mentada escolta sería un adorno ridículo, cuando no grotesco, ya que antes de atravesar la puerta de la muralla tendría que dejarse desarmar. Espero que mis nobles entiendan el peligro que correría la corona de caer en asechanza tan simple como artera y tan frecuente en los tiempos que corren. Por nuestra parte, debemos cerciorarnos de que vive mi hijastro y de que no está secuestrado ni vive preso. A los nobles de mi consejo, conocedores de nuestra política, no se les oculta la importancia de la comprobación pedida, importancia que nunca encareceré demasiado. Intentemos comprender la actitud de los caballeros de Ávila en aquesta situación. Atribuyamos a la conducta o comportamiento de estos señores una intención lím-

pia de toda malicia. Entonces, mis nobles, nos queda la magnitud del desdoro en la persona del rey, la impronta infamante de la ofensa. Todo ello porque, según dicen, el obispo Gelmírez ha jurado rey de Castilla y León a mi hijastro don Alfonso. En Santiago de Compostela me lo ponen. A los serranos avilenses no puede ocultárseles que ningún monarca que se precie puede entrar desarmado, preso, en una ciudad de la que es rey consorte. Pretende el concejo de la ciudad tratar al esposo de su reina de la misma manera que Matilde, la condesa de Toscana —mujer de carnes y pasiones violentas— en unión del Papa Gregorio VII, trató al emperador Enrique IV ante el castillo de Canossa, infiriéndole las más vejatorias e insoportables humillaciones. O del modo en que el señor de Vivar, don Rodrigo Díaz, humilló a mi difunto suegro don Alfonso VI, obligándole a jurar sobre un arco de madera y un cuchillo cachicuelno no haber tenido parte en el asesinato de su hermano Sancho II, crimen perpetrado por Bellido Dolfo como es de sobra conocido. Hasta ese punto pretenden llegar en su ofensa los caballeros de esa ciudad. (Señalaba hacia la catedral, cuya mole oscura se alzaba imponente a la luz de la luna).

Tras una pausa continuó el rey:

—No atravesamos las tierras de Castilla en son de guerra. Queremos aunar voluntades; en prueba aceptaremos que se nos muestre al que llaman rey niño entre dos almenas desde los alto de la muralla. Más, puestos a desconfiar, seamos también desconfiados. Debemos asegurarnos que desde las almenas no nos van a llover piedras, flechas, dardos, jabalinas, lanzas ni cuchillos, ni cualquier otro objeto afilado, aguzado ni contundente. Sólo en esa condiciones nos acercaremos a la muralla. Como garantía de que cumplirán aqueste pacto, habrán de entregarlos como rehenes a sesenta caballeros serranos. Bien vale la seguridad de la persona del rey de Aragón y de sus nobles aragoneses la vida de 60 serranos avilenses. Si no se avienen a aqueste acuerdo, pondremos cerco a la ciudad desabastecida y la asaltaremos en el momento oportuno con las consecuencias que se sigan. Es lo que tenía que decir a mis nobles. Agora ruego a mis nobles consejeros que perma-

nezcan en mi tienda para ultimar los detalles de la siguiente negociación.

Quedó el rey en la compañía de los señores de Monzón, Jaca, Narbona y Barbastro.

—Concretemos los deseos de Vuestra Majestad, —dijo el de Jaca.

—Deseamos la tutela de nuestro hijastro en beneficio de la paz y concordia de nuestros reinos: primera condición que se debe exigir acepten los avilenses, —dijo el rey.

—Habremos de expresar con todo firmeza al gobernador y al obispo vuestra voluntad.

—En último extremo, para mantener la paz, veríamos a nuestro hijastro al pie de la muralla.

—¿Más, señor?

—Deberán entregar como rehenes a 60 caballeros.

—¿Es condición sino qua non?

—Lo es. Su rechazo implicaría a la ciudad que sería asediada con las consecuencias inmediatas; empezaríamos con el saqueo de burgos, aldeas y posesiones próximas.

—¿Qué tiempo les damos para que resuelvan?

—No más de dos días. Transcurridos ese tiempo sin respuesta entenderemos que desechan nuestras propuestas y optan por las hostilidades. Será conveniente que adviertan a los negociadores de la ciudad que, transcurridas 48 horas, interceptaremos las caravanas y convoyes que vengan a la ciudad. Requisaremos los cereales y legumbres, frutas y los otros abastos; forrajes y piensos, y si fuera necesario, ganado y carros.

—La población se apurará con la amenaza de las privaciones —dijo el marqués de Monzón.

—Será conveniente que cunda la creencia de que abundará la sangre en el asalto y saqueo, —aconsejó el rey.

—Esa creencia está ya arrraigada, señor —dijo el de Jaca.

—Lo que nos favorece; mas conviene que no se disipe ni decaiga.

—Lo procuraremos.

—Que los manes divinos os sean propicios.

Inclinó ligeramente la cabeza el monarca dando por terminado el asunto que los ocupaba. Seguidamente se encaró con su senescal:

—Marqués de Barbastro...

—Señor...

—Sería conveniente que se localizasen las almunias de los alrededores y nos curásemos si son gente de armas. No se nos alcen con la ganancia aligerando a los paisanos.

—Nos curaremos d'ello, señor.

—Debe advertirse a capitanes y caballeros que no deseamos alhajas. Que se curen de tener dispuestas saetas y flechas en las aljabas.

—Se verificará.

—Que miren y cuiden los fierros de los caballos.

—Todo se cumplirá como mandan las ordenanzas. Estamos alerta y a vuestras órdenes.

Estudiaron el rey y sus nobles un movimiento envolvente y de aproximación a la ciudad. De madrugada hicieron avanzar las vanguardias hasta el otro lado del Adaja. Estableció el rey una cabeza de puente al pie del cerro en que se bifurcaban los caminos de Plasencia y Salamanca, a la vera del río, desde donde se dominaba al angosto puente romano y la puerta del Adaja.

Con los primeros resplandores del alba se produjo intenso trajinar

de escuderos, palfreneros y sirvientes en torno a los caballos. Levantaban las patas de los animales, acudían los herradores con sus pujantes, miraban los cascos, afirmaban las herraduras, hacían girar las calgaduras en busca de cualquier indicio de inseguridad o cojera. En algunos casos, temerosos los corceles, se encabritaban y agitaban en el aire sus manos amenazantes.

Sirvientes y escuderos revisaban estribos, monturas, tiros, arneses, riendas, lórigas... Inopinada actividad. Conversaciones por doquier de este jaez:

- Estoy descompuesto, tengo que aliviarme.
- ¿Agora te dan ganas?
- ¿Qué culpa tengo?
- Siempre te pasa igual. Apenas va a empezar la función el ribaldo se descompone.
- Haré del cuerpo detrás de esas piedras.
- Mira donde lo pones, que lo pisa un caballo y le salen esparavanes.



Institución Gran Duque de Alba

V

Estruendo de agua. Frisar de muelas de pedernal. Temblaba el maderamen del molino harinero con la caída del agua y el girar de la piedra.

A la vera del río se arropaba su primitiva fábrica de granito y argamasa en un macizo de chopos, sauces, álamos y mimbres. El agua, sabia y brevemente embalsada, lamía los cimientos con canción monocorde. Desde fuera y en verano, envuelto en la masa verde, el molino tenía apariencia acogedora. En el interior, polvo de harinas y la prosa de la molturación: tolva, correas de transmisión, clavos, poleas, costales y sacos; maderas desvencijadas, desencajadas a causa de las vibraciones de cada día por mor de la molienda y la caída del agua. Los espacios exentos de utilaje estaban ocupados por sacos y costales de arpillería y lona clasificados por el contenido. Predominaba el centeno, base de la alimentación popular, con las coles y el tocino.

El desparejado y levantado suelo de tablas era una alfombra de polvo. Por la abertura de una plancha levantada se veía correr el agua clara e impetuosa. Había llovido bien a finales de la primavera y aún conservaba su corona de nieve el páramo de la Serrota. En el aire del interior, una nube mezcla de los polvos de todas las harinas, del salvado y del molluelo.

Acezaba el molinero entre sacos y costales ordenando granos y molliendas. Afuera, junto a la linde del encinar, ahechaba Lucia, su hija

mozuela, el trigo de su pegujar. Le ayudaba Cipriana, también moza, que vivía unos cientos de pasos más arriba, con su madre y su tío paralítico, en una choza a mitad de la ladera entre las encinas. Cipriana había bajado a que le molieran su centeno en el molino del señor, harina que, una vez amasada habría de llevar al horno del señor en el barrio de Ajates, parroquia de San Martín.

Lucia y Cipriana eran amigas, siervas del mismo señor de Ajates, y aprovechaban toda ocasión para contarse en secreto sus escarceos amorosos, sus preferencias entre los mozos conocidos y ciertas peripecias dignas de confesión por su contenido picante y pecaminoso. Cipriana iba también a lavar al río. Junto al molino, con tierra arenosa, lavaba sus escasos cacharros de cocina, sus pobres vestidos, los de su madre y su tío cuando se mudaban, una vez por semana o cada quince días, según la estación.

Su vajilla consistía en una fuente de madera, en la que se servía el plato único y común, del que los tres comían con cucharas de madera de boj. Asimismo tenían un plato vidriado y, para guisar, dos pucheros de Tiñosillos, también vidriados por el interior, y una sartén de hierro con su paleta. La colada era muy simple. Se limitaba a prendas pardas de todo llevar. Las sábanas y ropa interior no existían. Ni siquiera la conocían las grandes señoras de la nobleza en la ciudad. Como retrete tenían el vasto encinar. Hacer una necesidad era lo más fácil: bastaba con hallar el sitio adecuado y éste podía ser cualquiera. Por ejemplo, detrás de la iglesia de San Martín o de la de San Andrés, cuando venían las ganas y los fieles salían en grupo de la santa misa o de otros oficios, y se ponían en la fila en el ribazo para hacerlo allí, o a la vera del camino apestoso entre corrales y huertos.

—Cipriana, —llamó el molinero.

—Mande.

Levantaba la moza la cabeza cubierta con pañuelo color de tierra. Por cuello y cara embadurnados de polvo le chorreaba el sudor que intentaba secar con los bajos de la falda. Morena, ojiverde, ágil y cim-

breante como una mimbre, la contemplaba el molinero con sobrecejo. Siempre que bajaba —y era por lo menos una vez al día para coger agua del río —platicaba largo con la Lucia. Daba gusto verla venir y marcharse con los brazos en jarras, derecha, con su cántaro seguro en la cabeza... Pero se la entretenía a la Lucia, se la picardeaba. Por lo menos eso pensaba el molinero como buen padre candoroso.

—Cipriana...

—Mande.

—Menos platicar y más ahechar. Con tu labia me la embaucas y no la dejas hacer. Luego, nada más piensa en las musarañas.

—Ayer cogí una.

—De otras musarañas hablo yo.

—Le ayudo a ahechar, con este calor.

—¡Ahechadora estás tú! Embelecos es lo que tienes.

—Embelecos no. Ahechadora, desagradecido.

—Diz que tendrás que llevarte tu harina.

—Lo haré de buen grado.

—Pesalla. Te pongo media libra menos por la maquila.

—Menester es que coma el tonsurado.

—El señor de Ajates no perdona.

Dejaron las mozas el ahechado, la criba en el suelo y fueron a cumplir lo mandado por el molinero. Entre la polvareda, le veían acezar. Estaba malo de fatiga y con la fatiga se le había aguado el humor. Pensaba el hombre —y lo decía— que su mal no iba a durar per sécula infinita. Fueron las jóvenes a la romana que pendía de una viga. 28 libras en limpio. Era la limosna quincenal que la catedral pasaba a su pobre tío, vicario que fue de la parroquia de San Martín y después ca-

nónigo de la Santísima Iglesia Catedral. Ahora era un simple tonsurado tullido y hambriento. La limosna, más bien parca, llegaba malamente para nutrir al tío: no era espléndido el cabildo con su antiguo y fielísimo servidor. La vida estaba muy achuchada.

Por un agujero en la madera del piso escupía en la corriente el molinero bronquítico. Era cuidadoso de su oficio. Lo que bien está bien parece. Le avisaba Lucia:

—Nos bañamos, padre.

Dio la callada por respuesta. Hacía calor. En verano y a tales horas lo hacía siempre y las mozas siempre se bañaban. El pretexto de quitarse el polvo de la molienda, de refrescarse, de quitarse el olor a sudor. Eran limpias las mozuelas y con pretensiones de delicadeza precaminoña. “En los mismos cueros se bañan las mozas, como todo el mundo”, se decía el molinero viéndolas chapotear. Antes de la natación y el chapoteo lavaban sus pobres vestidos para desimpregnarlos de polvo y olor a sudor y se secaran al sol en las matas de juncos. Luego se metían en la balsa, que no era demasiado profunda, entre risas y aspavientos. Ambas nadaban; lo hacían muy bien. Se bañaban desde pequeñas, conocían la balsa y el río; el río y la balsa las conocían.

—Son nuestros amigos, —solían decir.

—Los remansos y los ríos no tienen amigos, —sentenciaba el molinero.

Evitaban el nervio de la corriente que caía sobre los álabes que hacían girar la muela. Flotaban contentas en el agua clara y jugaban. Intercambiaban confidencias lejos de la orilla. Cipriana pasaba por graves cuitas: estaba enamorada. De Evelio, joven siervo del señor de Niñarra, aldea en el Valle de Amblés en el camino de Sotalvo, por donde pasaba el río.

Razonaba Cipriana:

—No podemos desposarnos. Pertenecemos a distintos señores: él al

de Niharra; yo, al de Ajates. Nuestra señor de Ajates no da su permiso sin cobrar antes sus derechos.

—¿Qué derechos?

—Ignorante. Los siervos no podemos casarnos más que con otros siervos del mismo señor. Para desposarnos con un siervo de otro señorío hay que pagar el impuesto de matrimonio.

—Tú, como sabes leer, sabes de todo, —comentó Lucia un tanto envidiosa.

—Evelio debe pagar aqueste impuesto y no tiene con qué. Yo, tampoco. Y esperamos, esperamos... ¿Hasta cuando, señor? —dijo elevando los ojos y los brazos al cielo.

Lucia le contó historias que acaecían en la ciudad, en otras parroquias, en las aldeas. Corrían de boca en boca y llegaban al molino en la de los que iban a moler. Hablaban de todo. Los siervos y los libres que topaban con dificultades para casarse en las parroquias, lo que se dice casarse como Dios manda, se arrejuntaban. En este punto la cortó Cipriana:

—Entonces vienen los azotes.

Los azotes en el cepo no eran los castigos más duros e infamantes. Estaban los tormentos, la picota. Cipriana explicó a su amiga algo de lo que ya ésta tenía noticia. Era hija de un morisco del barrio de Santiago y de cristiana. Imposible desposarse. A su madre la enceparon y sufrió pena de azotes. Su padre huyó de la justicia y se unió a una banda de salteadores de caminos. Lo cogieron y lo ahorcaron en los bosques de Gredos. Su madre, hermana del tonsurado tullido, se casó con un herrero de la parroquia de San Martín. Mujer fecunda, le dio ocho hermanos. Los años de la hambruna y de la epidemia se los llevaron a todos. A la muerte del herrero cayeron en la servidumbre. En la servidumbre se entraba con más facilidad que se salía. También ella estuvo a punto de perecer con la sequía y las malas cosechas. Cuando se puso malo, recogieron al tío canónigo que no podía valerse. Él la en-

señó a leer en los libros sagrados. En la ciudad reinaba el analfabetismo más riguroso. Saber leer, escribir y de cuentas, más que un privilegio, era menester de clérigos, que la mayoría de los caballeros miraban con desprecio. Para llevar las cuentas valíanse los nobles de clérigos o de laicos instruidos. Pero los caballeros analfabetos no se dejaban engañar con facilidad. Eran astutos, ladinos y desconfiados en lo tocante a cuentas. Mediante tarjas y rayas de diferente longitud en caña y palos, en ábacos, ajustaban las cuentas al más pintado. Aunque había nobles que, siguiendo el ejemplo de los repobladores doña Urraca y don Ramón, estudiaban con maestros y preceptores religiosos que les enseñaban latín y algo más que rudimentos de artes y ciencias.

Las enseñanzas del tío canónigo predispusieron a Cipriana hacia la envidia, esa mala hierba que, en aquel tiempo, crecía en todos los campos y en muchas almas. Envidia que ella sentía de los otros y que los otros sentían de ella. Admitir las leyes y las costumbres establecidas era admitir la fuerza del destino. En el espíritu de Cipriana se producían destellos de rebeldía como los que condujeron a su padre a la horca a la vera de un camino. No podía aspirar a ser la esposa de un caballero —las leyes no se lo permitían— sólo su barragana. Desposarse con un libre, mercader o artesano, mesmo con un siervo que fuera igual que ella, podía ser un sueño irrealizable, una quimera, a cuenta de aquel dichoso impuesto de matrimonio. Evelio era bueno, tenía planta de noble y un mirar suave cargado de amor. Pero tenía la poca ventura de pertenecer al señor de Niharra mientras ella estaba en poder del señor de Ajates y Fuentes Claras. Ni en dinero ni en especie podía pagar el impuesto de matrimonio. Vistas las cosas en la distancia, su señor no era bueno ni malo: quería cobrar la tasa que por ley le correspondía. Para ella era tacaño, aprovechado y malo. Si ella resultaba fecunda como su madre, sus hijos serían almas vinculadas a las tierras del señor. Así explicaba Cipriana a Lucía sus penas y quebrantos. Siglos después, un poeta enfervorizado cantaría estos tiempos, intentando pasar por cierto el dicho universal de cualquier tiempo pasado fue mejor:

“C'est vers le Moyen Âge immense et délicat
Qu'il faudrait que mon coeur en panne navigat,
Loin d'esprit charnel et de chair triste.

.....
Haute théologie et solide morale,
Guidé par la folie unique de la Croix
Sur les ailes de pierre, ô folle Cathédrale! i

La carne y el espíritu de Cipriana estaban tristes a pesar de la locura con alas de piedra de la catedral. No siempre, porque le bullía enloquecida la sangre. Aceptaba con parca resignación su mala suerte que le impedía gozar del hombre que amaba.

En este punto quedó cortada la suave plática confidencial que abría el fondo de su alma enamorada a la fiel amiga. Desaforado ladrar del perro del molinero al otro lado del molino. Gruñir asustado y amenazador. Escandaloso revuelo de espantadas gallinas. Desacompasados cacareos. Gallinas, gallo y pollos levantaban las alas, daban saltos y emprendían cortos vuelos soltando plumas que flotaban en el aire quieto del Angelus del medio día. Con espantado cacareo aparecían a la vista de las dos amigas las aves perseguidas por truhanes armados con indumentaria de soldados. En un principio habían pensado las mozas que fuera la raposa u otra alimaña. Corrieron a la orilla del río, a los juncos para coger los vestidos y tapar sus desnudeces. El pudor y el miedo las flagelaban de sopetón con la presencia intempestiva y temida de la soldadesca que, cuando podía, se entregaba a la grata tarea del pillaje y —lo que era más de temer— a los excesos de la violación y la matanza, perdido el respeto a sus nobles capitanes, al rey y a Dios que está en el cielo. Oían blasfemias, los gritos del molinero. Hicieron frente a los facinerosos. También ellas se pusieron a gritar con la esperanza de recibir algún auxilio de los molinos próximos, si las oían.

Por la ladera opuesta, al otro lado del río, del costado del camino de Salamanca, entre las encinas, percibieron entre los ladridos de una jauría el resonar del galope de caballos. Se anunciaaba, cercana y jalea-

da la muta con enloquecido ladrar. En las aristas de pedernal levantaban chispas los fierros de los caballos. Sudorosos y violentos entraban en el río jinetes en briosos corceles. Alguien gritó:

—¡Paso al rey!

Saqueadores y mozas se tiraron al suelo boca abajo. Eran temibles los caballeros. Se apaciguaban los perros, perdida la pista. Los caballos entraban en el río y, ávidos, se ponían a beber.

El rey de Aragón estaba el primero. Cabalgaba negro corcel de briosís estampa. Sudoroso estaba el bruto; sudoroso estaba el rey. Permitió el monarca a su cabalgadura que apagara la sed mientras miraba a los pobres seres acoquinados, aplastados contra la tierra: las dos jóvenes asustadas, sus mercenarios aterrorizados. Ladraba el perro del molino, cacareaban las gallinas, flotaban las plumas, vibraban en el aire los últimos ecos del Angelus.

Don Alfonso I entendió los signos.

—Alzaos, —ordenó a las mozuelas.

Se alzaron ellas temblorosas. Riendas de cuero fogueado empuñaba el rey.

—¿Qué hacían mis mercenarios? —les preguntó.

—Maltrataban a mi padre, robaban las gallinas, —aventuró Lucía.

—Ponte de rodillas para hablar al rey, —le ordenó terrible un caballero.

Las dos mozas cayeron de hinojos.

—¿Quién es tu padre? —inquirió el rey.

—El molinero.

—También querían hacernos abusos, cosas non sanctas, señor, —se atrevió a decir Cipriana.

—Contesta cuando te preguntén, —rugió el caballero.

El rey posó su mirada con interés en la moza, luego en la otra. Ambas se tapaban sus vergüenzas como podían. Podían muy mal. Don Alfonso movió la cabeza y repitió:

—¡Cosas non sanctas!

Contemplaba a las mozuelas: jóvenes, bellas para ser siervas, cabelllos mojados, cuerpos limpios, formas incitantes. Tiernas y apetecibles presas para aquellos bigardos. Sus mercenarios eran unos bandidos, pero eran sus bandidos. Por su causa peleaban y morían. Tendría que darles una lección para que domeñaran sus instintos.

Su caballo ya no bebía, esperaba el acicate de la espuela. Miraban los caballeros espectantes. Don Alfonso se volvió al que había ordenando arrodillarse a las jóvenes y señalando a los ribaldos dijo con naturalidad de rey:

—Que los aten a los troncos de las encinas y les den treinta azotes. Me voy a bañar. Aquestas jóvenes doncellas me servirán de azafatas.

Con un salto salió el caballo a la junquera. Dos palfreneros acudieron presurosos para sujetarle el corcel y ayudarle a apearse. Lo hicieron con consumada destreza.

Se dirigió el rey a las jóvenes que continuaban de rodillas:

—Las bellas doncellas están conformadas para folgar con los reyes. Traed jabón y estropajo. Me frotareis. Por una vez sereis mis azafatas. Ello os traerá suerte.

Temblándole las carnes de miedo se alejaba Lucia. Se levantaban los mercenarios y precedidos de escuderos entraban en el encinar; un sol de justicia se abatía sobre el río, las encinas y la ciudad amurallada. Fornidos jayanes empuñaban descomunales látigos de guerra y se aprestaban a la tarea. Azotar y torturar era oficio de sayones; guerrear y matar el de los caballeros. A veces los intercambiaban sin demasiado escrupulos.

Regresó Lucía con estropajos de esparto y jabón. Dos caballeros desnudaban al rey que pronto estuvo en los cueros. Cuarentón y velludo entraba y se hundía en el agua. Atemorizados y curiosos le seguían los ojos fascinados de las mozuelas.

Llamolas el rey:

—Entren al agua las rapazas y cumplan con su deber de azafatas.

Las improvisadas azafatas reales entraron en el agua. Desnudas, sin titubeos, con respeto y temblor de tetas jabonaban y frotaban. El rey reía, resoplaba como un caballo y las miraba con ojos de fauno. En el bosque de encinas empezaban a oírse los primeros y restallantes latigazos seguidos de alardos. Perdida gran parte de su timidez frisaban las doncellas el pecho y espalda del monarca; sus musculados brazos y piernas, las recias canillas. De más que mediana estatura era el Bataillador, ancho de rostro, grandes y saltones ojos azules de recto e imponente mirar. El pelo amelenado le llegaba a los hombros y la barba cuadrada, a la clavícula. La majestad barbada y desnuda imponía a las jóvenes respeto y temor inmensos. Estaban aturdidas y se mostraban torpes y cuidadosas al frotar las partes pudendas del monarca. En su azoramiento rozaban con su cuerpo al peludo del monarca que reía con risa faústica:

—Por todas partes y sin miramientos, mis núbiles doncellas. Piernas, entrepiernas, pies, sobacos, lo que cuelga. Faced son entusiasmo y sin miedo. No tendréis otra ocasión para frotar con vuestras manos a un rey, mis deidades de molino harinero, ninñas de río claro y de bosque de encinas.

Cuando en el encinar dejaban de sonar los ayes de los azotados, terminaba el rey su baño y, mientras lo vestían hablaba a las azafatas:

—Aunque soy vuestro rey os debo indemnización y recompensa por el susto y el mal que os han hecho mis alimañas. La recompensa premia también vuestro trabajo. Me dejais limpio y contento. Jamás fue rey por doncellas tan bien servido. ¿Sois hermanas? ¿Amigas? Recibiréis una bolsa cada una de manos de mis caballeros.

Se encaró con Lucia:

—¿Qué piensas hacer con ella?

—Mi señor rey, pagar los huevos que se han sorbido los soldados a mi señor de Ajates; llevar a mi padre al médico y comprarme calzas y vestido para el otoño.

A Cipriana, el rey:

—¿Y tú?

—Pagaré a mi señor el impuesto de matrimonio y desposaré a Evelio de Niharra.

Les sonreía el rey enseñándoles los dientes de lobo:

—Me habeis prestado los mejores servicios que honestas doncellas siervas puedan prestar a su rey. Agora sed felices comiendo perdices.

—Mía fe que sí, señor, —prometió Cipriana con graciosa genuflexión.

Los palafreneros sujetaban el negro corcel con ojos de fuego y dor. Alfonso montó.

—Pizpireta y discreta resulta la zagala, —comentó el monarca al caballero que se le emparejaba.

Al paso de las cabalgaduras emprendieron el camino de Las Hervencias bordeando el arroyo, vanguardia de la Chatarra arriba. Dejaban a su derecha un conjunto de cíjas, zahurdas, corralizas, estercoleros y callejones infectos que apestaban de modo irresistible en torno a las iglesias de San Martín y San Andrés. En retaguardia, derrellados y maltrechos caminaban los vapuleados mercenarios.

Las dos mozas se ponían sus vestidos viéndoles ir. No había mal que por bien no viniera. Se habían tranquilizado y parecían contentas. Acariciando su bolsa dijo Lucia:

—Después de todo, no hemos salido malparadas.

—Y no es tan fiero el león como lo pintan.

Apareció acezando el molinero y corrieron hasta él enseñándole sus bolsas. El perro se les acercaba moviendo el rabo. Un cuarto de hora después Cipriana, con su costalillo de harina en la cabeza, erguida y con los brazos en jarras, subía la pendiente que llevaba hasta su choza en el encinar.

Ante la puerta del Alcázar, a lomos de sus corceles, los señores de Narbona, Monzón y Jaca conversaban a la espera de que la guardia de la puerta recibiera órdenes de franquearles el paso.

El de Narbona se incorporaba a la misión negociadora que enviaba a la ciudad el rey de Aragón, con la mira de reforzar el impacto que la presencia de su edecán pudiera ejercer en el ánimo de los negociadores abulenses.

Decía el de Monzón al de Narbona:

—Conoceis muy bien, señor edecán, las cualidades del carácter aragonés: franco, valeroso, tesonero.

—La nobleza baturra y su franqueza ruda son proverbiales, —dijo el señor de Narbona.

—Con esa misma franqueza os diré que dudo mucho de que vuestra presencia en la negociación pueda influir en su resultado. Aquests caballeros avilenses están chapados a la antigua y, encerrados en su muralla, no atienden a razones. Son tan tercos como los aragoneses y llevan en su espíritu la impronta de la ciudad cercada.

—No hay ciudad que puedapreciarse de tal que no esté cercada, —precisó el de Narbona.

Acudió el de Jaca a reforzar la impresión que trataba de dar el de Monzón:

—Hay cercas y cercas. ¿Verdad que aquesta es sólida e impone respeto? Pues bien, escudados tras ella y ajenos a los vientos que corren,

no ven más allá del horizonte de sus almenas. Acostumbrados a las algaradas continuas, al saqueo y al botín, temen hipotecar su libertad sometiéndose al yugo de don Alfonso que —piensan— les haría entrar como piezas en el conjunto de una acción estratégica y política común. Encerrados aquí no se percatan de que el esfuerzo cristiano que converge en la dirección de Tierra Santa, precisa de robustez, de que la acción dispersa no conduce a ninguna parte, y de que el esfuerzo cristiano de las naciones de Europa no sólo se dirige hacia oriente, sino también hacia el sur...

—La mejor lección en los negocios de estrategia de alianzas nos viene de los cruzados. Godofredo de Bouillon es el mejor ejemplo.

—Nuestro rey don Alfonso así lo ha comprendido, —dijo el de Monzón.

—Y desea afianzar la unidad de acción de aquestos reinos frente al musulmán que se fragmenta, —dijo el de Jaca.

—Mas hemos topado con el muro de los privilegios de aquestos nobles tan pagados de si mismos,— corroboró el de Narbona pensando para su capote que los nobles caballeros castellano-leoneses estaban cortados con el mismo patrón que los aquitanos, los normandos o los alemanes. —Pero si me dijieran mis señores algo a cerca del carácter del gobernador de la ciudad, de su presencia y arquitectura mental...

Se apresuró el de Monzón:

—Es hombre cincuentón, enjunto de carnes, más bien menguado de estatura, aunque no lo aparenta por lo erguido de su prestancia, lo despejado de su frente y el mirar de águila. Ponderado, equilibrado y parco en el hablar. Pero ve a través de los interesados ojos de doña Urraca y de su nobleza.

—Ya. Me hago una idea.

La espera se hacía larga y sobrevino el silencio. Los emisarios del rey dirigían sus miradas hacia los torreones que flanqueaban las puer-

tas, a través de cuyas almenas se vislumbraban las máquinas de guerra. Los escuderos, cara al público, intercambiaban preguntas y respuestas con los curiosos que llegaban. El marqués de Monzón reanudó la plática hablando de Blasco Jimeno:

—No se le ocultan las razones y miras políticas de nuestro rey; mas tiene la sospecha de que Castilla y León serían meros instrumentos al servicio del poder personal de don Alfonso. No le faltan la claridad de juicio ni la ajustada expresión.

—Veo al caballero, —dijo el edecán—. Dentro de cinco siglos aparecerá otro del mismo talante y extraña figura, de endeble complexión y claro juicio, aunque perturbado, que se enfrentará a molinos de viento de largas aspas. ¿Cree en la influencia de los planetas?

—Por lo que tenemos averiguado y le hemos oido, piensa que la conjunción y disposición de los astros en el momento de nacer, ejerce influencia en el sino de las personas. Mas opina que sólo en la medida que Dios lo permite o lo quiere, pues los astros en su movimiento siguen el orden establecido por Dios.

—¿Cabe inferir que desprecia las premoniciones, los augurios y las malas hadas?

—Piensa que el mal llega por culpa de lo obrado.

—Ramalazos de sensatez y entereza me parecen. ¿Los otros caballeros que negocian?

—Del mismo o parecido corte en el pensar. Son todos pan de la misma masa cocido en distintos moldes.

Rechinar de cerrojos, ruido de retrancas y poleas. Abría la guardia y daba paso a dignatarios y escuderos. Tras los caballeros entraron los curiosos. Se unieron al público que ya ocupaba la plazuela del Alcázar y se perdía por dos callejas que en ella desembocaban. Por el aspecto grave y silencioso —no hubo aplausos, lo que reafirmaba la creencia de los aragoneses en el carácter frío de los abulenses —presumieron

los emisarios que las negociaciones no iban a ir por buen camino. En la sala ya conocida les esperaban las personalidades con quienes habían tratado.

Los razonamientos y alegatos por ambas partes discurrieron por idénticos o parecidos cauces que en la reunión precedente. Las disparidades se hicieron más patentes y la discusión más dura. Rayana a veces en la hostilidad. Los de Jaca, Narbona, y Monzón insistían en la necesidad de la entrevista entre el rey y su hijastro con vistas a tratar sobre la tutela del infante que le correspondía como rey consorte. Alegaban que era lo natural. Los abulenses no transigían en ese punto. No podían colocar a su reina ante un hecho consumado, ante un acuerdo concertado a sus espaldas. Adujeron que nada debían de tratar ambos reyes; se avenían a mantener su oferta de un saludo a distancia. Accedieron también a la entrega de 60 rehenes desarmados que confiaban a la caballerosidad y pundonor del rey batallador. La entrega se verificaría en la mañana del día siguiente. Los caballeros rehenes saldrían por el postigo de San Isidro, llamado también de la Mala Ventura, en el lienzo sur de la muralla. Las mesnadas reales los trasladarían al campamento de don Alfonso I y los devolverían sanos y salvos una vez levantado el campo, según mandaban las leyes de la caballería y el acuerdo.

Los emisarios aragoneses abandonaron el alcázar visiblemente contrariados, con el adusto ceño del despecho y de la amenaza. Sin abandonar los modos de cortesía que regían el trato de los caballeros, no se tomaron la molestia de disimular cierto sentimiento de hostilidad que rayaba en la amenaza solapada. Los nobles avilenses vieron en tales modales, que no les eran ajenos, indicaciones muy precisas del rey de Aragón. En la realidad significaban una severa advertencia o, por lo menos, así cabía interpretarlo. Así, y no de otra forma cabía y debía de ser interpretado conociendo el humor y carácter impetuoso del esposo de doña Urraca.

A la vista del cariz que iban tomando las negociaciones, Blasco Jimeno, en el transcurso de las mismas, resolvió cerrar todas las puertas

y postigos de la ciudad. Los rehenes saldrían por la de la Mala Ventura, debido a que el acceso hasta él, tanto desde fuera como desde dentro de la cerca, era el más anfractuoso y difícil. No había senda ni caminos practicables que condujeran hasta allí. Escabroso, cualquiera que anduviese por el riscal estaba expuesto a romperse la crisma en la aventura. Tantos y tales eran los filos y picos del roquedal rojizo.

Tras la salida de los emisarios de la sala, los cuatro caballeros abulenses resolvieron celebrar sesión abierta del concejo y consejo de la nobleza para decidir en materia de rehenes. Durante la tarde tuvo lugar la reunión en el mismo Alcázar. No hubo caballero que no se ofreciera voluntario como rehén. Entre ellos, don Mendo Nuño de Ajates que, con conocidas querencias libidinosas, era tan caballero como el que más. Los jóvenes pretendieron tal honra sin singular ardor.

—Es un riesgo que hay que correr, —razonaba Lope Núñez. —Los donceles últimamente armados caballeros no hemos corrido ninguno en guerras ni algaradas. Nada más justo que honrar a nuestros encanecidos mayores curtidos en cien batallas, ocupando su puesto de vanguardia.

Las noticias corren que vuelan. Desde los torreones del lienzo norte de la muralla próximos a la puerta del Adaja los avizores ojos de los vigilantes habían seguido los movimientos de los cazadores en las cercanías del río y los hechos que se habían producido en las afueras del molino. Sus observaciones fueron completadas por los belloteros del encinar escondidos en las copas de las encinas y por los curiosos que se habían acercado al lugar atraídos por los alaridos de los azotados ribaldos.

En el breve espacio de tiempo que los caballeros abulenses destinaron a su frugal colación fueron informados de lo acaecido no hacía aún media hora. Al reunirse los caballeros para examinar la situación, dijo Zurraqún:

—Mientras negociábamos con sus emisarios, el rey don Alfonso I se dedicaba a la caza con sus caballeros.

—Y se granjeaba fama de justiciero y generoso por los molinos del Adaja, —dijo Esteban Domingo.

—Diz que no ha dejado hueso sano a algunos de sus mercenarios.

Zurraqún no perdía de vista el punto moral en la conducta del rey Batallador:

—Poniendo las cosas en su punto se ha de dar al César lo que es del César y a Dios los que es de Dios. Tiene caletre don Alfonso y sabe guardar la continencia de la carne en negocios de amorios aunque sea con jovenzuelas apetecibles.

Intervino Blasco Jimeno sentencioso:

—No todo son tortas y pan pintado. Del decir, hacer y acontecer del esposo de doña Urraca, sólo se nos pueden seguir perjuicios. Todo cuanto dice, hace y acontece es política que lleva las aguas al su molino. Política, la flagelación de los mercenarios; política, su aparente y engañosa continencia, y política su larguezza en el dar. Prepara, sin más, su entrada en la ciudad y pretende ganarse la voluntad de los moradores.

Habló impetuoso el joven Lope Núñez

—Desvaría el esposo de doña Urraca, madre de nuestro rey don Alfonso que Dios guarde, si piensa entrar en la ciudad y ganarnos para su causa sin más ni más y con malas artes.

Esteban Domingo aseveró:

—Su propósito último es ganar la lealtad de nobles y serranos.

—De nada le valdría la sumisión del concejo sin nuestra aprobación.

Aventuró Lope Núñez, fogoso:

—Hagámosle cabalgar hasta Zamora.

—Todo se andará, —dijo Blasco Jimeno.— ‘Lo que agora ocupa mi pensar es preparar nuestra política frente a la suya. Embebido estoy con la preparación de discurso y aferes que nos urgen.

Tornó Zurraquín a lo suyo:

—Anda la ciudad descabalada. Quiromancia y cartomancia compiten con nuestra sacrosanta religión en la conquista de la fe de los cristianos. Reinan por doquier y en todos los estamentos el relajo y el desenfreno. Habré de advertir a canónigos, párocos, diáconos, abades, vicarios y a todas las órdenes para que estén alerta contra la ola de paganismo, superstición y maleficio que nos invade. Tenemos que poner pie en pared y pararla; volver a la fe pura que nuestros mayores nos han legado, a la de nuestros cruzados...

—No da mucho ejemplo Roma, —dijo Esteban Domingo.

Previendo el choque entre ambos señores, cortó Blasco Jimeno.

—Salmamos a mirar nuestras defensas.

Lo hicieron por la puerta del Alcázar y tomaron por el sendero del Rastro. Con ojo de halcón ojeaban el hacer de las guardias en torres y almenas. A su izquierda, por detrás de las bardas, asomaban las cabezas de los vecinos de las parroquias de San Pedro y Santiago. Curiosos y abstraídos, contemplaban el pacífico deambular de sus autoridades. Algo gordo tramaban con sus cabildeos.

Del barrio morisco llegó hasta los oídos de los caballeros una canción no exenta de malicia, que Zurraquín pensó le iba dirigida:

“La vidas de los ermitas
son benditas.

Mas nunca son ermitaños
sino viejos de cien años.

Personas que son prescritas,
que no tienen poderío
ni amorío;

ni les viene cachondez
porque, mía fe, la vejez
es de terruño muy frío”.

Sin comentario alguno entraron en la ciudad por la puerta de Gratal. La cancioncilla, no obstante, había encrespado el ánimo del obispo ya anciano. La mujer que la había cantado entonaba bien, pero la intención era manifiesta: aludía a su condición de religioso por medio de los ermitas y a su falta de poderío a causa de la vejez. De vergüenza. Las mujeres no tenían cura en su descaro y descoco. Desde los tiempos de Eva eran causa de desazones, de ruina y de condenación para el hombre. La mujer era casquiana y presuntuosa. Y mucho. En ello yacía todo el mal. No le maravillaba que hubiera fembras con propensión a la vanagloria y al falso bien parecer. Les venía de nuestra primera madre que escuchó a la serpiente: "Si comieras del fruto de aqueste árbol de la sabiduría del bien y del mal, serás como el Dios que te formó. Y ella quiso ser igual a Aquél que en saber no tiene par. Y comió el fruto vedado, lo gustó. Gustar... Gustar es querer ser bellas, donosas, lujosas en vestidos y alhajas, grandes, poderosas, admiradas, disipadoras.

Llegaban a la puerta del alcázar. Para dejar hacer a sus amigos se despidió el obispo y, por el callejón de la Muerte y de la Vida, se dirigió a su palacio, al otro lado de la catedral. Llevaba clavada en el mágín la perversa cancioncilla y la cristalina voz de la mujer. Hablaría esa misma noche a sus sacerdotes del motivo de perdición que es la mujer para el hombre, y a causa de todas las desviaciones y malformaciones de que estaban haciendo víctima a la ciudad para la causa de su defensa, la del derecho del rey niño y del dogma.

Dirigía el buen obispo la mirada a su entorno, a su ciudad. ¿Y qué era lo que veía? No había mujer que se cansara de ser mirada, deseada, alabada, admirada. Que se hablara de ella, aunque fuera mal. En ello la vanidosa (lo eran todas), hallaba gozo, placer, alegría. Por eso mismo salían a la calle bien arreadas, con toda la pompa y el lujo que su condición y medios le permiten. Cuando la gente las mira, suspiran por ellas o dellas fablan, hacen como que se mofan, simulan desaire y ponen mala cara. Pero Dios sabe que son como coces de mula, que ellas querrían que las desearan, que les gustaría que dellas fablaran,

que las motejaran. Y aunque hagan mohín de desapego y digan: ¿Veis qué sandio, que loco, que simplón?" su gesto despectivo es falso. Por debajo de la toquilla se ríen como locas, disfrutan. Si les parece que no son miradas, revientan de rabia o mueren de pesadumbre. Cuando hay lugar para que las miren, no se ven, no se conocen; se hinchan hasta estallar; ignoran toda regla de continencia y moderación. La hija dice a la madre, la mujer al marido: "¡Ay, que mala estoy! Estoy destemplada, me resiento del estómago, la cabeza me duele, me estallan las sienes entre estas cuatro paredes. Me voy a los oficios, a los monumentos". Se van a San Vicente, a San Pedro, a Santo Domingo, a San Salvador, al monasterio de San Benito, a Santiago. A ver como pasean abades, priores, canónigos gordos, ricos y bien vestidos. Aqueste y otros caminos andan para que las vean y las miren, que todo es lo mismo y diferente. Lo peor es que muchas no tienen con quien ni con qué arreos ir. Buscan en la familia, en las vecinas: "Préstame la saya colorada, la aljuba verde, la crespina y el almanaca. Déjame tu cinta y tus arracadas de oro". Acuden raudas a los alabares y mercaderes y les compran solimán, clavo de girofre y otras cosas con qué lavar la boca. Quien la vido en la calle y en el templo que la vea dentro de su casa. Comen pan, cebolla o rábano, si están de buen día. Fuera, dan a entender que es oro todo lo que reluce. Despues a llorar y penar, a hilar la rueca y el torno. Quien las vido en la calle no las conocería por sus muchas simulaciones y mixtificaciones. Con tal de que las alaben no hay mujer que no se haga de noble linaje y de sangre limpia por su mucha presunción, poco juicio y demasiada malicia.

En estas cogitaciones el buen obispo que, llegado a su palacio se había sentado en un sillón, se vio cogido por los dulces brazos de un diosceillo al que llamaba Morfeo.

VI

Mientras tanto...

Dionisia, la madre de la bella Cipriana, esperaba a su hija al pie de la encina que les servía de toldo en verano y de amparo en invierno, ante su chamizo. Ya la mozuela remontaba la senda que la llevaba a los suyos. Hasta su aislada vivienda habían transcendido las voces, los ladridos, los gritos de caza, los ayes de los flagelados, el retumbar de los cascos de los caballos. Dionisia estaba alarmada. Hubo momentos en que ni siquiera se oyó el murmullo del agua del río en la hondonada de los molinos. El aire, en el calor del medio día, se había quedado cuajado, inmovilizado por el pavor. Acaso fuera que el miedo le había taponado los oídos. Su corazón de madre tuvo pálpitos extraños. Pre-sintió que una desgracia muy grande le iba a suceder. Los ayes des-garradores ponían espanto en el ánimo. Se alarmaba Dionisia con fundamento y se desojaba escudriñando la vereda que llevaba al río entre encinas, chaparros y espinosas aulagas. Vereda por la que tendría que venir su hija que tardaba, tardaba, tardaba. De buenas ganas bajaría hasta el molino, pero el terror la paralizaba. Presa de creciente inquietud, le habló a su hermano, el tullido canónigo, postrado en desvencijado sillón de glorioso pasado, junto al tronco de la noble y tupida encina castellana, cantada por poetas de venideros tiempos.

—Aquesta hija tarda demasiado.

—Ya. Andan sueltos los ribaldos del rey aragonés. Hay indicios de que cometan fechorías.

—Temo por ella, y que le roben tu farina del obispo.

Remendado en la vestimenta, curtido en el sol y los vientos, se rascó el tullido canónico el ceniciente e hirsuto mentón:

—Todo puede pasar en los tiempos que corren. Se soltaron los malos instintos, se perdió la noción del pecado, el respeto al señor, a la ley, a la santa iglesia y al mismo Dios. Es grande la necesidad y todo va a estallar como el cielo en truenos y rayos en día de tormenta. La gente se olvida de Dios y se encomienda a los fados y a los planetas. ¿Qué pueden darnos los fados y los planetas, si no males mayores? Esos truenos y rayos los trae el rey de Aragón, al que motejan de bataillador, y los va a soltar encima de Avila. He visto a uno de sus azores abatirse sobre una paloma allá por el acunamiento del río. La rapacidad de sus halcones y la rapiña de sus ribaldos son el anuncio de la tormenta que se está fraguando. Y lo peor de todo es que hay gente que está descontenta y deseosa de que la tormenta estalle.

—Guay, Dios mío. Agorero estais. No nos anuncieis nuevos males. Bastante tenemos con las penas de procurarnos el yantar de cada día, que no siempre llega. Tu obispo no es generoso con su canónico paralítico.

—Deja en paz a mi obispo. Ha sido y continúa siendo caballero bragado. Gracias a él facemos cara a aquestos tiempos de agonía.

—Podía ser menos cicatero. Y vos no me encojais el ánimo. Os poneis agorero como las adivinadoras y echadoras de cartas, premonitoras de desdichas y malaventuras.

—No soy agorero como me llamas. No predigo desgracias ni calamidades: las preveo. Aquí, sentado en este sillón y bajo aquesta encina. No soy de los que creen en la superstición ni en la influencia sobre las personas de las estrellas ni planetas. Toda esa creencia es fruto de la ignorancia. Los hombres hilamos y tejemos en nuestras ruecas y telares los hilos y tramas de nuestra fortuna. Usando y abusando del albedrío que Dios nos da. Desde aquí, desde mi inmovilidad a la sombra de aquesta encina, oteo el horizonte, pienso y veo.

—Podíais ver cosas mejores.

—Eso quisiera. Veo el juego de las ambiciones de poder en reyes y nobles; las apetencias de riqueza en villanos, caballeros y artesanos; la falta de humildad y conformidad en los que trabajan, libres y siervos; veo el acicate de la carne que espolea las pasiones. Oigo el tascar de los frenos a los temibles caballos de guerra, el resonar de los cascos que hienden las tierras llanas de Castilla y presiento que, otra vez, aquesta tierra nuestra que nos legó don Alfonso VI se cubrirá de muertos. De cuerpos de cristianos que, si pecadores, nada grave hicieron para merecer porvenir tan aciago, suerte tan horrenda.

—¿Hicieron o no hicieron? —le preguntó Dionisia.

—Hicieron. Mas no todos se labraron lo que se les viene encima.

Repuso su hermana:

—También yo pienso en los males de la guerra. Todos podemos morir a manos de caballeros, de villanos o de ribaldos. Nuestra suerte, si no está en los planetas y fados, está en las manos de Dios.

Reflexionó el canónigo:

—En la guerra los siervos llevan muy mala parte.

—Y qué lo digas: nos roban los güevos y las gallinas, nos roban y destrozan todo lo que pillan, abusan de las mujeres, pasan a cuchillo a los hombres, mujeres y chiquillos que no les gustan o les molestan. Encima, los supervivientes tienen que cavar las fosas y dar tierra a los muertos. Mesmo en las batallas, ya sean caballeros, villanos o siervos. Con lo mal que güelen. Apestan. Todos pestan a cual más. Y luego, el olor se queda metido dentro, que no se va. Horrible.

—Prolja estás, hermana.

Apareció Cipriana a veinte brazas de la encina. Brazos en jarras, garrida y ágil, con su costalillo de harina en la cabeza. Hasta parecía contenta. La ropa se le pagaba al cuerpo y le marcaba las formas. Se sulfuró Dionisia:

—Aquesta indina se ha bañado en el río con lo fría que está el agua. Para ponerse mala. Agora tendrá gazuza de can sin amo y arramblará con todo el condumio como si fuera para ella sola.

Le grito a la hija:

—Ya era tiempo. Hay que tener cuajo para estarse allá bañando, de plática con la Lucia. Y nosotros con el ánima en vilo, esperando por mor de esos ribaldos. Agora ponte a facer los puches con aquesta calor.

Ante la regañina, intercedió el canónigo:

—No la amonestes.

—Todo ha sido por los ribaldos, —se excusó Cipriana.

A continuación, casi sin respirar, contó a los suyos los sucesos del molino y la afortunada intervención del rey de Aragón en ellos.

—¿Te decía yo que me parecía oír gritos y azotes?

—Pero hay más: en aquesta bolsa bonita hay monedas de oro y plata, regalo del rey.

Avida, la cortó Dionisia:

—Déjame ver.

Le arrebató la bolsa de las manos y se puso a contar. El canónigo, no acostumbrado a tales munificencias, abría los ojos de plato. Tres onzas de oro de los tiempos de Roma y varias monedas de plata. Dionisia se puso a hacer cuentas:

—Compraremos...

Bruscamente le cogió su hija la bolsa. Evidentemente le perdía el respeto. Era terca como una borrica.

—No vas a comprar nada. Yo voy a comprar a nuestro señor de Ajates el derecho a contraer nupcias con Evelio de Niharra. ¿Tendré bastante dinero, tío?

Al canónigo se le caía la baba escuchando la culta parla de su sobrina. Parla que no cuadraba con la pobreza de su atavío ni la que se respiraba en la choza cuya puerta cobijaba la encina.

—Depende, sobrina. Ese derecho vale lo que el amo quiera pedir.

Terció Dionisia:

—¿Por qué has de desposar al de Niharra? Hay mozos en San Andrés y Ajates que beben los vientos por tí.

—Yo los bebo por Evelio de Niharra.

—Largo has ido a ponerlos. Me pregunto yo qué tiene Evelio que no tengan los otros.

Admiradora de doña Urraca y precursora de las feministas afirmó Cipriana:

—Es el que me gusta.

—Las jóvenes se casan con quienes los padres mandan y los señores consienten.

—Por eso pago el consentimiento del señor. Tú no mandas. A mi edad te escapaste con quien te plugo.

—Eran otros tiempos. Ya ves como nos fue.

—Te digo que no mandas.

—Con el oro y la plata podríamos comprar...

—El derecho a desposarme con Evelio. No otra cosa para que luego nos heredara el señor.

—¿No le encuentras mejor fin con las estrecheces que pasamos?

—Desposar a Evelio.

—Cría hijos... Te vas con Evelio que apenas conoces y nos abandonas a nosotros que llevamos juntos toda la vida.

—Quiero que Evelio sea mi familia y él no puede venir aquí. Su amos no lo venderían ni lo compraría el nuestro. —Concluyó resuelta:— Esta tarde iremos a la casa de don Mendo Nuño para ver de comprar el derecho.

Los abiertos ojos del canónigo tullido iban de la sobrina a la hermana, de la hermana a la sobrina y callaba. Nada pintaba y habría sido inútil opinar. Le habría gustado que la sobrina fuera razonable y se sometiera, pero la muchacha era tozuda y el tal Evelio le había sorbido el seso. Aquella sobrina a la que había enseñado a leer y escribir era una rebelde que personificaba el espíritu disoluto del tiempo. De todo sabía y todo lo discutía. Era del temple de las Jimena Blázquez y de Menga Muñoz. No iba a ser feliz ni siquiera con su Evelio. La sensatez no se había hecho para los cascos de la gente moza; ni siquiera para los adultos y viejos. Llenas de ambiciones, colmadas de necesidades y vicios, las gentes de la ciudad y del mundo no tenían cura.

Mientras Dionisia preparaba los puches, relataba Cipriana la voluntad y la bolsa del rey. La había llamado su azafata. Dionisia y el canónigo estaban alarmados y maravillados por el desarrollo de los hechos y la larguezza real. ¡Qué forma tan extraña de desprenderse del oro y de la plata! A ellos les venía como el maná llovido del cielo en pleno desierto. Enigmáticos los designios de Dios para llevar la suerte a sus criaturas los pobres mortales. Inescrutables para los humanos los propósitos de Dios. Sí; el rey era generoso; mas lo reyes no son generosos a humo de pajas. Ni los reyes, ni los nobles, ni el resto de los mortales. Dan a cambio de algo: de lealtades, de servicios... La mente del canónigo entraba primero por los caminos de lo inmediato, de lo palpable. Luego se adentró por las sendas intrincadas de la alta política. Al amor de la sombra de su encina, del oreo de alguna ráfaga de viento menos cálido, en el sopor de la digestión de los puches, el buen canónigo, al igual que su obispo, se quedó dormido.

Dentro de la choza, tendidas al desgaire en el jergón que les servía de cama común, madre e hija miraban al techo de tablas y ramas tapadas con tierra y piedras que les servía de tejado. Miraban el techo y

pensaban. Ilusiones, temores en el ánimo. De pronto Dionisia experimentó el mordisco de acumulada curiosidad. Volvió la cabeza, se quedó mirando a su hija y le preguntó en tono confidencial:

—Dime, hija, ¿cómo es el rey?

—Rollizo y velludo.

Siguió un silencio cargado de palpitan tes curiosidades:

—¿Cómo tiene sus cosas?

—Escondidas en la pelambre.

—¿Las viste?

—Me daba vergüenza de mirar. Era el rey.

—Claro...

A pesar de su insaciable curiosidad, a Dionisia le dio apuro de insistir en preguntas de indudable escabrosidad que podían resultar pecaminosas no sólo para su hija. Pensó, además, que nada iba a sacar en limpio. Quizás Lucía, la del molino, fuera menos mirada. Y otra vez quedaron en silencio.

Otra vez el misterio de la vigas y maderas del techo. Cavilaba Cipriana acerca del empleo de su dinero, cuya posesión tanto la alegraba. La llenaba de emoción, de sueños de gozo, más también su pequeño tesoro le infundía serias preocupaciones, la inquietaba. Hasta ese momento había desconocido qué desazones causaba la posesión del oro. Era seguro que ya se conocía en la ciudad y en sus barrios el golpe de fortuna que le había llegado como caído del cielo, que la gente hablaba de la larguezza del rey de Aragón, que quizás hubiera llegado a oídos de los ladrones. Porque en Avila había ladrones. Intra y extramuros. El de Ajates era un barrio pobre y había ladrones. Gente sin escrúpulos que robaba al primero que pillaba y cometía fechoría tras fechoría. De nada valían los castigos ni la picota. ¡Era tan escaso el dinero! Sólo los señores, los muy señores lo tenían en abundancia. Ellos

estaban en el bosque de encinas, lejos de la ciudad, por donde pululaban los más pobres buscando leña y bellotas, o las espigas en los raros calveros en donde crecían la cebada, el centeno y los garbanzos. Malamente. El dinero podía ser el origen de su felicidad. Con él podía comprarla. Miró a su madre. También contemplaba el techo con los ojos muy abiertos. Participaba de sus mismas inquietudes.

Agobiadas por el calor, madre e hija se sentaron una frente a otra en los extremos del camastro. Cipriana tenía ganas de hablar, pero no sabía cómo empezar la conversación. Dionisia se acariciaba la barbilla con el índice y el pulgar de la mano derecha mientras examinaba a su hija con aire distraído. Como si no la conociera, como si de una extraña se tratara. El dinero, la larguezza del rey, la habían transformado en una desconocida; una desconocida que llevaba su sangre y había sido concebida y crecido en su vientre. El dinero tiene esas virtudes. Puede separar a los seres que conviven, incluso a los que se aman. Si es que a esa facultad o poder se la podía llamar virtud. Contemplaba Dionisia a su hija: ojos de un melado verdoso que cambiaban de color y cutis trigueño. Con su figura moderna de jovencita soltera y distinguida, no la imaginaba viviendo en Niharra. Un mercader de buen pasar, un artesano... Agora tenía el gesto horaño. Con su terquedad, su cara y su figura, hubiera podido enamorar al mismo rey y llevarlo por todos los caminos atado y bien atado. Pero el rey no había parado mientes en ella y el tal Evelio —que no era para tanto—, la traía de cabeza.

—Aqueste negocio tuyu no lo llego a ver claro. Con ese dinero podríamos comprar una vivienda decente en la ciudad intramuros.

—No nos deja don Mendo.

—Pues en Ajates, cerca de San Martín o de San Andrés. Sería un pasar.

—Tu Evelio es un patán que vive...

—Mejor que nosotros. Trabaja algunas yugadas de tierra de su amo.

Pasó Dionisia la palma de la mano por su frente húmeda:

- ¿Y si te quitaran el tesoro?
- Tendrían que matarme antes.
- ¿Tanto lo quieres?

La moza hizo un enérgico gesto informativo con la cabeza que le llevó un mechón de pelo limpio y rebelde a la cara. Con la mano izquierda lo echó hacia atrás.

- Sí, —repuso—.

Dionisia se cohibía. Le salían las palabras con dificultad:

- ¿Habéis llegado a tálamo?
- Me preguntas que si estoy liada con él.
- Más o menos.

Se encrespó la mozuela. Puso su mejor tono desabrido:

—No. Pero eso no quita para que sea mío, aunque no me haya tocado un pelo de la ropa. Me quiere; bebe los vientos por mí. Me ha visto el cuerpo lleno de cardenales y un ojo tapado por un moratón que tú me pusiste. Amoratada y todo le gustaba. Lo que todavía no sabe es que esa paliza y otras más las he sufrido por él.

- Eres rencorosa.

Excitada y pálida Cipriana se puso de pie. Miraba a su madre con ojos de joven y fogosa furia. La inquirió agresiva:

—¿Te quieres aprovechar de mi dinero? ¿Quieres disponer de él? ¿Quién eres tú para hacer preguntas, para escarbar en mis sentimientos y enderezar mi vida?

- Soy tu madre.
- ¿Y vienes a darme lecciones a mí que soy el fruto de tu ligereza?
- Lo que me quedaba que oír.

—¿Con qué derecho te metes en mis cosas?

—Mientras no estés casada, con todos.

—Con ninguno. El dinero es mío y lo voy a pagar por Evelio. Daría más si más tuviera. Me daría yo misma, que todavía no es tarde. Si este dinero se perdiera... Me iría a buscarlo a Niharra.

Señaló hacia la entrada en alusión al tío impedido que dormía bajo la encina:

—Por él no lo he hecho.

Pasaba el tornado. Con las cejas arqueadas y los ojos redondeados, Dionisia se puso de pie descompuesta, estupefacta. Clavaba los ojos en su hija sin saber qué decir:

—Eres mala.

El tornado arrancó de nuevo:

—¿Tú qué sabes? ¿Cómo puedes saberlo si nunca me has mirado porque soy hija de tu pecado? No me quieres. Con todo lo que has padecido y padeces eres una pobre ignorante. ¿Es ser mala defender lo que una quiere? ¿Aguantar? ¿Tener al diablo en el corazón y resistir? ¿Requemarse por dentro un día y otro por no echarlo todo a rodar? ¿Tú qué sabes? Eso sólo lo aguantan las encinas porque tienen las raíces hincadas en la tierra. Las encinas y yo. Y encima resulta que soy mala.

Dionisia se dejó caer abrumada en el jergón y a Cipriana se le saltaron las lágrimas. Con voz quebrada siguió erre que erre:

—Es que tenía que decírtelo para que te enteraras de una vez y dejaras de mandar en mí. Como dice el tío, los pobres son humildes por fuera y soberbios por dentro. Yo soy aquí la pobre y soy soberbia como la pobreza. ¿Qué otro remedio me queda? —Más tranquila y acercándose afectuosa—. Agora piensa en componerte. Vamos a ir a la casa de don Mendo Nuño para que me venda el derecho a desposarme con

quien quiera. Date prisa. Tenemos que hacerlo aquesta misma tarde y pronto.

Don Mendo Nuño y Ajates era el dueño de Ajates, posesión distante algunas leguas de la ciudad. También era el dueño de Fuentes Claras y de la mayor parte del terreno en que se asentaba el barrio del mismo nombre, con excepción de las tierras que había donado a la iglesia para la construcción de parroquias y conventos o monasterios. También había vendido solares a mercaderes y artesanos que allí instalaron sus negocios y talleres. En intramuros los terrenos eran más caros. También tenían mayores servidumbres.

Don Mendo Nuño habitaba una casa nueva, con fachada de piedra sillar labrada en Mingorría. De una sola planta, con su escudo de armas, tenía la construcción sólida, la apariencia y el empaque señoriales. Un patio central con columnata de granito: pozo en el centro con pétreo brocal de una sola pieza; parras y una higuera sombreaban el patio. La mansión se alzaba no lejos de San Andrés, protegida por cerca de granito y puerta independiente de acceso a las dependencias, patio, huerta y corral en los que se afanaba la servidumbre.

Recibió el noble don Mendo a madre e hija sentado en el patio, bajo el techo de hojas en el frescor del pozo y de la sombra de la parra y de la higuera. En tal ambiente —que ni siquiera lo tenía el palacio del obispo—, pensó Cipriana que la mansión nueva, cuidada, era un oasis en el secarral, una delicia que ella nunca habitaría si no era como esclava. Don Mendo Nuño, señor de Ajates, de Fuentes Claras y de otras posesiones serranas y morañegas, era un sibarita con fama de barragán. Se interesó por la salud del canónigo y urgió a las visitantes para que, sin demora, le dijeran el objeto de su visita. Sus siervos y criados tenían la mala costumbre de importunarle con sus peticiones y el relato de sus desventuras. El señor de Ajates también tenía fama de ser estricto en asuntos de dinero: era tacaño. Temía, con fundamento, que la hermana del canónigo fuera a pedirle algo. Abusaba de su condición de sostén del religioso inválido para granjearse el perdón de algún tributo como el de los huevos y pollos que nunca llegaban. Fue la hija

quien tomó la palabra. Con desparpajo y sin circunloquios le planteó la situación: quería a Evelio de Niharra, que la pretendía y del que estaba enamorada. Si antes no lo había solicitado del señor era porque carecía de los medios para comprar el derecho del desposorio.

Enjunto y cetrino, cincuentón y severo el caballero barragán y sibarita, pareció, primero, sorprendido y dubitativo después.

— Ya, me sorprendes y te entiendo. Tu madre y tu tío estarán conformes. Pero no entraba en mis previsiones... mis siervos siempre contrajeron nupcias dentro de la casa. ¿Te faces cargo? Es la costumbre y la norma. Siempre ha sido así. No recuerdo que se me haya presentado un caso semejante. Es la primera vez que me encuentro tal petición.

Cipriana hizo una graciosa genuflexión que el caballero se preguntó donde podía haberla aprendido.

— Perdonad, señor. En nada salís perjudicado si os compramos mi derecho a elegir esposo fuera de la casa.

— Yo vendo o no tal pretendido derecho. En todo caso es potestad del señor otorgarlo o denegarlo. Yo soy tu señor y tengo esa potestad. ¿Sabes lo que es ser el señor y el siervo?

Con humildad inclinó la cabeza Cipriana:

— Lo tengo muy aprendido, señor.

— Mal se compagina con lo que dices. Me hablas de derechos, a mí, que soy el señor de tu vida y hacienda.

— No pensaba ofenderos, señor, y os pido perdón. Creía que por estar escrito en la ley el derecho me asistía y que en nada os perjudicaría.

— No podrías perjudicarme sin pagar lo muy caro. Como siervas sois poco rentables. No me dejais utilidad. Teneis renfas y tributos atrasados.

Con voz doliente intercedio Dionisia:

— La tierra es pobre, señor, y malas las cosechas.

Le replicó don Mendo:

—Cosa rara sería que al fin de año tuviérais buenas cosechas. ¿Las trabajais como se debe? Sois haraganes como todos los siervos. Por otro lado, a tu hija la he visto crecer. En los últimos tiempos, desde mi sitial en la iglesia, he visto que se ha tornado en linda moza. Es agora cuando está en disposición de facer. Y había pensado...

—Señor...

—Había pensado en ejercer con ella *mon droit de cuissage*.

—Señor, no entendemos...

—Es en la lengua del conde don Ramón que en gloria esté. En román paladino se llama derecho de pernada.

Cipriana comprendió que todos los males del mundo se le venían encima. A sus ojos, la figura de don Mendo, negruicio, desmedradillo y escuchimizado, palidecía y se difuminaba al compararla con la de su amado el fornido Evelio de Niharra.

—Entiendo —dijo Cipriana. Y aclaró a su madre, como si ésta estuviera en la higuera—: Es lo que el tío, en latín, llama *ius primae noctis*.

Dionisia no precisó de mayores aclaraciones. El derecho existía y, sin necesidad de invocarlo, los señores lo ejercitaban a diestro y siniestro, a plena satisfacción, sin escrúpulos ni remordimientos. Tampoco era negocio por el que hubiera que espantarse. En todas las casas de la nobleza pululaba un enjambre de bastardos. Bastardos que estaban mejor considerados que los siervos sin mancha. Cipriana, sin embargo, insistió con humildad diplomática:

—Pero yo os compro, señor, mi derecho...

—Taimada es la moza —le interrumpió el señor de Ajates dirigiéndose a Dionisia. Luego con sonrisa diabólica de fauno de los encinares del Adaja, dijo a Cipriana—: Te vendo tu derecho. Pero esa noche de nupcias compartiremos tálamo. Después te llevará tu esposo a la aldea de Niharra. Así quedaremos todos satisfechos.

- En esas condiciones, señor, dudo que él me quisiera.
- Quiere ser el único, ¿no es eso?
- Así es, señor.
- Demasiadas aspiraciones para un siervo. Búscate otro aspirante a esposo dentro de la casa. Tenemos buenos jayanes. No te han de faltar pretendientes si me das un bastardo, yo quedo satisfecho y te dispenso mi protección. Es la mejor manera para poder medrar que puede hallar un siervo. Agora podeis partir.

Dicrepaba Cipriana del parecer de su señor don Mendo. Humilde por fuera, orgullosa y rabiosa por dentro, hizo exagerada y larga genuflexión al de Ajates. Temiendo que le impusiera tamaña servidumbre en cualquier momento, abandonaba la mansión con ganas de llorar por un lado, mientras trinaba por el otro. Quería a Evelio y la ríosidad de don Mendo Nuño se le interponía en el camino y la condenaba a la infidelidad. Con lo que a ella le gustaría criar a sus hijos en el Adaja de Niharra, cerca de Sotalvo, que tenía un señor con fama de bizarro capitán en la ciudad de Ávila. Apenas pusieron los pies en la calle, la moza dijo a su madre:

—Nuestro señor piensa que los siervos, por el mero hecho de serlo, no tenemos derecho a ser felices. Con razón se hizo mi padre salteador de caminos. Vayamos al palacio del señor obispo.

- ¿Para qué?
- Para contárselo todo.
- No nos recibirá.
- Nos recibirá si nos anunciamos en nombre del tío. Don Pedro Sánchez

Zurraquín es brusco, pero tiene buenos sentimientos.

- ¿Qué puede hacer don Pedro?
- Lo que el obispo no pueda, no lo puede nadie. Sabe de leyes y de

derechos; es gran caballero y tiene grande influencia sobre nobles y poderosos. Le pediremos que intervenga en mi favor. Don Mendo no le haría un desaire.

—Tú no conoces a don Mendo. Es señor muy duro de pelar.

En su palacio, caserón de gruesos muros con puerta sólida y blaso-nada, pasado el torpor de la siesta, conversaba don Pedro Sánchez Zurraqún con Blasco Jimeno sobre los graves acontecimientos que se avecinaban para la ciudad. El nombre de don Salustiano Estrada, inválido canónigo, abrió las puertas del palacio episcopal a las dos mujeres. Con moderada brusquedad se interesó Zurraqún por la salud de su baldado canónigo. Escamado por el número de peticiones que diariamente y en todo tiempo le llovían, pensó que Cipriana y su madre llegaban para reclamar un aumento de la asignación que tenía otorgada a su colaborador fidelísimo u otra ayuda.

—Decid —apremió con brusquedad—. No os importe la presencia del señor gobernador.

—Con el dinero que me ha dado don Alfonso I de Aragón —se explicaba Cipriana—, quiero comprar a mi señor don Mendo Nuño el derecho para desposar a Evelio de Niharra, siervo del señor de Niharra y de Sotalvo. Mi señor don Mendo me lo otorga con la condición de ejercer conmigo su *ius primae noctis*.

Lo dijo en latín porque desconocía la lengua de don Raimundo de Borgoña; en román paladino le parecía una expresión ruda para expresarla delante del obispo y del gobernador, y así sonaba más delicado para los oídos eclesiásticos y señoriales. Gobernador y obispo eran personas ante las que había que guardar las formas por ser ambos nobles y caballeros. Obispo y gobernador se miraron sorprendidos por la petición y por la lengua que empleaba la palurda.

—¿Sabes Latín? —le preguntó don Pedro.

—Me lo ha enseñado mi tío.

—La mozalbeta sabe latín, —dijo Zurraqún al gobernador.

—Ya se nota, —asintió Blasco Jimeno con cortesía.

Interesado por los saberes y desparpajo de la mozuela, hallándola resuelta y a cada instante mejor parecida, se la encaró el obispo con buena disposición de ánimo.

—Explica qué es lo que deseas.

—Os suplico, señor, que intercedais a mi favor, acerca de mi señor don Mendo Nuño, para que me venda mi derecho a desposar a Evelio y desista de ejercitar el famoso *Ius primae noctis*. Vos, señor, teneis poder con todos los señores.

El obispo se tomó un instante para reflexionar. Luego, con aspecto dubitativo dijo:

—Es negocio que precisa recapacitar.

—Atiéndame, señor. Es la primera vez que recurro a vos.

—Me recurrés con un embolado.

—Le suplico, señor, que no me abandone en aqueste trance.

—Es una cuestión delicada. Don Mendo tiene fama de mujeriego y libidinoso. Presumo que, apesar mio, en esa gestión, iba a fracasar, a recibir un desaire. Es cuestión delicada, muy delicada.

Fruncido el ceño, Zurraqún se hallaba entre la espada y la pared. El señor de Ajates era quisquilloso en materia de derechos y privilegios, celoso de sus prerrogativas. Lo que más hubiera molestado al obispo es que le diera una respuesta negativa o que desatendiera su petición dando la callada por respuesta. En cualquier caso, un sofón intolerable. Preferible no formular petición alguna.

—¿Cómo te llamas, mozuela?

—Cipriana, para serviros.

—Raro nombre. Sin embargo, en ti no resulta mal. Pues bien, Cipriana; conviene que sepas que el *ius primae noctis* es un derecho que las leyes otorgan a tu señor.

—Un derecho opuesto a nuestra sacrosanta religión y a sus mandamientos, —dijo con descaro Cipriana.

—Astuta es la pobreza, —comentó Blasco Jimeno.

El gobernador y el obispo cruzaron una mirada de inteligencia y don Pedro se tornó hacia Cipriana. Con gravedad repuso:

—Los imperios, las repúblicas y los reinos están ordenados por leyes sabias inspiradas por la sabiduría divina. Todo poder y toda sabiduría vienen de Dios. Los mandamientos son la ley general de Dios; pero ese principio de derecho, el “*ius primae noctis*”, es también obra de Dios. El mal y el bien provienen de Aquél que todo lo quiere o lo permite, de modo que las cosas se ordenen y dispongan con arreglo a sus fines superiores. El “*ius primae noctis*” o derecho de pernada —no temamos a las palabras que expresan usos o realidades, aunque sean malsonantes —es una excepción a la ley general y, como toda excepción, un privilegio que la ley querida o permitida por Nuestro Señor —otorga a la nobleza. No tengas miedo. Don Mendo Nuño no se condena; en el ejercicio de su derecho no comete pecado contra los mandamientos.

—¿Y yo?

—Tú, tampoco. Cumplés con lo que dispone la ley. Otra cosa sería que lo hicieras de mutu proprio.

—Ahora entiendo. Es que vos, señor, me lo explicais muy bien.

Al obispo le cupo la duda acerca de la sinceridad de lo que oía. La jovencita que le hablaba sabía latín. Lo más probable sería que fuera una taimada hipócrita de armas tomar. Pero le caía bien con su nombre raro, su desparpajo y su decisión. Dio por terminada la audiencia:

—Si no estuvieras convencida, te doy por confesada y, desde aques-

te momento ego te absollo. Id en paz y que Dios os bendiga. —Salieron las dos mujeres tras respetuosa reverencia. Indicando a la puerta con la mirada, preguntó Zurraquín a Blasco Jimeno:

—¿Qué os parece la moza?

—Que sabe latín.

—Caso infrecuente y desaconsejable para la mujer en los tiempos que corren.

Con sorna respetuosa concluyó Blasco Jimeno:

—Como veis, don Alfonso de Aragón os crea problemas de conciencia legal y moral.

—Es propio de los curas tener aquesta suerte de problemas. Los Reyes no se los plantean.

—Decíamos antes de la llegada de las siervas del don Mendo...

—Que iríamos a la puerta de Adaja para observar desde las almenas de las torres la cabeza de puente establecida al otro lado del río por las tropas de Aragón...

—¿A caballo?

—A caballo.

La brisa de la atardecida ponía un oreo de trapos animados en el amasijo de míseras viviendas del carcajón de Santo Domingo. Un hervor de moscas y mosquitos zumbaba en el aire y atraía el vuelo raudo de los vencejos en curvas de mágica geometría. Bandadas de negras cornejas anidaban en la muralla. Por encima de alguna nube, transparente en el ocaso, un cielo de raros, bellos y encendidos colores.

A la puerta de los miserables chamizos, aparecían vecinas y vecinos de toda edad y pobre condición. Masa uniforme que sólo tenía en común la miseria —que ya era bastante— y el color pardo de la tierra. Se confundía al hombre con su habitación. Sentados en los pedruscos,

formaban corro viejos y viejas: desdentados, llenos de remiendos, con el sello de las privaciones y de los años, con las huellas de las guerras y de otras desventuras. Había también mujeres rotundas y flacas, prematuramente envejecidas cuando deberían de estar en el vigor de la edad. Niños y niñas, sucios, cubiertos de andrajos o desnudos, jugaban en el arroyo o saltaban al borde de los muladeras.

Negros y silenciosos pasaron los caballeros. Se puso de pie y saludó inclinando la cabeza toda la plebe. Saludan respetuosos a su gobernador y a su obispo. Se fue perdiendo el resonar de los cascos de los caballos hacia el arco del puente.

—Van a echar una ojeada a la cabeza de puente aragonesa desde la cima de los torreones —dijo Pero Albarca.

Se formó un grupo a su alrededor. Pero Albarca, octogenario y con pata de palo, cubierto de alforzas, había peleado como ribaldo a las órdenes de la majestad de Alfonso VI.

Narraba historias fabulosas de los primeros tiempos de la repoblación. De cuando don Alfonso entró en Toledo y vivían en Ávila don Raimundo el borgoñón y su esposa doña Urraca, joven princesa de vivir alegre y desenfadado. ¡Qué doña Urraca! Como si no fuera hija del rey ni esposa del conde de Galicia. Llana como la palma de la mano, se metía en las chozas de los pobres y platicaba con los ribaldos.

—De eso no hace tantos años.

—Una señora como llovida del cielo. No era nada mirada la condesa de Galicia, señora de Zamora y heredera con otros señoríos de las coronas de Castilla y León.

—Apesar de su llaneza, no olvidaba su cuna ni su destino.

—¿Y sus flaquezas?

—¿A eso le llamas flaquezas? Una dama como doña Urraca está por encima de las apreciaciones y costumbres del resto de los mortales. El gobernador y el obispo lo reconocen.

—Los pobres y los mesmos caballeros y clérigos las toleran y disculpan.

—Tales flaquezas y debilidades no igualan a nuestras hijas con la hija del rey.

—Ni a la del siervo con la del mercader.

—Doña Urraca era de otra pasta y nunca se humillaba. Había que estar a sus prontos. En el momento más inesperado se ponía indómita y terrible. Aparecía en ella la sangre de la hija y nieta de reyes.

Pero Albarca hablaba y fantaseaba. Tenía cierta gracia en el decir. De su boca fluían relatos de hazañas caballerescas en batallas y algaradas contra moros y cristianos; historias de rapiñas y saqueos, de ejecuciones y matanzas que no estaban mal vistas en los caballeros que, por medio del botín, se procuraban el sustento y allegaban riquezas. Era la ley del más fuerte. Igual que los bandidos que asaltaban las caravanas a lo largo de carreteras y caminos entre villa y ciudad, entre burgo y aldea.

Caballeros y señores se despojaban y mataban los unos a los otros con tal de que figuraran en reinos o bandos distintos y, a veces aun perteneciendo al mismo reino o bando.

Siempre había motivos para la discordia, la pelea y el saqueo: las orillas de los caminos estaban sembradas de árboles de los que pendían los cuerpos de los ajusticiados, autores de alguna fechoría. Era la ley. Entre las sartas de los ahorcados figuraban en ocasiones los cuerpos de ribaldos, caballeros y hasta el de algún capitán intrépido.

En el corro, esa tarde, también se habló del tiempo. Sancha Sánchez, rostro de arrugado pergamo aseveró:

—En mis muchos años no he conocido agosto de tanto calor. Está una mala. Allá dentro, nos cocemos con chinches y pulgas.

Cristina Dávila. Cuarentona y gorda, velluda de negro bigote y esclarecido nombre, afirmó rotunda:

—Sólo hace fresco dentro de las iglesias. Allí se respira. La catedral es una bendición de Dios.

—El mejor sitio de todos —reconoció Miguel de Ajates, barbero y quirurgo retirado, de lacia barba y sucia crin.

Pero Alberca paseó sus ojos de mirar cansado por las caras del corro. Dijo con añeja solemnidad:

—Yo he visto crecer la catedral sobre las aguas de una laguna. Con sillares antiguos. Y a la muralla. Ambas empezaron a alzarse sobre ruinas con viejas piedras. Han ido creciendo poco a poco, año tras año bajo la férula de los capataces. Allí dejé sudor y esfuerzo, muchas penas. Otros dejaron su vida. Ávila, ciudad, muralla y templos, han crecido con la sangre de sus hijos.

—También puso sus piedras el botín de la guerra —corrigió el quirurgo.

—El botín de la guerra está por donde quiera que mires —dijo Pe Albarca.

—Sin él la ciudad estaría desabastecida —razonó el barbero.

Expresaba así su convicción acerca de la necesidad de la rapiña en materia de rebaños y otras subsistencias.

Pero Albarca señaló con huesudo índice negro y mugriento las huertas y corralizas del otro lado del cárcavo donde, en pedrizas y bancales, en eras, crecían coles, lechugas, cebollas y pepinos, a la sombra de membrilleros, manzanos, higueras y algún otro frutal:

—No eches en saco roto esas huertas ni los frutos del Valle de Amblés.

A Cristina Dávila le gustaban los relatos de Pero Albarca. Le preguntó:

—¿Es cierto que los primeros repobladores roturaron tierras vírgenes?

Los ojos cansados de Pero se demoraron en la contemplación de la cara redonda de la Dávila:

—¿Qué se entiende por tierras vírgenes?

—Las que no han conocido reja de arado, —pienso yo.

—¿Un bosque de encinas o de pinos es tierra vírgen? —siguió inquiriendo Pedro Albarca. —En aqueste negocio hay muchas fantasías. Las tierras de Ávila son más antiguas que los repobladores. Cuando ellos vinieron ya estábamos aquí algunos de nosotros. Antes hubo otros. ¿Cómo voy a saber yo si las tierras de Ávila eran vírgenes o no? En algún tiempo lo fueron. Yo conocí aquestos encinares y algunos más. También los pinos. Antes, lo mismo que agora pastaban en ellos las cabras, las ovejas y el marrano. Eran del común, como los pastos. En el encinar comían juntos la bellota el marrano salvaje y el jabalí. En él fallabamos caza.

—¿Y el labrantío, los primeros sembradores?

—Son de otros tiempos. Ahí están el Valle de Amblés, el Adaja y el Grajal con sus regadíos.

—¿Las tierras del secano, del trigo y del centeno, del garbanzo y de la almorta?

—Siempre las mismas. Con la repoblación llegó la tala de la encina y la del pino. Donde agora no los hay, antes los hubo. La repoblación repelió también a los antiguos moradores de la ciudad, moros y cristianos, a las afueras de la antigua cerca y a aquesta carcava, a la parte baja del Cucadero. A los moros, donde están: en las laderas en torno a Santiago y San Nicolás. Así estaban más cerca de sus cultivos hortelanos del Grajal y del Adaja.

Cristina Dávila no daba su brazo a torcer:

—Sigo pensando que la tala del bosque abrió el camino a los primeros sembradores. En el pedregal crecen el centeno y la cebada.

—En los sitios húmedos lo que ves: pimientos, cebolla y alguna tabla de pimiento picante, guindilla...

—¿Qué quiere decir repeler? —inquirió Cristina mirando recta a Pero Albarca.

Se explicó éste con rostro satisfecho:

—Echaron de sus viviendas a los antiguos moradores para meterse ellos.

—Me echaron y me hice ribaldo.

—Los males nunca vienen solos —sentenció Sancha Sánchez—. Llegó la miseria. Después la hambruna y las epidemias. Luego las revueltas. Nunca hay paz.

—Para que no nos falten la intranquilidad y el agobio, agora llega el rey de Aragón que quiere quitarnos al rey niño, —se lamentó Cristina Dávila.

Engalló Sancha Sánchez el ganchudo perfil de rapaz y miró a su coetáneo

Pero Albarca:

—¿Es cierto que se lo quieren llevar al hijo de doña Urraca?

—Si no se da, pondrán asedio a la ciudad.

—Nos faltarán el agua y el pan.

—Nos faltará todo, —aseveró el barbero.

—Eso y peor podría esperarse. Finalmente asaltarían la ciudad y nos pasarían a cuchillo. Dicen que sobramos gente.

—Aguafiestas estás. Nada más oirte se me abren las carnes.

—A ti que las tienes. A los que sólo tenemos el pellejo encima del güeso se nos ponen los pelos de erizo.

—Ojalá todo quedara como cuando Jimena Blázquez que, con tan buen ardid, engañó a los moros que venían del puerto de Menga.

Se impuso el parecer del antiguo ribaldo:

—Aquesto no es una algarada. Al rey de Aragón no se le engaña con un truco. Es gallo peleado y con muchos espolones y tiene partido entre los mismos castellanos. No es hombre que se lleve el aire. Tiene nombradía y fama de batallador. Si no se anda con miramientos con la reina su esposa, menos se andará con los sus enemigos.

—Malhaya el rey de Aragón que no nos deja la paz, —exclamó Sancha Sánchez.

—¿Qué le habemos fecho? —preguntó la Dávila.

—A cuenta de la gobernación de los reinos, andan desavenidos doña Urraca y su esposo. Ella huye dél como de un apestado. Primero se refugió en Galicia y luego, por lo que cuentan se vino a León y Zamora.

—Diz que anda escondida por míseras aldeas de Castilla. Nuestros nobles decidieron acoger a la reina y a su hijo. Allá que se fue en su busca nuestro regidor Blasco Jimeno, —explicó el barbero.

—Pero regresó sólo con el infante.

—Cosa rara. ¿Por qué no trajo a la reina?

—Seguro que el esposo la tiene presa en ignorada mazmorra.

—Podían preguntar a los astrólogos, a una vidente.

—El concejo y la nobleza se disponen agora a defender al rey niño, —dijo el barbero que presumía de información precisa.

—Es lo que asegura el ferrón, que tiene trato con los caballeros.

—Que sea bien para todos lo que Dios quiera, —dijo Cristina.

Sancha Sánchez se santiguó y concluyó:

—Que se haga su santa voluntad y nos coja libres de pecado.

En el cielo de la ciudad aparecían las primeras estrellas y se ordenaban planetas y constelaciones. Calle arriba resonaban los cascos de los caballos del gobernador y el obispo. Las campanas de Santo Domingo tocaban el Angelus de la tarde.

VII

Perfectamente resguardado por la muralla, el alcázar, que dio cobijo a doña Urraca y a su esposo el conde don Ramón, era un edificio sólido aunque de pobre fábrica y carente de méritos arquitectónicos. Aguantó sin dignidad el paso de avatares y siglos y cayó derruido por la piqueta del tiempo. En su patio se reunió lo más granado de la nobleza abulense. Los caballeros hallaron en él lugar apropiado para entrenarse en las artes de la guerra y adiestrarse en el manejo de ciertas armas. Algunos años antes que el palacio episcopal o del rey niño, fue derruído entre lamentos jerémicos sin pena ni gloria.

Tras la visita a la puerta del Adaja o del Puente, Blasco Jimeno, jefe militar y político de la ciudad, reunió en un salón, amplio y destartalado, a las principales cabezas de la nobleza y de los caballeros de la ciudad. Les habló con voz reposada:

—La experiencia nos ha enseñado que cuando se empeñan batalla o guerra hay que hacerlas para ganarlas. En términos políticos, la población de nuestra ciudad no está en condiciones morales para sopor tar un asedio —que puede sobrevenir—, no ya de larga, sino de mediana duración. Desde que aquellas murallas empezaron a levantarse, Avila no ha padecido ataque ni asedio alguno. Siempre hemos sufrido escasez de agua, mal al que no hemos sabido poner remedio. Las fuentes y pozos son escasos. Todos sabemos de las filas de hombres y mujeres que van a buscarla al río a cualquier hora del día. Por otra parte, en los últimos tiempos, en lugar de menguar, se han recrudecido las de-

savenencias entre los estamentos de la población y los ánimos se encanan de más en más. No ha mucho nos vimos precisados a privar de sus puestos en el concejo a los ruanos que alzaban a los serviles contra nobles y caballeros. Tuvimos que cerrar el paso a las pretensiones en los villanos y prescindir en la vida concejil de la colaboración de artesanos, labriegos y mercaderes.

Lópe Núñez, miembro del concejo apesar de su juventud, corroboró:

—Han sentido sobre sus espaldas el peso de la autoridad. Purgan la necesidad de sus ridículas pretensiones en las afueras de la cerca.

Continuó el gobernador, su tío:

—Como castigo, la mayoría de ellos fueron obligados a abandonar sus casas, y privados de bienes y fueros, tuvieron que establecerse en los arrabales. Sacamos del recinto amurallado el caballo de Troya. Agora, con la presencia del rey de Aragón, los perjudicados se remueven; escondidos, reviven inapagados rencores y supuestos gravios.

Dijo el obispo:

—Afilan sus cachicuernos cuchillos, que sirven para todo, en el basamento de la cerca.

—Lo cual fortalece el patio del esposo de doña Urraca. Hay muchos, dentro y fuera de la cerca, que comulgan con las ruedas del molino aragonés, —advirtió Esteban Domingo.

Siguió con su tema el regidor político y militar:

—Con la expulsión del concejo de ruanos y villanos, desaparecieron las discusiones y graves disparidades. La autoridad del concejo quedó robustecida (la voluntad es una, y una la voz dē mando), pero se ha debilitado nuestro apoyo en la totalidad de la población. En lo político somos más débiles de lo que dicen las apariencias para soportar un largo asedio. Debo decir que el Batallador esgrime un derecho de tutela sobre el infante don Alfonso que, seamos claros, algunos nobles le reconocen y la mayoría le niega.

Hizo una pausa el gobernador para pasear su mirada por las caras de la audiencia y captar la impresión de sus palabras por las expresiones en los rostros. Pausa que Zurraqún aprovechó para decir:

—Nosotros defendemos los derechos de nuestra señora natural, los de su hijo, y la independencia de Castilla de todo poder ajeno. Recuerdo mi última exhortación a los caballeros que fueron armados en la iglesia de Santiago:

“Se llamará avilés en esta tierra
al que más hábil es para la guerra”.

Señaló el gobernador a un pergamo enmarcado que colgaba en la pared de la entrada, escrito en caracteres góticos y dijo:

—Los caballeros que sepan leer, lo hallarán familiar. A los que no sepan, se lo recuerdo:

“Antes finqueis muertos que fuyades.
El home noble non ha de facer tuerto
por cosa alguna. Otrosí que seades
amparo de cualquier dueña e
doncella que socorro vos demandare,
fasta lidiar por ella en
siendo la demanda justa”.

Continuó el obispo con eclesiástico empaque de tintes guerreros:

—Nuestros nobles y caballeros llevan grabada en el ánima la impronta de lo que reza en el pergamo. Es nuestra, la hemos hecho nuestra los nobles avileses desde los tiempos primeros de don Alfonso VI y del conde don Ramón. En el negocio que nos ocupa tenemos doncella, dueña y demanda justa por las que lidiar: la doncella es nues-

tra ciudad virgen, cuya cerca y honor jamás han sido hollados ni mancillados por atacante ni enemigo oculto ni declarado, desde el momento mismo en que se emprendió su reconstrucción. Nuestra dueña es la reina de Castilla y León, nuestra señora natural doña Urraca, y su hijo y heredero el infante don Alfonso. La demanda justa es la independencia destos reinos y el respeto a los privilegios de su nobleza y caballeros que —el hoy esposo de doña Urraca, con ambiciosas y químéricas miras— desea anular y someter al cetro aragonés.

Se habló de los 60 caballeros ofrecidos como rehenes. Consideró el concejo peticiones y razonamientos con detenimiento y aristocrática democracia. Concluyeron que en modo alguno se podía poner en peligro la seguridad de la ciudad, privándola del concurso y presencia de sus avezados combatientes veteranos. Por otro lado, 60 jóvenes caballeros eran la promesa de un futuro estable, acaso hasta brillante y glorioso para la Avila de los años y siglos venideros. A pesar de la reconocida fecundidad de las damas, la mortandad era grande, y no estaba la ciudad sobrada de donceles y la nobleza se veía obligada, por las necesidades de la guerra, a recurrir a los estratos inferiores de la sociedad para que, los mejores, ocuparan los huecos que dejaban vacantes los combates en las filas de la caballería. Se decidieron por la mitad y nítid y que, en cada mitad se eligieran 30 caballeros por sorteo. Morir en la empresa era un honor al que los caballeros no renunciaban con facilidad.

Don Mendo Nuño, señor de Ajates, subió al estrado y habló brevemente con Blasco Jimeno. Solicitaba el honor de ser excluido del sorteo y figurar entre los 30 rehenes veteranos. En parecidos términos se expresó el joven Lope Núñez. Ambas peticiones fueron rechazadas por Blasco Jimeno, quien les rogó que se atuvieran a las decisiones del azar.

Tenía el obispo por norma no dejar pasar la ocasión que se le deparara para hablar de la fe, del dogma y de la moral. Tres cuestiones preocupantes y de vivia actualidad. Pensaba que cualquier momento era bueno, y aquella circunstancia aprovechable para tratar de enmendar la marcha de las costumbres relajadas, maltraídas y peor llevadas.

En aquellos tiempos el pecado y sus ocasiones se multiplicaban en la ciudad de día en día. Obispo, mitad monje y mitad guerrero, don Pedro Sánchez Zurraqún conocía bien a guerreros monjes y abades. También al resto de la clerecía; a nobles, caballeros y ribaldos. A toda gente de armas. Con la autoridad propia de eclesiásticos y guerreros dijo:

—Dediquemos unos momentos a reflexionar sobre el estado de las costumbres en nuestra ciudad y pensemos que no hay males aislados. Se dan la mano los unos a los otros. El mal vivir continúa sin tener enmienda. De manera especial la concupiscencia de la carne en que muchos se recrean y que algunos llaman el amor desordenado. Y tan desordenado, con tanta desmesura. Desde luego, no es cosa nueva. Viene desde los tiempos de Eva. Pecado que el Creador del mundo castigó sacando a los pecadores del paraíso terrenal obligándolos a ganar el pan con el sudor de su frente y, en lo que toca a la mujer, a parir sus hijos con dolor. En esa concupiscencia o amor desordenado está la fuente de que manan todos los males y sufrimientos: las discordias entre matrimonios, entre padre e hijos, entre hermanas, entre hermanos, entre familias enteras, entre amigos y amigas, entre vecinos y vecinas. De las discordias resultan los homecidos, robos, asesinatos y toda suerte de fechorías y escándalos. Es una cadena sin fin con ruina moral, peleas, guerras, luchas, penas y perdición de bienes. Hemos tratado aquí de un ejemplo; de un ejemplo viviente que nos escandaliza, preocupa y afecta a nuestras vidas. Un caso descollante, desencadenante de luchas intestinas, muertes y guerra. La incontinencia de la realeza, como toda incontinencia, tiene infiustas consecuencias. A fin de cuentas, ¿qué es el amor desordenado? Sencillamente el amor que se sale del orden y marco establecidos por Dios, por sus Mandamientos y por su Iglesia: el amor salido de madre que se salta todos los límites —no quiero fablar del nefando pecado de sodomía—, y nada ni nadie mira ni respeta. Curémonos del amor desordenado, hermanos. No respeta los preceptos divinos, ni a Dios ni a sus ministros. El abominable pecado de la carne es la perdición de las almas. Pecado del que no están exentos la nobleza ni la caballería, que deberían dar ejemplo de virtudes y de piedad genuinas. Me duele tener que reconocerlo como hombre,

como noble, como cristiano y como obispo; pero es así. Ni siquiera los clérigos escapan a tan deplorables influencias y nefastos ejemplos. ¡Guay si fablaran las sacristías y los muros de los templos! ¡La mujer! Guardaos una mil veces de la mujer. Ella es culpable. A tanto han llegado el decaimiento y el abandono que a mozo sin edad y a viejo fuera de ella aman las mujeres enloquecidas, desnortadas, perdidos todos los sentidos menos el del placer que las ata al pecado y las condena. No se puede decir agora que el home virtuoso ve visión, que exagera. Avergüenza contarlo y enumerar casos. El amor desordenado es el pecado por excelencia. Ya no se guardan fueros, ni leyes, ni amistades, ni parentescos ni compadrazgos. El desmadre. Todo va de mal en peor. Nadie face caso, desde el grande al pequeño, desde el gordo al flaco es-cuchimizado. ¿Cuántos matrimonios se desfacen si no de fecho, sí de derecho? Podíamos contar, hermanos, mesmo entre las familias de la nobleza. Y si los nobles dan malos ejemplos, ¿qué podemos pedir a nuestros criados y siervos? ¿Cómo podemos pedir a animales cuando, además, tienen que pagar por el casorio lo que le piden el abad i el arcipreste? Y les falta para comer, hermanos. "Non farás fornicio ni luxuria cometerás", nos reza el séptimo mandamiento. Nadie lo acata, todos los burlan. ¿Cómo no? Vengan justas y torneos para lucimiento de doneceles y caballeros. Vengan toros y agasajos donde se muestra el bien calzar y mejor vestir; que no con otra mira se facen esas diversiones que la de despertar los apetitos de la carne. ¿Qué decir de tanta gala como, por un quítame allá esas pajas, se facen por doquier? Tañeres endiablados con coplas salaces convocan a bailes y danzas en los que todo es ocasión de pecado y lícita incitación luxuriosa. Tantos fechos deshonestos de luxuria que no son para contar.

Hablaré también del mandamiento nono por su relación con el séptimo. "Guardarás la mujer de tu vezino como la tuya misma". Andad, guardalla! Miremos en torno nuestro, en nuestra rua, en nuestras casas mesmas. ¿Qué vemos? ¿Cómo guardan los amantes a las mujeres de los vezinos? No hay Dios que las guarde; es que no puede. ¿A ver cómo? Peligroso es el fuego cabe la estopa.

“Fuego es el hombre,
la mujer, estopa,
viene el diablo y sopla”.

Ya está la hoguera prendida. Así vemos que a todo hombre malfachado, con defecto o mal formado, por birria que sea, no le falta mujer fermosa, y menos si es caballero abundante en dinero. Cuiden el padre, el marido y el hermano de no llevar a su casa home lozano, mozo o fermoso. Sin olvidar que el hombre es como el oso. Y que donde las dan las toman. Todo esto por no fablar de monjes, frailes y abades que son aves rapaces. Aquí te pillo, aquí te mato. Que en lugar de flagelarse con buen cilicio mientras rezan salmodias bíblicas, se dedican a folgarse con feligresas y damas de buen ver y mejor acontecer.

Hizo una pausa el buen obispo Zurraqín para respirar. Siguió con cálido celo apostólico, preguntando:

—¿Qué diríamos de la mujer casada y solitaria?

El mismo se dio la respuesta:

“Tal escudero está en la frontera
e tal le da en la mollera”

Que no hay conde ni duque, ni rey ni emperador, ni ningún otro señor que, vista mujer fermosa, no piense en otra cosa, y su poderío non faga para la ver alcanzada. Empero sí, que las propias sean bien guardadas; nadie se enamore dellas, si no, muera quien lo osare. Para ellos son francas tierras, como el caballo del caballero, el cual pacer podía allí donde bien quería. Es así que, de lo suyo, son muy celosos guardianes y, francos para lo ajeno, no miran los sus demanes.

Atónita escuchaba la concurrencia tan fogosa arremetida. Pero ya antes de que se rehicieran de la sorpresa de la tirada, atacaba el obispo en otro frente:

—Sobre nuestra ciudad amurallada se ciernen peligros sin cuento. Estamos aquí agazapados en el primer estribo de la gran sierra de Gredos y nos azotan todos los vientos, vengan del llano o de la montaña. Don Alfonso VI y don Raimundo de Borgoña acorazaron de piedra nuestra ciudad contra los malos vientos de la guerra. También contra los del pecado, dotándola de buen número de iglesias, conventos y abadías. Pero los aires del pecado son muy sotiles, remontaron la cerca, se colaron por el almenado y entraron en las costumbres por las rendijas de los sentidos. Hoy, Avila, que debiera ser casta y alegre, es una ciudad triste, huraña, fría y desconfiada, amargada por la carga de los pecados y los vicios. Se respiran en ella los olores mefíticos de la luxuria, de la envidia, de la gula... Buscad a Eva en el origen de todos nuestros males. La lujuria, la carne, el amor desenfrenado. Al lado de la lujuria, dándole la mano, está la gula, la desordenada apetencia por el buen yantar y desmesurado comer los esquisitos y sólidos o delicados manjares: los buenos capones cebados, las perdices, pollos y codornices, los pichones, (ave que vuela a la cazuela), los ansarones, el cabrito, la vaca y el carnero, (de la mar, entre todos los peces, el mero, y de la tierra, el carnero). Y del puerco, el buen tocino veteado con huevos fritos, el jamón de cerdo bellotero, el chorizo, el morcón y los otros embutidos, ¿no son otros tantos motivos y ocasiones de pedo y de pecado? Me pongo a mencionar la fruta que tanto tienta: las ciruelas pasas y del tiempo; las guindas y cerezas, encarnadas y tan apetitosas ellas, los albérchigos y duraznos con el melocotón; los higos y brevas y la uva de las cinco villas y de los lugares del Alberche; las peras vinosas de la Vera; las manzanas y tantas otras frutas que con atractivos colores, olores y sabores, son objeto de irresistibles tentaciones para glotones y espíritus débiles. No quiero dejar de mencionar a la carne y a la fruta, en el estímulo que lleva a la gula. Para el goloso —¿qué comilón no es goloso?— tentación terrible son las hojuelas, huesillos, bartolillos y pestiños; las rosas de buen vino, hornazos de pascua, tortas de aceite y de manteca con chicharrones, buñuelos, mantecados, mazapanes de almendra y alfajores morunos. Y la miel sobre hojuelas con nueces.

De la envidia, pecado que os corroe, hablaré en otra circunstancia,

que por hoy creo haberme excedido en el tiempo, por lo cual espero de la benevolencia y espíritu cristiano de nobles y caballeros me sepan excusar tan larga reflexión. Momentos graves, de prueba, nos aguardan. Para frontarlos con dignidad y entereza debemos preparar nuestro ánimo. Que Dios y la Santísima Virgen nos ayuden, refuercen nuestro coraje y nos dispensen su divina protección. Recemos el santísimo rosario en desagravio al Señor, de su Santa Iglesia, y para que nos ilumine con su luz librándonos de caer en las tentaciones.

Tras el rosario, Menga Muñoz, acompañada de una dueña, se fue a ver a la adivina que vivía en la calle de la Cuchillería, próxima al alcázar. No era que vacilara su fe, bien sabía Dios que no. Sencillamente le parecía que todo era descabellado, que las cabezas rectoras se habían llenado de humo, que por todas partes se había perdido la noción de la cordura. La gente deseaba la guerra, matar o que los mataran; acaso pensaban que ellos no podían morir. Tenía su esposo, sus hijos tan valerosos, tan caballeros, tan abnegados. Todos ellos estaban en peligro. Sólo Dios podía decidir, pero si ella pudiera conocer los deseos de Dios... Iba a la vidente para que le predijera el porvenir inmediato de los suyos, de los caballeros, de la ciudad. A veces, los videntes acertaban en sus premoniciones, leían en las sombras del misterioso libro de los astros y en los sinos de las personas.

Por un largo patio llegó hasta la morada de la maga. Era un cuarto misero, oscuro y nada limpio con un orden calculado. Tras una mesa de tres pies de escasa altura estaba la adivina de grandes ojos brillantes tocada con pañuelo negro. Le pidió que se sentara en un taburete y le echó sus cartas. Consultó a continuación mapas astrológicos. Nerviosa, la urgió Menga Muñoz a que le dijera lo que veía. Al fin habló la hechicera mirándola con extraña fijeza:

—¡Guay señora! Males horribles se ciernen sobre la ciudad. Veo el cielo conturbado por las locuras y maldades de los hombres. El movimiento de las estrellas y la conjunción de los planetas predicen sanguinarios augurios.

Desconfiada le preguntó Menga Muñoz;

—¿Cómo los planetas pueden interferir en la vida y en la suerte de los hombres, de una familia, de una ciudad?

—¡Ay, señora! Como la luna levanta a su paso las aguas del mar, de los ríos y de los pozos. Bien sabeis que en el mar las levanta de modo más visible dando lugar a lo que llaman mareas. Y los vientos como el mistral y la tramontana que arrastran soplos de muerte, que llevan a las gentes a poner fin a sus días. Mis cartas y mapas, el comportamiento de las aves, grajas, halcones y buhos, anuncian extraños sucesos de muerte que se amontonan como nubes de negra tormenta.

Dijo Menga Muñoz impresionada:

—La noche pasada, por tres veces maulló el gato negro en el tejado del alcázar.

Y la bruja:

—Veo manchas de sangre. Mucha sangre derramada. Cuerpos mutilados, lanzas y hachas ensangrentadas.

—¿Cómo?

—Es lo que veo, señora. Guardaos y guardad a los vuestros. Y a la ciudad de los malos hados.

—¿Cómo conjurar aquestos males que me anuncias?

—Eso no está escrito en las cartas celestes.

—Me dices los males, pero no los remedios. Entonces, ¿qué poder es el tuyo?

—Predigo lo que veo, señora; lo que está escrito en las tinieblas.

—¿Mi esposo, mis hijos?

—Están en el vertice del inmenso remolino que comanda los astros y las acciones de los hombres.

Menga Muñoz dejó una moneda de plata sobre la mesa y se levan-

tó. En el callejón, recostada contra la pared, halló a su dueña. Seguida por ella tornó a su casa, pensando que tal vez la hechicera se equivocaba. En muchas otras ocasiones, arúspices y quiromantes, astrólogos y oráculos, fallaron. ¿Por qué no agora? Por encima de las locuras de los hombres, de predicciones y de hechicerías estaba la voluntad de Dios.

A la mañana siguiente, a plena luz del día, en una claridad gloriosa, por el postigo de la Mala Ventura, uno a uno, salieron 60 caballeros. Damas y nobles, caballeros serranos y plebe, los vieron salir y desfilar desde las almenas de la muralla. En fila, por el estrecho sendero del Rastro al pie del basamento de la cerca. Avila estaba triste, con siniestra premonición. Pero las piedras de su cerca resplandecían como el oro.



Institución Gran Duque de Alba

VIII

Cundió por la ciudad la nueva de que el rey de Aragón, Alfonso I el Batallador, y el rey niño, se iban a entrevistar al pie de la catedral, por la puerta del Peso de la Harina, a la hora del mediodía. El rey de Aragón y el infante don Alfonso se conocían. En diversas ocasiones habían convivido bajo el mismo techo, aunque de manera breve y esporádica. No eran aquellos tiempos en que majestades y altezas se recrearan en amistosa convivencia ni en pura contemplación recíproca. A don Alfonso, infante, lo conocían en la ciudad; a don Alfonso I de Aragón —cuya tienda distaba más de media legua del pie de la muralla—, no lo conocía casi nadie. Si acaso, algún campesino despistado dos mozalbetas afortunadas que supieron de su larguezza y de su espíritu justiciero por golpe de fortuna. No hubo más afortunados que consiguieran verle de cerca. Tal vez alguno, de refilón y a lo lejos. De él se contaban historias... Decían que había osado maltratar de palabra y obra a la reina de Castilla y León. Secretos de regia alcoba. Por su parte, la reina no le tenía ningún respeto al rey batallador por rudo que fuera. Entre los nobles se decía que las regias batallas conyugales eran épicas. A doña Urraca no había autoridad que la metiera en cintura. Tenía el temple de los nobles aceros y, para autoridad, la suya, que era grande. Tenía poder para tejer y destejer la historia a su capricho, adorándola con absurdas y brillantes fantasías.

En la ciudad (5.000 o 6.000 habitantes), la curiosidad acerca de la persona del rey no reconocía límites ni estamentos. Se extendía por las

distintas clases sociales desde la dama de linaje y encopetada hasta la humilde melonera que destripaba terrones en las arriscadas tierras que rodean la ciudad. ¿Cómo era el esposo de doña Urraca? Había damas que recordaban con arrobo la gallarda apostura y la nobleza de rasgos de don Raimundo de Borgoña, que tampoco aparentó estimar demasiado a su versátil doña Urraca. El Batallador las intrigaba. Se decían tantas cosas de él: de su gallardía y apostura, de su sagacidad política y ambición desmesurada, de su valentía y destreza de pelear, de su larguezza y generosidad, de su despiadada ferocidad, de su frío e inclemente espíritu justiciero, vengativo y cruel. Conjunto de cualidades que, todas en su persona, hacían atractivo para las damas al rey de Aragón. Una de sus amantes, alta dama de la nobleza francesa, había dejado escrito: "Con él nunca puede una estar segura. Siempre se experimenta la gozosa y empavorecedora sensación de tener el cuello bajo el filo glacial del hacha". Y las damas abulenses se lamentaban: "Nadie sabe nada de él, cómo es. Sólo esas dos pazguatas de mozuelas han tenido la ocasión de verlo bien, de palparlo, y resulta que las muy memas no se han enterado de nada. Ni saben decir cómo es, las muy bobas; como si estuvieran en el limbo".

Esa mañana de verano de triste recordación, los lienzos de la cerca comprendidos entre las puertas de San Vicente y del Alcázar frente a San Pedro, se vieron asediados por el gentío: labriegos, libres y siervos llegados de las aldeas y fincas de cuatro leguas a la redonda, se habían unido a los moradores de Ávila. Las damas de la nobleza ciudadana y serrana, vestidas con sus mejores galas, lucían oscuros vestidos bordados los pectorales con hilos de plata y oro; los vuelos y bajos de las faldas con amplias cenefas de sedas multicolores sembradas de puntos y bodoques de los mentados metales. Se acomodaban las damas entre las almenas luciendo pañoletas charras y vistosas sombrillas para preservarse de los duros rayos de un sol riguroso. De justicia, lo llamaban.

Más sobrios, como lo requería la circunstancia, los caballeros y donceles pululaban por los caminos de ronda, a espaldas de las damas, a ver lo que caía. En la sociedad avilense de los tiempos del rey niño no todos los días se presentaban la ocasión —vituperada por el obispo—

para que nobles e hijasdalgo se exhibieran; para que damas y caballeros se vieran, se cruzaran miradas apasionadas o de connivencia, se hablaran con el debido respeto y cortesía como mandaban las reglas de caballería, y también, con el debido disimulo, se establecieran furtivos contactos, amables y prometedores coqueteos, roces enardecedores que despertaban las apetencias de la carne tan denostada por el obispo Zurraqín en sus sermones y filípicas. La carne, origen de noches en blanco, de sueños arrebatadores poblados de las más bellas y pecaminosas imágenes. Así, en tales actitudes y menesteres esperaban damas y caballeros la llegada de don Alfonso I el Batallador. Que quizás no fuera tan fiero ni tan cruel como lo pintaban. Entre bromas y miradas, roces y chicoleos, discurría el tiempo en los altos de la muralla bajo un sol achicharrante. En los bajos transcurría de forma parecida, pero a lo patán. La plebe mostraba menos miramientos y mayor desfachatez. A veces se oía el golpe seco de algún bofetón o se percibía el gesto dolorido correspondiente al pisotón o a la patada con zuecos de madera. También se escuchaban palabrotas capaces de ruborizar a un ribaldo, lindezas de las que los caballeros excusaban a los oídos de las damas.

Tres mil o cuatro mil personas —las autoridades no alcanzaban a calcular— se apretujaban en masa frente y a lo largo de la muralla, personal al que las milicias del concejo y un grupo de caballeros con escudo y lanza mantenían a raya con duro ceño y eficaces advertencias.

En atención al rey de Aragón, el concejo había dispuesto que los caballeros de servicio en las tres puertas de la muralla y los mantenedores del orden frente a la plebe, se embutieran en sus armaduras de guerra. En el fondo, no sólo para honrar al rey, que venía a ser como un extranjero peligroso, sino también para contener a la plebe. Nunca se sabe a qué atenerse con ella, por lo que resulta aconsejable tomar precauciones.

Hacía calor, mucha calor que crecía a medida que avanzaba el día. El gentío se secaba el sudor con el dorso de la mano y se respiraban raros efluvios. Los caballeros se cosqueaban en el interior de sus armaduras bañados en sudor. Las bruñidas caparazones de acero quemá-

ban al tacto. Pero un caballero lo sufría todo por su honor y por su dama. Ese día, se cocían en su salsa.

Por lo que pudiera suceder, Alfonso I de Aragón y su escolta abandonaron el campamento a los doce en punto, embutidos en sus armaduras. No se fiaban de los avilenses, y los aragoneses eran rudos y sufridos. En las primeras casas de la parroquia de San Vicente, vecinas y vecinos se asomaban temerosos a las ventanucas o mostraban las cabezas por encima de las bardas de los corrales y familias enteras hacían genuflexiones o se arrodillaban humildes al paso del monarca, precedido de esplendorosos gallardetes ensartados en plateadas lanzas. Algunos mocosuelos, desoyendo los mandatos paternos, se levantaban y acercaban al cortejo real y lo seguían corriendo descalzos sobre el estiercol y las guijas del suelo. En algunos puntos del recorrido se iniciaron tímidos aplausos.

Desde la puerta de San Vicente, en línea paralela a la muralla, al paso lento y majestuoso —cual convenía al acto— de su caballerías, el rey y su séquito siguieron el breve camino hasta el cimborrio de la catedral. Allí, en breve descampado, estaba acumulado el grueso del gentío que esperaba impávido bajo el sol desde hacía horas. En primera fila estaban las dos mozuelas que, en el río, habían servido de azafatas al rey. Al pasar las reconoció el monarca, aunque se habían embellecido para la ocasión. Al ver al rey, Cipriana y Lucía se estrecharon las manos con cierto escalofrío y expresión de contento. El monarca les hizo el mismo caso que a una mosca. “Nos ha reconocido”, exclamó exultante de alegría Cipriana. Embutido en hierro de pies a cabeza, tenía don Alfonso I un aspecto imponente. Relucía la armadura con destellos de acerados pavones. Casco con visera recogida sobre la frente, babera que le tapaba la boca y la nariz. Holgada era la gola, bien articuladas hombreras, guardabrazos, coderas y rodilleras. En la coraza del peto, acuñado, el escudo de Aragón. Lanza en el ristre, riendas en la manopla, cabalgaba el rey al frente de sus nobles y caballeros brioso cordel negro engualdrapado y con brillantes y severos atelajes de guerra. Llegaba el cortejo frente al cimborrio de la catedral y salieron

a recibirlo a caballo y acorazados, el gobernador Blasco Jimeno, el obispo Zurraqún, Esteban Domingo y el joven Lope Núñez.

Contra el muro circular, a ambos lados del ábside y de la puerta del Peso de la Harina, una fila de caballeros rendía honores, los corceles aculados a veinte pies de la muralla. Se apagaron los rumores y sobre-vino el silencio, turbado por el chirriar de alguna armadura o por el golpeteo de las herraduras contra los pedernales del suelo. La gente esperaba palabras y saludos. Sólo hubo graves y ceremoniosas inclinacio-nes de cabeza por parte del rey. El gobernador y el obispo movieron sus caballos hasta situarse uno a cada lado del monarca. Blasco Jimeno indicó a don Alfonso I un sitio del almenado cimborrio por donde debía aparecer el infante anunciado por clarines y atambores. El rey de Aragón paseó su mirada por los almenados arcos del ábside y pudo ver a una multitud de damas, clérigos y caballeros que le observaban con curiosidad, tal vez con odio. En media docena de almenas los va-nos estaban vacíos, señal de que el sitio estaba reservado para el in-fante cuya persona brillaba por su ausencia. Para el Batallador allá es-taban el vacío, el desaire, la afrenta. Fruncido el ceño, miró al obispo, al gobernador, después al marqués de Monzón, a sus nobles.

Se adelantó el marqués de Monzón hasta el gobernador. Blasco Jimeno se explicó:

—Estaba convencido de que el rey ocuparía su puesto entre dos al-menas en el momento en que apareciera su majestad.

—Pero no ha aparecido, —repuso frío el de Monzón—.

—El calor es tremendo y la salud del infante precaria. No hemos es-timado prudente exponerle a una insolación. Puede haber sufrido un desvanecimiento.

—La explicación es absurda.

—El retraso, involuntario.

—Insultante y vejatorio.

—En el nombre de la ciudad, del infante y de la nobleza, pido a don Alfonso I de Aragón que excuse el imprevisto retraso y no conceda ningún valor al incidente.

Boquiabierta, la gente escuchaba, pero no oía. Ansiosa, guardaba silencio para captar la menor palabra. Era un silencio expectante, cajado de presentimientos que aceleraban los pulsos y el respirar. Siguió un murmullo. Alguien susurraba que el rey niño se había puesto malo; otro, que estaba indisposto con su padrastro al que odiaba y temía, que se negaba a verlo. Había quien argüía que los caballeros encargados de su guardia y custodia temían por su seguridad.

Brusco estruendo de tambores y pífanos. Entre dos almenas apareció el niño real seguido de caballeros y clérigos. Levantó la mano y, con cierta languidez, la agitó en el aire a guisa de saludo dirigido al monarca, al que malamente podía reconocer a tal distancia, con casco y babera levantada. Alfonso I tampoco estaba seguro de que aquel niño, vestido con adornos de oro fuera el infante hijo de doña Urraca. Correspondió levemente. En aquel tiempo, las majestades no se excedían en el ademán ni en el gesto. De nuevo se hicieron la expectación / el silencio. Pensaba la gente que el rey y su hijastro se hablarían, se dirían algo para romper el hielo; pero no hablaron ni se dijeron nada. Tampoco la distancia lo permitía. No se iban a poner a darse voces, como los pastores. Decepción general. El rey de Aragón tocó el ijár del caballo con sus espuelas de plata. El animal obedeció a la indicación y a la rienda y se puso en marcha en la dirección del campamento. El rey niño abandonó el cimborrio. El obispo y el gobernador cambiaron una mirada de preocupación e inteligencia que no pasó desapercibida para sus acompañantes. Un respiro general seguido de rumor de conversaciones. Lo mismo podía ocurrir una desdicha que no suceder nada. Hubo quien se acordó de los 60 rehenes de Las Hervencias.

Cipriana y Lucía, seguidas de Evelio de Niharra, se dirigieron a San Vicente buscando la sombra del atrio. Iban ceijuntas y contrariadas. El rey no había reparado en ellas. En cambio habían visto al señor de

Ajates en la muralla que no les quitaba ojo. Por otro lado, pensaban que algo fundamental en la ceremonia había fallado, que había faltado el copete de la brillantez final. Luego, tanta profusión de hierros, como si fueran a hacer una batalla o unas justas. Quizás su malhumor y despecho estuvieran originados por culpa del calor. De espaldas, las armaduras de los caballeros resultaban poco atractivas. Los rayos del sol les arrancaban resplandores siniestros.

Don Alfonso I de Aragón llegó a su tienda en Las Hervencias inundado en sudor y de un humor de perros. Sus palafreneros le ayudaron a descender del negro caballo cubierto de atelajes. Desembarazaron al monarca de su coraza y le prepararon la tina para lavarlo. Tenía el rey hábitos de sibarita, poco propios de una época en que la gente, incluidos nobles y caballeros, olían a sudor y a cuadra. El rey se daba cuenta de que pestaba a sudor concentrado, olor ofensivo para las narices reales. No hablaba. Prueba evidente para sus fámulos de que su humor estaba endiablado y de que su mente trabajaba a destajo urdiendo Dio sabía que terribles proyectos. No cabía duda de que algo tramaba y er como para echarse a temblar. ¿Qué saldría de aquel silencio? Despué de lavarlo y asearlo lo vistieron con ligero traje de seda granate. Al salir le esperaba su edecán el señor de Narbona. Le preguntó como si barruntara intenciones:

—¿Qué hacemos con ellos, señor? ¿Los soltamos?

—Soltar a quién?

—A los caballeros rehenes.

—A esos, freillos

Quedó en suspenso el edecán:

—¿He entendido bien, señor?

—He dicho que los frían.

—Señor, dudo de que nuestros pellejos contengan el aceite suficiente para tal menester.

- Entonces que los cuezan. No tengo especial interés por el aceite.
- ¿A los sesenta?
- A todos.
- ¿Vivos o muertos?
- Que elijan ellos.
- ¿Si eligen ser muertos?
- Que los maten.
- ¿Los caballeros o los ribaldos?
- A partes iguales.

Recapacitó el edecán:

—Agora que caigo, señor: para los caballeros sería un trabajo. No es norma que los caballeros trabajen. Ya conoce vuestra majestad la regla.

—Ya. El trabajo envilece y los caballeros no deben ensuciarse las manos con un trabajo vil. Pero los caballeros, entre los cuales figuro a la cabeza, tienen las manos tintas de sangre y la caballería es oficio noble. El más noble.

—Se trata de una ejecución. Es labor propia del verdugo.

—Ni es labor ni es ejecución. ¿Quién os dice que se trata de una ejecución? ¿Qué delito cometieron esos serranos? ¿Acaso ser rehén es delito? Se trata de un acto de guerra, de una represalia, del castigo a un colectivo que ellos representan. —Con un punto de siniestra ironía agregó el Batallador: —Si los caballeros tuvieran escrúpulos —lo que sería insólito— que se repartan la responsabilidad: que maten ellos y que cuezan los ribaldos. Nos sorprende, señor edecán, vuestra falta de voluntad para entender. Es la primera vez que doy instrucciones y me veo precisado a descender a explicar las cosas por lo menudo.

El horno real no estaba para bollos. El señor de Narbona tuvo la certeza impresión de que don Alfonso estaba molesto por sus respetuosos reparos que tomaba por renuencia. Inclinó la cabeza y, con cierta dignidad, dijo:

—No es renuencia ni falta de voluntad, señor. Un caballero está por encima de los escrúulos.

—Lo acepto como verdad incuestionable, señor edecán. Mas necesito que entendáis que no exijo de mis caballeros nada que yo no haya hecho ni esté dispuesto a hacer. Decidme, ¿cuál es el oficio del caballero?

—Pelear y matar, señor.

—¿Lo hace a sangre fría?

—Debe hacerlo. En la furia del combate, la mente debe estar clara. El ardor debe ser frío. El caballero sabe muy bien que la pasión y el odio ofuscan. El caballero ofuscado en la lid es caballero muerto.

—¿Trocaríais vuestra condición de caballero por otra?

—La de caballero es la más noble.

—Pues matad. Lo que manda el rey es lo justo.

—¿Me permitís, señor, que os hable como a un hombre y no al rey?

—Os autorizo. Fabladme como a hombre; pero eso no va a obstar para que continueis hablando al rey y que sea aqueste quien os escuche.

El señor de Narbona había recuperado firmeza en el tono y confianza en sí mismo y en el rey. Dijo:

—Como a hombre os pido perdón por mi debilidad. Así, de pronto, sentí compasión por esos 60 caballeros serranos. Deseo continuar siendo noble y caballero “sin miedo y sin tacha”. Como rey me escucháis, señor, y espero de vuestra grandeza de ánimo el perdón por un momento de flaqueza.

—Al más valeroso caballero —repuso el rey—, en un momento, le flaquea el ánimo. La duda es tremenda. El rey es hombre y lo comprende; pero tiene que estar por encima de los hombres. Andad tranquilo.

Se inclinó el edecán:

—Una pregunta más, señor. ¿A qué hora daremos cumplimiento a vuestro real mandato?

—Como de costumbre, con las primeras luces del alba.

—Así se hará.

—A la misma hora nuestras huestes levantarán el campo y tomaremos el camino de Zamora.

En la atardecida, recibió don Alfonso I a sus capitanes, edecán y a los señores de Jaca, Monzón y Barbastro. Determinaron las etapas y su duración, la disposición de las mesnadas en el orden de la marcha y, al final, les explicó escueto:

—A don Alfonso VI, mi difunto suegro, en el momento de la jura como rey en Burgos, el caballero llamado Cid Campeador, le infligió vergonzosa afrenta. A Alfonso I de Aragón, al que llaman Batallador, nadie lo afrenta y queda impune. El castigo ejemplar allana todos los caminos.

Nadie rechistó y el rey supuso que todos eran conformes con su decisión. “El poder siempre tiene razón”, se dijo.

Con las primeras luces del alba, en su brioso caballo negro, a la cabeza de sus vanguardias, el Batallador atravesaba el río Adaja por estrecho puente romano. A la derecha dejaba un molino en cuyas aguas se había bañado junto a dos mozuelas a las que dio el nombre de azafatas. Pero el rey no se acordaba del molino ni de las mozuelas. Otros eran sus cuidados. Dejaba a su espalda un crujir de huesos rotos, un campo ensangrentado y una ciudad que se desvelaba intranquila, pero ignorante de su sospechada tragedia.

IX

Cuando las últimas tropas de El Batallador abandonaban Las Hervencias llegaban a la ciudad los primeros rumores acerca del feroz y macabro acontecimiento. Llevó la noticia un cabrero. Espantado ante la matanza, no daba crédito a lo que veían sus ojos. Corrió a la ciudad en busca de su señor. Halló a Esteban Domingo ante la puerta de San Vicente y le informó de lo que había visto. Esparcidos por los alrededores del abrevadero muchos cadáveres decapitados, hogueras con restos humeantes y sangre, mucha sangre por las piedras y la yerba.

Atacándose, con las telarañas del suelo en los ojos, el jefe de la cuadrilla de San Vicente, con la mente aturullada, se fue al alcázar, residencia del gobernador, para darle cuenta de lo visto por el cabrero.

Desde el sólido caserón la noticia se difundió por calles y callejuelas, plazas y parroquias. Sorprendida, consternada y aterrada, la población se echó a la calle. Cundía la fatídica nueva como un eco trágico por barrios y aldeas. En el taller del ferrón, Fernán López de Trillo, caballeros y villanos comentaban la felonía en presencia de criados y curiosos. Era la herrería el más frecuentado mentidero de la ciudad.

—Han matado a los 60 rehenes, —afirmó el escudero Blasco de Matacabras.

—Los han decapitado como a las reses, —matizó Fernán López Trillo. — Una carnicería. Como a borregos indefensos.

— Pasándose la mano entizonada por la frente, Lucas, el ayudante, echó su cuarto a espadas:

— Han freído sus cuerpos en calderas infernales.

— Sólo las cabezas, — aseguró con firmeza de persona bien informada el escudero Matacabras.

— Fritas, no: cocidas, — corrigió un enano con atuendo caballeril. Yo lo he visto. De Las Hervencias llegó. Lo que se ve, pone los pelos de punta.

— ¿Qué otra cosa podía esperarse del Batallador? Es sanguinario como un tigre.

— No se sacia de sangre.

El herrero Fernán reflexionó en voz alta:

— No hace honor a sus compromisos; no tiene palabra de rey: es un felón.

— Yo decía que facían error en darle rehenes. No me he equivocado, — dijo Lucas.

— El concejo ha obrado sagazmente, — le replicó su amo, Fernán.

— El concejo debió exigir rehenes al aragonés.

— Constituirse en rehén él mismo.

Juzgó el de Matacabras que empezaban los desbarres y quiso encauzar la discusión por términos razonables:

— Fueron rehenes los que quisieron.

— Por sorteo.

— Cualquier caballero abulense se habría puesto en las manos del Batallador.

— Nadie podía esperar tamaña traición, — dijo el herrero.

—Del aragonés, despechado, podía esperarse cualquier cosa. ¿Qué se puede esperar de un rey que no entiende la fidelidad de unos vasallos para con su reina?

—Y para con una ciudad, —dijo un edil que llegaba a caballo en busca de fierros que ponerle.

—El crimen y el ultraje nos atañe a todos, —dijo el ferrón.

—En primer lugar a nobles y a serranos, —corrigió Blasco de Matacabras.

—Caballeros eran los muertos, —dijo Lucas.

—Procuraremos darle alcance para castigar la afrenta. Eso de cocer las cabezas añade la injuria a la felonía y a la fechoría.

Mandó el ferrón cerrar su taller y, antes de irse al alcázar, salió hasta la puerta de San Vicente y subió a uno de los torreones, desde el que se divisaba el vasto terreno desnudo de Las Hervencias en donde había estado el campamento real. Veíanse restos aún humeantes de hogueras, y a la multitud de abulenses que se diseminaba en grupos por los alrededores del abrevadero, junto a las hileras de álamos temblones donde habían estado los rehenes. Como regueros de hormigas los moradores de la ciudad se dirigían por los caminos que, desde las puertas del Alcázar y de San Vicente, conducían a la fuente de Las Hervencias. De todas partes, desde las parroquias, por senderos y veredas, damas, caballeros, villanos criados, siervos, mercaderes, chiquillería y mujeres del pueblo de toda edad y condición se encaminaban al lugar de la matanza. Rostros graves y pálidos, silenciosos caballeros, mujeres llorosas, plañideras que clamaban al cielo...

Desde su torre albarrana reconoció el ferrón Fernán López Trillo el caballo del gobernador Blasco Jimeno al que acompañaba su sobrino el joven Lope Núñez. Por otro lado iban Esteban Domingo y Pedro Sánchez Zurraqún, y otros caballeros con el ánimo en duelo por sus hijos y hermanos muertos. Descendió Fernán López del torreón y se fue al alcázar. Si todo el concejo se había ido, alguien tendría que ad-

vertir a ruanos y cuadrilleros para que velaran por que la ciudad no fuese saqueada y robada por desaprensivos salteadores y brigantes que los había, que andaban sueltos por la ciudad y que surgían en cualquier momento, sobre todo en los días de calamidad, como hongos de la tierra con la llegada de las lluvias del otoño. Halló que algunos miembros del concejo velaban por la ciudad, disponiendo la vigilancia por barrios y parroquias.

Al regreso del gobernador y del obispo dispusieron las honras fúnebres a los inmolados. Cada parroquia enterraría a sus muertos en el interior del templo o en su propio cementerio aledaño tras solemnes funerales parroquiales. Era grande la mortandad.

Demasiados los ataúdes que hubieron de improvisar y la catedral habría resultado un recinto insuficiente para dar cobijo a tantos cristianos como acudirían de todas partes para asistir a tan magnas honras.

Dispusieron que el traslado de los restos mortales lo realizase cada familia con sus propios medios tras las identificaciones, reconocimientos y ajustes necesarios en todos los casos. Los trasladados se verificarían mediante acarreo con carretas, carros, o bien terciados a lomos de caballerías, como mejor les viniera. Por el peligro de gérmenes y miasmas de tantos muertos, las honras fúnebres deberían acelerarse, dado el calor del verano y la existencia de tan desaforados enjambres de moscas como habían acudido.

Nobleza y concejo, en medio de la consternación general, celebraron sesión extraordinaria y conjunta en la iglesia de San Juan. El templo se llenó de gente ávida de saber, de conocer y de decir. Habló Blasco Jimeno. Dijo que Alfonso I había jurado respetar la vida de los 60 rehenes si los abulenses no atentaban contra la suya, que así lo habían afirmado los dignatarios que lo habían representado ante las autoridades y nobles del concejo. La manera en que el rey de Aragón hacía honor a sus juramentos a la vista de todos estaba. Hubo enfurecidos caballeros que propusieron emprender la persecución del rey y de sus mesnadas sin pérdida de tiempo, atacarles en batalla campal, y vengar

a los suyos castigando la felonía del aragonés. Los nobles más juiciosos, prudentes y conocedores del arte de la guerra en campo abierto y de las fuerzas del rey, con sólidos y ajustados razonamientos, hicieron entrar en razón a los ánimos encrespados de caballeros y pueblo. Había quienes, de antemano, se frotaban las manos de satisfacción ante la perspectiva de una nueva matanza, y quedaron defraudados por el triunfo de la cordura y de la prudencia que ellos denominaban pusilanimidad y cobardía. La plebe, poco avezada en las lides de la guerra, ante el tamaño del desmán real, vibrante de rabia y de odio, exigía justa venganza. Clamaban pidiendo guerra y muerte.

Insistía Blasco Jimeno. Con el crimen de los 60 en Las Hervencias, las fuerzas combativas de Ávila habían quedado muy mermadas y descabaladas. Las tropas de Alfonso I eran muy superiores en número, aguerridas, y duplicaban a las que pudiera poner en pie de guerra la ciudad, incluidas las que allegaran Arévalo y otras villas. Todo, en el caso de que lograran llegar a tiempo para participar en desigual batalla, habida cuenta de que las huestes reales llevarían como mínimo una etapa de delantera camino de Zamora.

Nuevo follón. Los descontentos no miraban que hubiera señoritas de la nobleza presentes. Vociferaban, gritaban, silbaban, pitaban, proferían palabrotas que herían los oídos y la sensibilidad de las damas, insultaban. También había aplausos salpicados, respondidos, eso sí —por tacos e imprecaciones soeces. Lo mismo que cuando hacían toro en el coso de San Pedro o celebraban torneos y justas: escándalo monumental que atronaba el recinto eclesial y transcendía camino del cielo.

De vez en cuando, Blasco Jimeno conseguía hacerse oír en el tumulto. Reunión tumultuosa, de las que no se recordaban, en que todos vociferaban henchidos de amor patriótico, se quitaban la palabra unos a otros y chillaban a cual más alto poseídos de violento espíritu justiciero. Dijo el gobernador haciendo alarde de su peculiar imperturbabilidad que, “pues un hombre solo había sido el perjuro y felón, ya que los demás eran solamente su instrumento, uno solo había de ser el abulense que había de ir a singular batalla echándole en cara su alevosía”.

Así se ganaría tiempo y pronto se podría dar alcance a don Alfonso I, que marchaba al frente de sus huestes y “solventar el caso cual cumplía a caballeros y a la honra de la afrentada ciudad, resuelta a castigar tan horroroso crimen”, y la forma en que fue perpetrado. A propuesta del mismo Blasco se le concedió la honra de batirse en desafío con el rey de Aragón. Jimena Blázquez y Menga Muñoz, esposa del gobernador, asistían silenciosas al desarrollo de la sesión del concejo. Jamás, desde que formaban parte de la institución municipal, habían asistido a reunión tan *alterada* e irrespetuosa. Ese día, con derecho o sin él, todo el mundo hablaba a troche y moche sin parar mientes en lo que decía. Un noble quitaba la palabra a un caballero para gritar su parecer a voces descompasadas lo que, a su vez, era motivo para que un carretero le pitase con los dedos metidos en la boca, y se mostrase más indignado que el noble mismo, el cual, ofendido por la interrupción y el pitido, vomitaba su rabia con palabras descomedidas que daban lugar a réplicas, contrarréplicas y abucheos. Todos hablaban a la vez y la nave de la iglesia era una algarabía ensordecedora, bronca, amenazante e ininteligible. Aunque las damas estuvieran curadas de espanto, acostumbradas a bregar con sus caballeros siervos y arrieros, *aquello* se salía de madre.

Se sentaba Menga Muñoz entre su esposo y Jimena Blázquez. En un momento, cansada y aburrida, con las manos en las sienes para combatir el malestar que le causaba el vocerío, dijo a su esposo:

—Esto es una charca de ranas. Croan las unas más alto que las otras y no hay quien se entienda.

Asintió el gobernador e hizo un gesto expresivo que quería indicar lo conveniente que resultaba permitir que la gente se desahogara mostrando su dolor y dando suelta a su rabia o indignación.

Disconforme con el gesto dijo Menga Muñoz:

—A mi parecer nada sensato está saliendo de aquí.

Jimena Blázquez, con movimiento de cabeza indicó ser de la misma

opinión. Blasco Jimeno no dijo nada y el obispo se hizo el desentendido. Ambos caballeros, sin más palabras que las que habían oído, sabían cual era el parecer de las damas y por donde iba la pretendida falta de sensatez. Con el rezo del rosario puso fin el obispo a tan ajetreada y maltraída reunión.

Por la noche, durante la cena frugal, Blasco Jimeno consideró a su esposa con desacostumbrada atención, con inadvertida curiosidad. Observó su piel marfileña en la que había escritas finas arrugas que se acusaban en la sienes y en las comisuras de los labios. Un surco vertical le rayaba el delicado entrecejo. En aquellos tres días Menga Muñoz había envejecido. Sus bellos ojos negros tenían profundas ojeras violáceas, le pesaban los párpados. Se veía que la madre de sus hijos estaba preocupada inquieta; sufría. Temía por él. Blasco Jimeno dominó el impulso de ternura que le empujaba a cogerle la mano. Sería un signo de debilidad.

—¿Qué os pasa, Menga Muñoz?

—No debiera decíroslo, pero estoy acongojada.

—Decidme la causa.

—Por primera vez, desde que vivimos juntos, pienso que lo que hacéis no es cuerdo.

El caballero penetraba en las palabras que oía y se dejaba ganar por un sentimiento de ternura. Se miraba en el fondo de la madre de sus hijos, mujer a la que amaba a su manera sin jamás haberse percatado de ello.

—¿Qué es lo que no es cordura?

—Buscar al rey de Aragón para retarle a singular combate.

Se irguió Blasco Jimeno, aunque esperaba una respuesta así.

—No esperaba aquesta sinrazón. Un caballero tiene deberes...

—y honor. Lo sé y lo siento. Pero él es el rey. Está por encima de

todos los caballeros. No se rebajará a pelear con vos. Os destrozará. ¿Sabeis de algún rey que haya sido retado por un caballero?

Menga Muñoz le hablaba con acento de profunda convicción, mirándolo con doloroso amor apasionado.

Con lógica caballeresca, pero sin la convicción de su mujer, le respondió Blasco Jimeno:

—Quizás en la corte del rey Arturo. No sé; no estoy muy enterado. De todas formas, el rey no deja de ser un caballero por el hecho de ser rey.

Menga Muñoz le replicó con viveza:

—El primero entre los caballeros. Ninguno se le iguala. Tan el primero que los otros le rinden vasallaje.

—No vuestro esposo. Ni él es mi rey, ni soy yo su vasallo.

—No importa y os lo sabeis muy bien. Don Alfonso I es el rey de Aragón y sólo los reyes son sus iguales.

Arguyó el esposo:

—Yo soy el representante de la reina de Castilla y León en Ávila. Hay un acuerdo común entre la nobleza y el pueblo abulense tomado en concejo.

—Acuerdo tomado por noble decisión vuestra.

—Al que con mayor motivo debo hacer honor.

—Por vez primera os digo que no me parece cuerdo ni justo.

El gobernador pensó que sería inútil razonar. A Menga Muñoz se le había metido la idea entre ceja y ceja. Lo que su esposa pensaba y sentía estaba más allá de la razón, del deber y del honor. Nunca iba a lograr arrancarle una convicción sobrevenida que, más que fruto de la reflexión, era hija del sentimiento. ¿Cómo arrancarle ese sentimiento

que, sin advertirlo, los unía desde hacía tantos años? Penetrado de esa razón la miró con amor y, esta vez, le estrechó la mano. Le susurró:

—Sabeis que sois injusta.

—¿Estais convencido dello?

Sosteniéndole la mirada con ternura, persuadida en lo profundo de sí misma de que era de que era inútil luchar contra el destino.

—Las cosas han venido rodadas, —repuso Blasco Jimeno.

Al amanecer del día siguiente, después de rezar prosternado ante la cruz y de encornerarse a Dios y a la Santísima Virgen María, el valeroso Blasco Jimeno, acompañado de su sobrino y prometido de su hija, Lope Núñez, emprendió el camino de Fontiveros.

Descendía la calle pina que terminaba en la puerta del Puente. Eran las primeras claras del día. En el corralón del taller del aladrero resonaban las ruedas de un carro. Algo más abajo, en el horno de la casa, cocían el pan con retamas y ramas de encina. El olor a pan reciente perfumaba la calle. La puerta de la cerca estaba cerrada esperando la salida del sol. Se la abrieron para dejarle libre el paso. Al otro lado del arco esperaba una carreta y tras ella una recua de burros y mulas. Transportaban en especie las rentas de los siervos debidas a los señores y a la iglesia. Desde el arco, tras pronunciada pendiente, atravesaron el angosto puente romano. A un lado y a otro, en fila, arrodilladas, las mujeres de extramuros restregaban sus ropas en las piedras de la orilla del río. Broncas, rechinaban las gigantes ruedas de madera que movían los molinos que molituraban la harina para dar de comer a la ciudad. Desde una altura, no lejos de otro molino, los caballeros se volvieron para contemplar la ciudad envuelta en temprana luz de oro teñido de sangre. La catedral, las torres de las iglesias, les atraían los ojos, les llenaban de nombres y hechos la memoria. Allí estaban sus casas que reconocían, sus familias. Desde lejos, abrazada por el cinturón de la muralla, la ciudad era bella.

Alfonso I de Aragón había acampado pasado San Pedro del Arroyo

en la margen izquierda del río Arevalillo. Aunque de escaso caudal, llevaba el agua suficiente para abastecer a la tropa y abrevar los caballos. Bajo el sombrajo de un melonero planeaba el rey su arribada a Zamora, donde había dispuesto encontrarse con doña Urraca, que había sido esposa de don Raimundo de Borgoña a los catorce años, cuando aún era tierna infanta, y suya, a los 32. Edad ésta a la que era, además de mujer de bandera, reina de Castilla y León, en la que la pelusa amelocotonada de la adolescencia, se había tornado en plumas de águila real. Era ahora otra Urraca. Le habían crecido espolones de gallo de pelea. Le recordaba esa tarde a otra del mismo nombre, también señora de Zamora, amante de Bellido Dolfos, que había estado enamorada del Cid. Esta y otras reflexiones de índole práctica ocupaban la mente del rey cuando le anunciaron la llegada de dos caballeros de Ávila. Ni se acordaba el rey de la ciudad ni de lo que había dejado atrás. Era agua pasada y él iba a lo inmediato, a los tratos de Zamora con miras a hacer entrar en razón a su esposa y a sus vasallos castellanos y leoneses.

Lope Nuñez se había adelantado para dar alcance al rey. En presencia de su edecán y del capitán que lo anunciaba vio llegar al caballero. Puso don Alfonso el aire contrariado y el gesto adusto y lisplicente.

—Un caballero —dijo el recién llegado—, os trae una embajada de la ciudad de Ávila. Esperad un momento para oírle.

Pensó el Batallador que a aquel mozalbete con ínfulas de caballero no le habían enseñado cómo había que tratar a los reyes, y que su rudeza merecía un correctivo. Ordenó que lo retirasen y el capitán lo llevó a una junquera en la que había una silla con agujero en el asiento y una bacinilla debajo. Presumió el joven con acierto que se trataba de dos enseres reales que acompañaban al monarca en sus viajes y que sólo los utilizaba para determinados menesteres.

Esperó don Alfonso I sentado junto a su edecán:

—Tienen fama de rudos aquestos castellanos; mas a fuer que lo apa-

rentan. Con los serranos de Ávila siempre tengo que esperar. No aprenden.

Advirtió el señor de Narbona que a don Alfonso le florecía entre las barbas una sonrisa siniestra.

Llegado Blasco Jimeno ante el rey, cuentan las crónicas de aquel tiempo singular que, "con toda entereza y dignidad le echó en cara su villano proceder y le retó en nombre de la ciudad de Ávila, esperando hacerle conocer cuan alevoso, traidor y perjurio había sido. Montó el rey en ira y, para castigar la osadía del gobernador abulense, mandó que no peleasen con él los caballeros, pues este honor no lo merecía semejante provocación y avilantez".

Mostraba gran indignación la majestad lesa, pero un rey nunca se rebaja a pelear con un inferior. Además de indigno, sería sandez. Con fulgor homocida en la mirada ordenó:

—Asaeteallos. Destrozzallos a ambos dos. Mandamos que no reciban sepultura para que los cuervos les saquen las entrañas y sus cuerpos sean pasto de las aves carroñeras.

En el sitio en que cayeron los caballeros abulenses, en el camino de Fontiveros a Cantiveros, algunos aldeanos piadosos arriesgaron sus vidas y dieron tierra a los cuerpos destrozados.

Las crónicas los mientan, los vates medievales los cantaron, los historiadores modernos los reclaman. Aseguran que, para perpetuar su memoria, colocaron en el lugar una cruz de granito con brazos en forma circular llamada la Cruz del Reto, que muestra una inscripción borrada en la que, en algún tiempo, se pudo leer:

Aquí retó Blasco Jimeno,
hijo de Fortún Blasco,
al rey Alfonso Primero,
que lo era de Aragón,
porque contra su palabra
mató a sesenta caballeros
que avilenses eran ellos;

por rehenes la ciudad los dio;
él en aceite los hirvió.
Aquí está Blasco Jimeno;
murió como gran caballero
dejando a los venideros
memoria de su valor.

ÍNDICE

— I.- Noticia histórica para un prólogo	7
— I.- Desde la torre atalaya.....	13
— II.- En presencia del senescal	31
— III.- Minutos después.....	47
— IV.- A la salida de los marqueses	73
— V.- Estruendo de agua	83
— VI.- Mientras tanto	103
— VII.- Perfectamente resguardado	129
— VIII.- Cundió por la ciudad.....	141
— IX.- Cuando las últimas tropas.....	151



Institución Gran Duque de Alba

TITULOS PUBLICADOS

1. **Sangre en la tierra/Paramera**, de Juan García Dámas.
2. **Nos dejan solos**, de Gonzalo Jiménez Sánchez.
3. **El turno de los malditos**, de Guillermo Blázquez Bestard.
4. **Amada mía**, de Juan Luis Fuentes Labrador.
5. **Mi cuenta atrás**, de Jesús González Minguez.
6. **El tiempo de los ecos**, de Carlos Sánchez Pinto.
7. **¿Y la felicidad?**, de María Francisca Ruano.



INSTITUCION GRAN DUQUE DE ALBA
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA

Inst. G
81